

# Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE TEORICO EDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA



LA UTOPIA DE DON QUIJOTE



• LOS RETOS INMEDIATOS DE CC OO Y UGT



• LENIN CONTRA STALIN



• LAS DOS EUROPAS

# Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE  
POLITICO Y TEORICO  
EDITADA POR EL  
PARTIDO COMUNISTA  
DE ESPAÑA

DIRECTOR  
Pedro Marset

COORDINADOR  
A. Lopez Salinas

#### CONSEJO DE REDACCION

Esther Benitez  
Gerardo del Val  
Salvador Jové  
Héctor Maravall  
Manuel Monereo  
Damian Pretel  
Vicente Romano  
José Sandoval  
Juan Trias

#### DISEÑO, PREIMPRESION Y PRODUCCION

7.0 Comunicación y Diseño  
Abada, 2 6º 4 y 13. Madrid  
Teléfonos: 523 33 75/15 89

#### REDACCION Y ADMINISTRACION

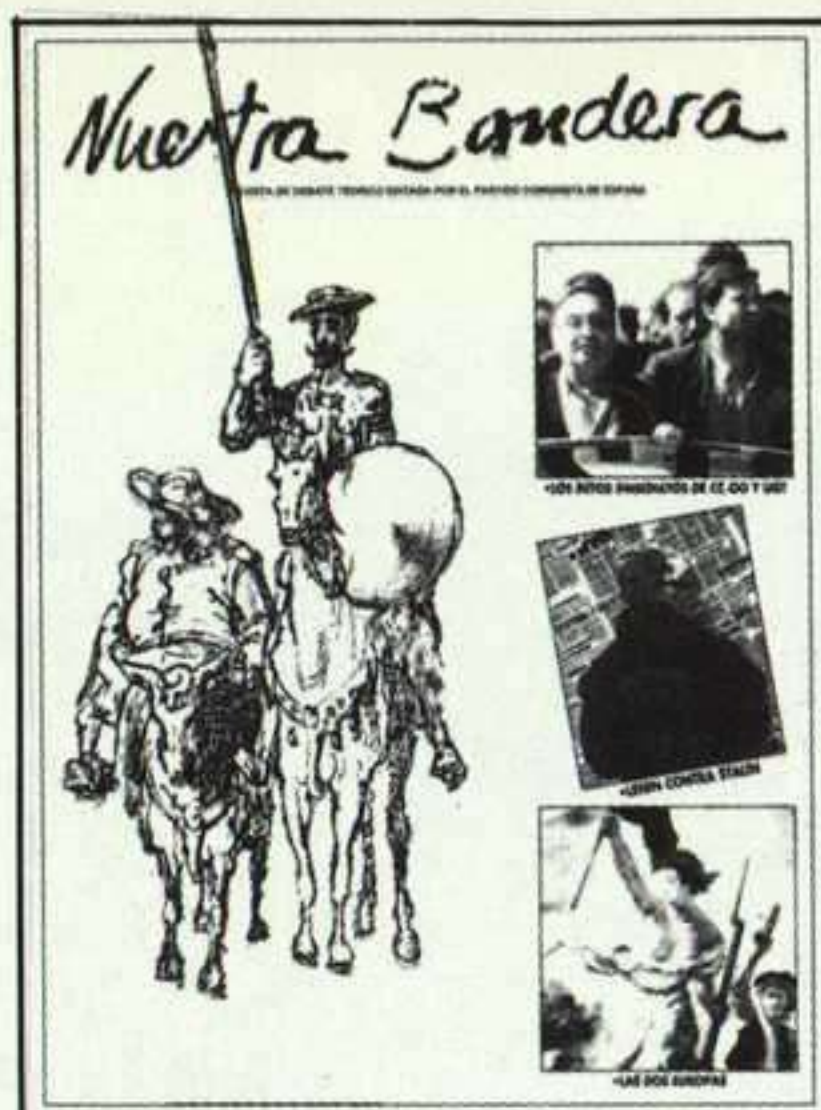
Marqués de Monteaquedo, 8  
28028 Madrid  
Teléfono: 356 98 07  
Fax: 361 17 74

#### DISTRIBUCION MUNDO OBRERO

Marqués de Monteaquedo, 8  
28028 Madrid  
Teléfono: 356 98 07

#### IMPRESION

I G Caro  
Depósito legal: M.20.166-1977



# SUMARIO

II TRIMESTRE/1991

Nº 149

## EDITORIAL .....1

### NACIONAL

*Pedro Casas Alvarez*

Municipales y Autonómicas:

Nuevaconmoción Electoral .....2

*Manuel Zafra*

El Estado Autonómico:

Génesis y Perspectiva.....6

### INTERNACIONAL

*José María Laso Prieto*

Las Dos Europas:

Crisis y Unificación.....8

### ECONOMIA Y SOCIEDAD

*Daniel Lacalle*

Reconsiderando la Alianza de las

Fuerzas del Trabajo y la Cultura

y la Proletarización del trabajo

intelectual .....24

*Héctor Maravall*

Los retos inmediatos

de CC.OO.y UGT.....28

*Carlos Sánchez*

Prensa en España.....36

### TRIBUNA ABIERTA

*Manuel Balletero*

Lenin contra Stalin .....38

*Damián Pretel*

La vigencia del Marxismo.....46

*Rafael Pla*

Por un partido comunista libertario..54

*Gabriel Fernández*

Gavrilov y su artículo

¿Con Marx o sin él? .....60

### CULTURA

*Adolfo Sánchez Vázquez*

La utopía de Don Quijote .....62

*Carlos Alvarez*

Gabriel Celaya, poeta y hombre .....70

*Andrés Salom*

Julián Andugar, un poeta entre

lo social y el Franciscanismo .....74

*Venancio Cermeño Irisarri*

Refundación de la izquierda

y cristianismo .....80

*En los artículos de Damián Pretel y de Andrés Salomón NB utiliza Reproducciones del catálogo "Homenaje a Ortega" publicado por la Galería Villanueva.*

**L**A consolidación de Izquierda Unida como fuerza política netamente de izquierdas, como referente en las cuestiones más significativas para el progreso, es, quizás, la nota más destacada de las elecciones de mayo. Esa consolidación se debe a un conjunto de factores cruciales ocurridos en esta última etapa de la vida política nacional e internacional, y a su vez plantea a Izquierda Unida una serie de retos y perspectivas que condicionarán la influencia de las propuestas de progreso en el panorama español. La disputa por el espacio electoral de centro, unido a la equivocada trayectoria del CDS, ha eliminado a esta formación política favoreciendo al Partido Popular y al PSOE. La permanente rechazación del PSOE en la totalidad de sus dimensiones de gobierno, unido a la emergencia de corruptelas que confirman lo indicado con el caso Juan Guerra, ha dirigido la intención de un contingente creciente de voluntades progresistas desde el PSOE hacia Izquierda Unida. La implantación de IU en la práctica totalidad del territorio español es harto significativa. Se puede afirmar que en un contexto propiciador del bipartidismo (PSOE-PP) el avance de IU señala la consolidación de esa referencia de progreso necesaria para el pueblo español. De ahí que la tarea que se plantea en este momento a IU sea, sin lugar a dudas, crucial.

Tras la demostración de la utilidad que la votación de IU ha su puesto en la constitución de los gobiernos de ayuntamientos y comunidades autónomas, se precisa desplegar una actividad que incida positivamente en la satisfacción de las principales necesidades de la población y a la vez refuerce el componente organizativo de IU y sus dimensiones solidarias y participativas. La evolución inexorablemente rechazadora del gobierno en casi todos los campos (desde el propuesto pacto de competitividad hasta la ley de seguridad ciudadana) en un contexto internacional crecientemente tenso, destacará la necesidad de una fuerza de progreso como IU.

Existe un elemento del proceso pre-electoral y post-electoral que adquiere importancia, si se

consolida, de cara a la futura trayectoria de IU. Ha sido el funcionamiento, al interior de IU, cada vez con mayor entidad y autonomía propia, y con menor protagonismo del componente partidario. Las propuestas son de IU, los candidatos han sido de IU, las decisiones han sido tomadas por IU. La contribución que los partidos integrantes han realizado ha sido necesaria, pero no ha eclipsado, ni mucho menos, el protagonismo de la entidad sociopolítica, IU. Todo ello permite integrar en IU, con normalidad, el conjunto de organizaciones que hasta ahora han mostrado dificultades para hacerlo: pacifismo, ecologismo, feminismo, etc...

El alineamiento de los gobiernos europeos con la dirección socio-política norteamericana está produciendo unos resultados políticos, económicos y culturales adversos a las propuestas progresistas europeas. El papel propio europeo en el panorama internacional es cada vez de menor entidad. El ejemplo de la escasa incidencia que Europa está desempeñando en la solución del problema palestino es elocuente. Algo parecido se puede señalar en relación con la situación en la URSS y países europeo-occidentales o con el conflicto en Centroamérica. Por otra parte, la ausencia de un proyecto global europeo está llevando en el plano económico a una agudización de los desequilibrios regionales y sociales. Esta subordinación europea a la hegemonía norteamericana está produciendo una dificultad creciente en la consecución de lazos comunes culturales.

Por estas razones pasa a primer plano la necesidad de elaborar una interpretación emancipatoria que superando el coyunturalismo incorpore los componentes críticos y liberadores que están presentes en todos los movimientos y experiencias políticas europeas de los últimos años.

La relativa y paulatina estabilización de las profundas contradicciones presentes en las sociedades europeo-occidentales y en concreto en la URSS, a la vez que obliga a revisar conceptos básicos del marxismo, permitirá la tarea de analizar y comprender fructíferamente la evolución reciente del panorama internacional y sus posibles perspectivas. ■

# MUNICIPALES Y AUTONOMICAS: NUEVA CONMOCION ELECTORAL

Pedro CASAS ALVAREZ



**F**RENTE a los que sostienen que el mapa electoral del Estado español está consolidado, estas elecciones municipales y autonómicas celebradas el pasado 26 de mayo demuestran todo lo contrario. No nos encontramos frente al espectacular vuelco vivido en 1982, pero sí han producido una nueva conmoción cuyos aspectos más relevantes pasamos a analizar.

## Preocupante aumento de la abstención

Los diferentes partidos y comentaristas políticos han coincidido en resaltar lo negativo que representa para el sistema político español el que la abstención se haya situado en un 40 por 100 de la población con derecho a voto, que supone unos diez puntos por encima de lo que viene siendo casi una constante de otros procesos electorales, con las excepciones de las generales del 77 y 82 (20%), las municipales de 1979 (37%) y las europeas de 1979 (45%).

La celebración en un domingo primaveral, que será constante a partir de ahora en las municipales y las 13 comunidades del «artículo 148», no parece suficiente explicación si tenemos en cuenta que en la actual democracia española han sido otras tres veces las que se han celebrado en domingo con una participación cercana a la citada del 70%. En un análisis más pormenorizado hay que destacar, sin embargo, que este aumento de la abstención no se produce de manera homogénea en las diversas comunidades, ya que frente a los 3-5 puntos en que aumenta en casi todas, son 11

los puntos que aumenta en la Comunidad de Madrid.

En este aumento de la abstención parecen haber tenido una responsabilidad especial los procesos descubiertos de corrupción política atribuidos a los partidos mayoritarios (Guerra, Naseiro), así como los cambalaches y fluctuaciones políticas habidas en esta legislatura municipal y autonómica (Madrid, Cantabria) producidos más por unos intereses coyunturales y partidistas que por una estrategia seria que cuente con el respaldo de los ciudadanos, y que a la postre ha perjudicado a los que lo impulsaron (el PSOE en Madrid al intentar el transfuguismo de dos concejales del CDS, y el PP al desbancar a su presidente en Cantabria). El caso de Madrid representaría el símbolo donde se refleja con más sensibilidad esta situación nacional que disgusta a buena parte del electorado, agravada además por ser el lugar donde se ha vivido con más virulencia la crisis interna que actualmente azota al PSOE.

El hundimiento del CDS es, sin lugar a dudas, otro de los elementos que han podido contribuir al crecimiento de la abstención al ser un electorado que ya en 1987 decidió su cambio de voto desde otras opciones, y que quizá en buena parte haya preferido quedarse en casa antes que volver a cambiar de partido.

El cinismo gubernamental a la hora de querer situar el nivel de abstención en los valores «de los países de nuestro entorno» pretende esconder responsabilidades principalmente del Gobierno en el desinterés de los ciudadanos por los asuntos públicos, pareciendo que lo que se pretende es no sólo reducir la participación

política a depositar un voto cada cuatro años, sino que no importa que un 40 por 100 de los españoles ni siquiera ejerzan este mínimo e importante derecho. Además, resulta preocupante que estas declaraciones vinieran de un Gobierno que se reclama de izquierdas, cuando los estudios realizados acerca del perfil de los abstencionistas apuntan a que un alto porcentaje de los mismos se sitúan entre las clases populares con menos instrucción, los trabajadores en general, y los jóvenes, colectivos todos ellos entre los que obtienen mejores resultados los partidos de izquierda. Los diferentes poderes públicos y partidos en general deberán realizar un trabajo serio por desterrar de la política actuaciones indignas y desarrollar nuevos cauces de participación cotidiana de los ciudadanos a todos los niveles, si realmente quieren que el sistema democrático tenga un contenido real y no sólo formal.

### Hundimiento del CDS

La breve existencia de este partido en el panorama nacional resulta ilustrativa de los límites y aperturas que presenta el actual sistema electoral español.

Si la irrupción de este partido en 1987 demostraba lo trasnochado de quienes pretendían encorsetar el sistema en el modelo bipartidista anglosajón, su caída tan sólo cuatro años después muestra que tampoco tienen cabida las tácticas de alianzas coyunturales al estilo liberal alemán. El electorado español premia las posturas políticas de largo alcance, aunque sea al precio de «la travesía del desierto», y cualquier intento por pisar el acelerador a costa de enturbiar la coherencia política está condenado al fracaso.

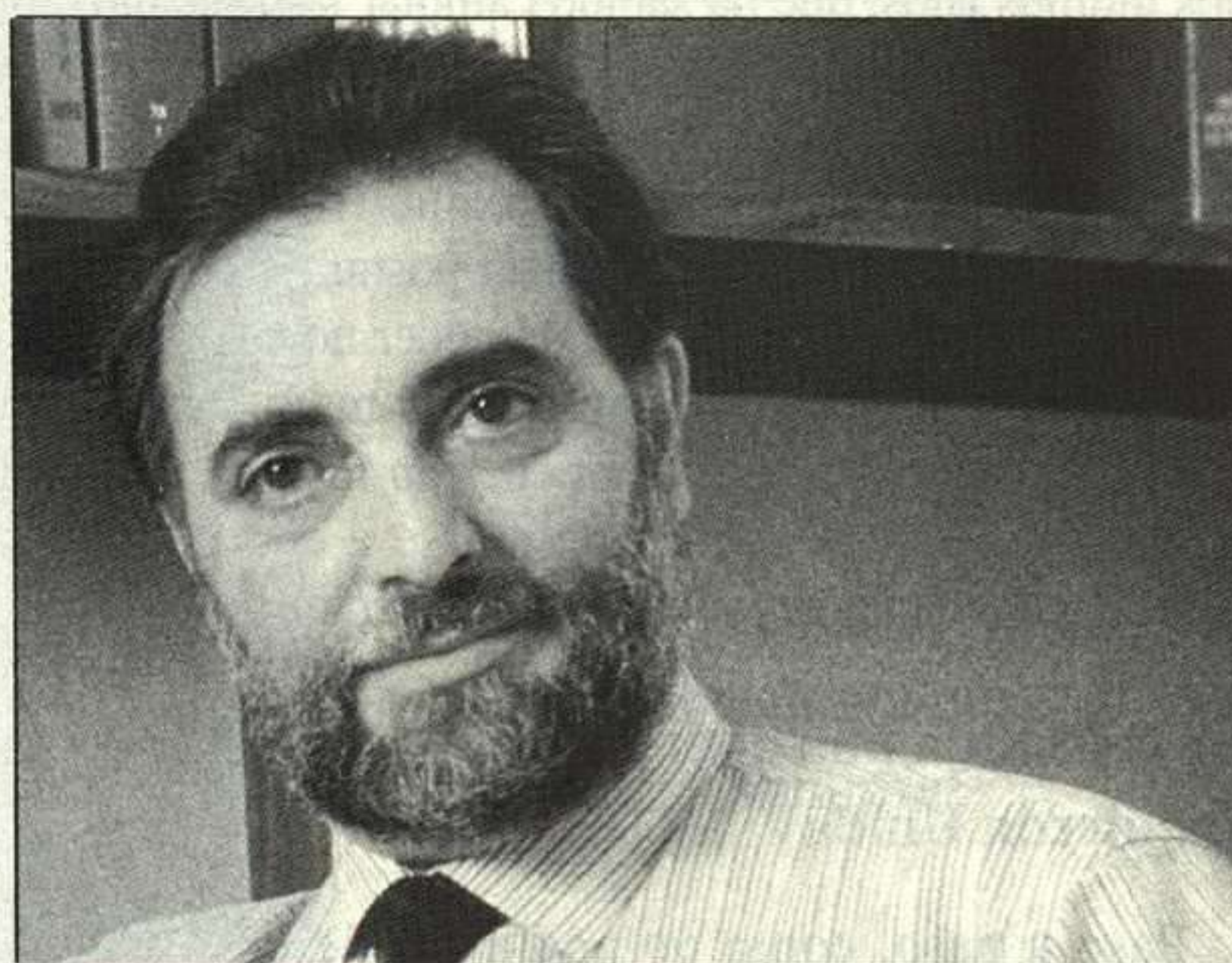
Si tenemos en cuenta que el detonante de la pérdida de la brújula en el CDS hay que situarlo temporalmente en el intento del PSOE por robarle dos concejales en el Ayuntamiento de Madrid, lo que provocó unos precipitados pactos con el PP, y que a la postre supondría su suicidio, no se entiende el intento por parte de Suárez de buscar oxígeno en quien (PSOE) le había puesto la bomba debajo de la mesa y que cumplía por segunda vez (y seguramente definitiva) su papel de verdugo (la primera con su moción de censura malamente superada cuando era presidente con la UCD).

Pero si corta de miras fue la estrategia del CDS a partir de 1989, no fue menos la del PSOE, que con su actitud precipitó la pérdida del Ayuntamiento de la capital y la no recuperación de los votantes, que en 1987 perdió en favor de aquel partido, y que en estas elecciones han ido a parar principalmente al PP y en parte a IU.

### El PSOE pierde el control de importantes capitales

El carácter de «perdedor» que se atribuyó al PSOE en estas elecciones evidentemente no tiene que ver ni con el papel mayoritario que todavía mantiene, ni con los votos que obtiene (pierde en términos absolutos menos de 100.000, que son bastante más si tenemos en cuenta el aumento del censo electoral), ni con la distribución de su poder municipal y autonómico, que no varía sustancialmente en términos cuantitativos respecto a su situación en 1987. Sin embargo, las ciudades de Madrid y Sevilla adquieren un simbolismo que trasciende el mero poder real que supongan, por representar la posibilidad de quebrar el modelo de hegemonía electoral que el PSOE ha mantenido desde hace doce años.

Si en ambas ciudades parece haber pagado el tributo de una corrupción que los electores no esperan a los tribunales para juzgar, en Madrid es donde claramente



**Se ha premiado una estrategia coherente de fuerza política con vocación de ser alternativa de sociedad y de Gobierno, y no «muletilla de otros».**

ha sufrido las consecuencias de un enfrentamiento interno de imprevisibles consecuencias futuras, en las que sus bases sociales representadas, en parte por las posiciones de la UGT y que el guerrismo pretende capitalizar, parecen decir BASTA a la política económica liberal sustentada por el Gobierno en beneficio de los grandes capitales nacionales y extranjeros. Las experiencias históricas sufridas por la UCD, el PCE y el PNV avalan la tesis de que los enfrentamientos internos en el seno de los partidos tienen un elevadísimo coste electoral del que tardan años en recuperarse.

Si tenemos en cuenta que los procesos que afectan a la estructura política suelen desarrollarse en el medio urbano como avanzadilla que presagia procesos futuros, hay que tomar buena nota del simbolismo que estos resultados representan. El PSOE aparece tras el 26 de mayo como vulnerable en dos de sus feudos más significativos: la capital del Estado y la cuna de su actual núcleo dirigente.

### **El Partido Popular espera paciente su oportunidad**

Otra de las enseñanzas de la reciente historia democrática española es que un partido no triunfa si no es a costa del hundimiento de otros. Si el trabajo constante y coherente de los partidos les hace mantenerse en sus posiciones o incluso avanzar moderadamente, el salto espectacular o incluso el triunfo no ocurre hasta que se produce el derrumbamiento del o de los rivales.

Esta parece ser la estrategia mantenida por el PP en los últimos años, que ha sabido cambiar las precipitaciones de los tiempos de Fraga y Hernández Mancha por un sosegamiento interno a la espera del declive primero del CDS y posteriormente de su máximo rival electoral el PSOE. Del mantenimiento de esta postura y de la capacidad de los socialistas por recomponer no sólo su cohesión interna, sino además una política más cercana a su base social popular dependerá en gran medida el que el Partido Popular llegue a convertirse a corto o medio plazo en la fuerza mayoritaria a nivel nacional.

### **Se consolida una alternativa: Izquierda Unida**

Paso a paso, como no podía ser de otra manera dadas las dificultades del contexto nacional e internacional, se abre camino una joven fuerza política emergente a nivel nacional, representante con voz propia de los intereses de la clase obrera y los sectores populares no sólo nacionales, sino de los pueblos que luchan por su liberación económica y política.

En estas elecciones IU aumenta sus parcelas de poder municipal y autonómico en términos generales, obteniendo además representación por vez primera en asambleas que hasta ahora le estaban vedadas, como es el caso de las dos Castillas.

Dado el carácter netamente político que toda elección tiene, y éstas en particular, puesto que los electores no sólo han valorado la «gestión» realizada, se puede afirmar sin género de duda que se ha premiado una postura firme en defensa de los sectores más desfavorecidos a los que el capital no otorga otro papel

que el de meros productores y consumidores de las migajas que reparte; por la dignificación de la actividad política como servicio colectivo y no como trampolín de lucro personal; en la defensa de las libertades públicas amenazadas por este Gobierno con el aplauso de los demás partidos de derechas; la lucha por la paz, la solidaridad y la igualdad entre los pueblos, pisoteadas por los intereses mezquinos del imperialismo norteamericano en connivencia con los Gobiernos de las naciones que se reclaman demócratas y socialistas.

Además, se ha premiado una estrategia coherente de fuerza política con vocación de ser alternativa de sociedad y de Gobierno, y no «muletilla de otros». Ya se comentaba al valorar el desastre del CDS cómo el electorado aprecia estas actitudes a largo plazo; no son los electores, sino los miembros de los partidos los que tienen prisas por verse en responsabilidades de Gobierno a costa del abandono de planteamientos más globales. Por ello no es el momento de la precipitación, sino el de saber administrar con sabiduría política el capital tan importante depositado en las manos de Izquierda Unida si se quiere seguir avanzando, no sólo electoralmente, sino por la transformación profunda de la sociedad. Estos años de intensa actividad (no todo lo que se debiera, también hay que decirlo) como representantes del pueblo demuestran que también se pueden ampliar espacios de libertades y de conquistas sociales, desde la oposición, con mucha más eficacia que presos de pactos coyunturales y sin contenido ni profundo ni real.

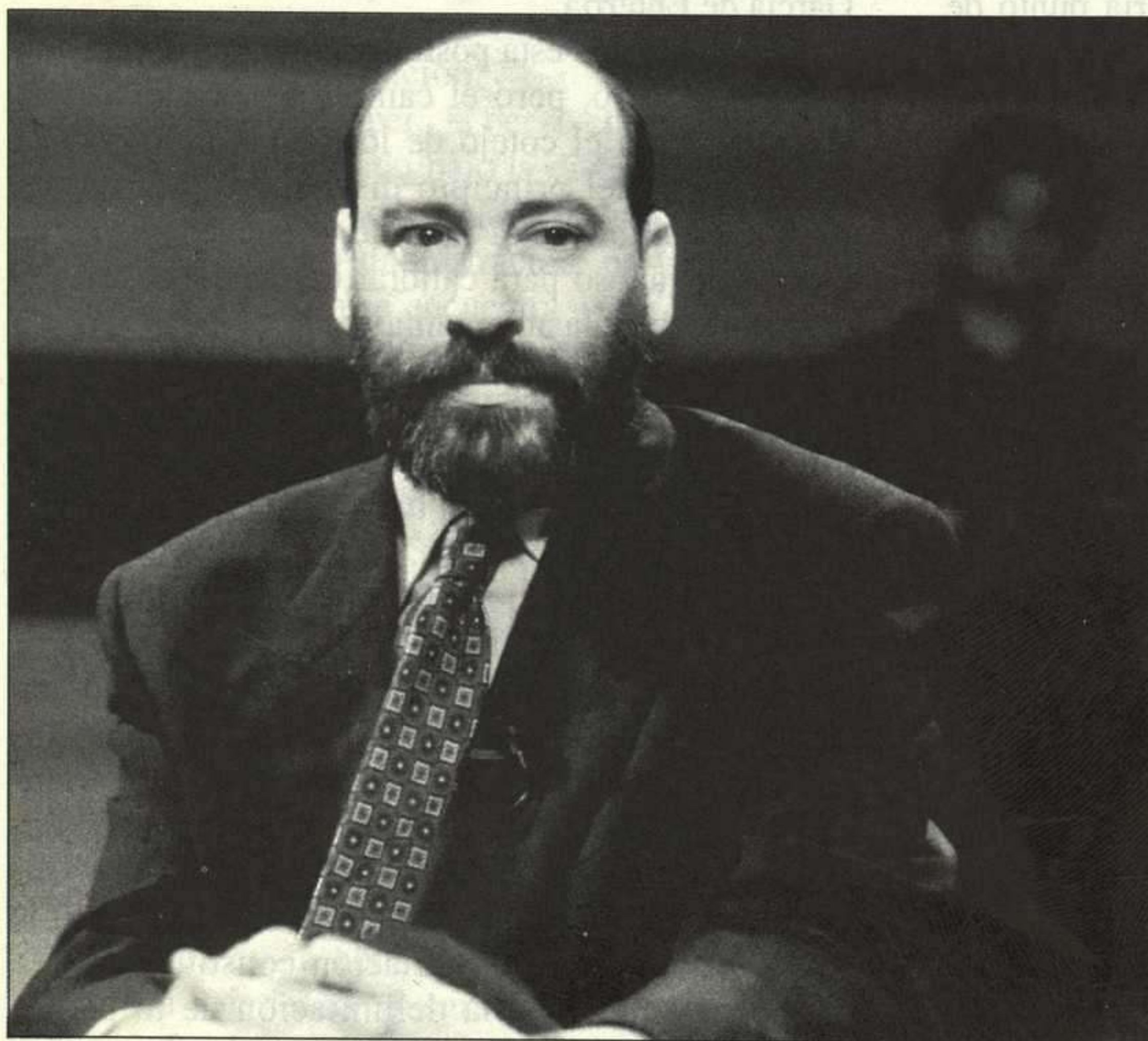
Sin embargo, no todo son luces en este análisis de los resultados obtenidos por IU. Hay que tener en cuenta que si los comparamos con los obtenidos en las generales de 1989, se han perdido más de 200.000 votantes, cifra que hay que aumentar teniendo en cuenta el aumento del censo electoral. Teniendo en cuenta que Izquierda Unida recoge (y acoge en su seno) la tradición del Partido Comunista de España, queda bastante camino por recorrer para alcanzar el nivel obtenido por este partido en las elecciones municipales de 1979, especialmente en algunos lugares como Cataluña o incluso Madrid.

Haciendo un análisis pormenorizado de los votos logrados, se observa, por ejemplo, que en la capital del Estado el crecimiento más sustancial, en términos relativos, no se da en las zonas de mayor composición social obrera y popular, sino en zonas de las llamadas clases medias, de empleados de los servicios, en las que más votos ha perdido el CDS. Parece, pues, haberse recogido un volumen importante del electorado progresista de aquel partido y todavía se presentan dificultades importantes para atraer a la base social que

apoya al PSOE, cuya desilusión por la política que practica les hace más proclives a la abstención que a apoyar a otra fuerza que defiende claramente sus intereses. Siendo esta la tónica observada en sucesivos procesos electorales, merece la pena que se desarrolle una reflexión colectiva a fondo para establecer las causas por las que el mensaje y la actividad política de Izquierda Unida está llegando con más dificultad a la clase obrera que a otros sectores sociales. Teniendo en cuenta el declive electoral que parece apuntarse en el PSOE, habrá que afinar mucho para salvar esa frontera ideológica que hoy separa a muchos de sus votantes con respecto a Izquierda Unida si no queremos llevar-

integrantes, se anunciaba que estas elecciones podrían ser su bautismo como representantes de la voluntad popular. No sólo no ha sido así, sino que se han quedado fuera por bastante. Quizá una campaña excesivamente moderada para lo que de ellos se puede esperar, que no conectó con los sectores jóvenes que en otros países constituyen su apoyo, explique en buena medida este fracaso. No se sabe si les quedarán ganas por volverlo a intentar de una manera seria, pues el desgaste que en muchas ocasiones supone para estos colectivos el desarrollar unas candidaturas electorales, visto los resultados, les puede influir de manera decisiva.

Si en 1989 se convirtió a un payaso en parlamenta-



**E**N este aumento de la abstención parecen haber tenido una responsabilidad especial los procesos descubiertos de corrupción política atribuidos a los partidos mayoritarios (Guerra, Naseiro), así como los cambalaches y fluctuaciones políticas habidas en esta legislatura municipal y autonómica (Madrid, Cantabria)

nos algunas sorpresas negativas como puede ser el asentamiento de estos sectores en la abstención o su posible apoyo a opciones pintorescas de fachada radical y de contenido netamente conservador como luego me referiré.

### **Los verdes siguen fuera mientras otros irrumpen con peligrosa fuerza**

En este análisis incompleto de lo acontecido el pasado 26 de mayo merece la pena un breve comentario sobre dos fenómenos singulares.

El primero es la dificultad ya casi definitiva de los Verdes por emerger a la vida parlamentaria y municipal. Una vez recompuesta «a medias» la unidad de sus

rio europeo, en 1991 se ha hecho a otro alcalde por mayoría absoluta. En los dos casos se trata de personajes claramente de derechas, lindando con la extrema derecha, en ambos coincidían también tintes populistas radicales que consiguieron el apoyo de sectores no sólo de derechas, sino de clases sociales más bajas. Si la tormenta Ruiz Mateos se disipó como una nube, la de Gil puede que no tenga más trascendencia. Pero no deja de ser una muestra más de que el sistema electoral no está consolidado y podrían abrirse expectativas a candidaturas de esta naturaleza con una cierta importancia, como ha sucedido en países de mayor tradición democrática, como Francia. Esperemos que no sea más que una anécdota, pero habrá que hacer algo más que esperar. ■

# EL ESTADO AUTONÓMICO GENESIS Y PERSPECTIVA

Manuel ZAFRA

**S**I hubiera que reparar en un criterio para evaluar la transformación operada por la Constitución en el Estado, no se encontraría punto de referencia más adecuado que la profundidad de la descentralización autonómica. Es cierto que pese al voluntarismo rupturista de todo proceso constituyente nunca se parte del vacío, siempre se construye sobre una herencia; en el caso de la articulación territorial del Estado, el punto de partida resultaba enormemente dificultoso porque tenía que hacerse sobre un sólido entramado institucional, cuya transformación era condición imprescindible para la efectividad de la autonomía, entendida ésta como disolución burocrática del Estado.

Efectivamente, el Plan de Estabilización del año 1959 exigió la vertebración de un sector público hasta ese momento inexistente; igualmente hubo de proveerse un soporte administrativo que racionalizara el caudillaje militar. A partir de estos cambios indudables comenzó a ganar fortuna la dualidad desajustada de una Administración moderna y un régimen político anacrónico. La Ley de Régimen Jurídico, la Ley de Expropiación Forzosa, la Ley de la Jurisdicción Contenciosa, iniciarían un sistema de garantías complementado a nivel político cuando una Constitución reconociera los derechos fundamentales; de esta manera, política y administración quedaban reconciliadas. Fue ganando así cuerpo la idea de una reforma desde el interior del régimen y la innecesariedad de la ruptura drástica exigida por la izquierda.

Esta lectura de la transición explica el proceso de construcción del Estado autonómico: la autonomía era el último peldaño de la reforma del Estado.

La literatura jurídica que ante el Proyecto de Constitución fue apareciendo y la elaborada tras su promulgación, pasaba por la defensa de un federalismo de ejecución en el que las Comunidades Autónomas quedan reducidas a competencias de aplicación, mientras que la iniciativa política permanece en sede central. Era la concepción «administrativista» de la

autonomía mantenida por muchos de los autores de la reforma de los años sesenta, desde López Rodó a García de Enterría.

Aparentemente esta postura no fue la que la Constitución recogió, pero el cambio no puede cifrarse únicamente en el cotejo de los textos jurídicos. La generosidad del principio dispositivo y la consecuente amplitud de la lista de competencias es un camino engañoso para calibrar con aproximación el peso político de la autonomía.

La efervescencia de la cuestión nacional, su oposición al franquismo, impidió que la autonomía fuera evacuada como un simple expediente administrativo. El Título VIII de la Constitución fue, sin duda, el de más conflictiva redacción, lo que provocó que su texto final acusara el compromiso político hasta el punto que el tenor literal del artículo 149 —clave de bóveda del reparto competencial— dejara indefinido el modelo de estructura territorial.

La apertura jurídica que se derivó del compromiso político, se cubrió con la jurisprudencia del Tribunal Constitucional, sobre todo con la interpretación que ha hecho del término «bases». Máxima expresión de la indeterminación constitucional en materia autonómica, la delimitación de lo básico ponía a prueba la realidad de la autonomía, aunque ya puede intuirse que cuando el artículo 149 reserva al Estado la competencia exclusiva sobre las bases de alguna materia, se está haciendo una declaración expresa de que las atribuciones del Estado son sustantivas y nucleares y las de las comunidades autónomas, adjetivas y secundarias.

Los primeros años de rodaje obligaron a la determinación de las bases para actualizar la Constitución en materia autonómica. Un Gobierno de mayoría precaria en un período de transición impedía una labor legislativa acorde con la Constitución; ante esta situación, lo básico se entendió por el Tribunal en sentido material, es decir, como aquel común denominador que garantiza el interés general. Esta interpretación propició la salvaguarda de un amplio



repertorio de legislación preconstitucional donde debían ser buscadas las bases. Este juicio impone una reflexión que sólo ha sido hecha de forma tangencial: la autonomía es una «circunstancia» más en la reforma del Estado, la Constitución no modifica el aparato político legado por el franquismo.

Esta impronta accidental de la autonomía se refuerza comprobando que los aspectos básicos de una materia se han regulado mediante reglamento, a golpe de decisión ejecutiva, que se ha justificado jurídicamente como desarrollo de leyes preconstitucionales de contenido «no político», preservando así un cuerpo legislativo aprobado bajo el franquismo y que con tal calificativo ha pasado la prueba de la Constitución.

Este fenómeno, a saber, la pervivencia del aparato administrativo decantado bajo la dictadura, abona el tópico de la contingencia de la Constitución frente a la estabilidad de la Administración, pero que leyendo más allá, la razón se encuentra en la común condición de Estado capitalista de la dictadura franquista y del orden político nacido de la Constitución.

Las medidas más importantes de política económica tomadas por el PSOE han supuesto el orillamiento de las Comunidades Autónomas al amparo de un entendimiento expansivo de las bases. Ha sido en el terreno económico en el que con más claridad se constata una idea de descentralización informada por tintes tecnocráticos, muy alejados de sus presuntas motivaciones democráticas.

Legitimada la intervención del Estado por la crisis capitalista del 29, la teoría económica orientó su utillaje intelectual a la definición del lugar de la iniciativa pública en la economía de mercado. Fue el hacendista americano Musgrave quien combinó las innovaciones keynesianas con las premisas neoclásicas, ofreciendo un esquema del sector público cuyas funciones eran las de estabilizar, distribuir la renta y la provisión de bienes públicos, es decir, aquellas labores para las que el mercado se revelaba ineficaz. Musgrave introdujo la variable territorio para ajustar su construcción, así, estabilizar y distribuir serían competencia de los poderes centrales, mientras que la asignación de bienes podía descentralizarse. Es así como se da carta de naturaleza al territorio dentro de la teoría del Estado.

Es fácil colegir que el esquema musgraviano persigue un «abaratamiento» del Estado, su móvil no es político, sino normativo, la forma más adecuada de que el Estado no mediatice la iniciativa privada para que el mercado —al menos a nivel ideológi-

co— siga cumpliendo la función nuclear que el capitalismo le atribuye.

Esta proposición teórica es asumida plenamente por la Constitución, las autonomías aparecen como instrumento de racionalización del Estado, que comenzó a vertebrarse bajo el franquismo de los años sesenta. Sólo así puede contextualizarse correctamente la experiencia de la LOAPA, como un intento de dotar con un armazón consistente unas iniciativas autonómicas que amenazaban con disgregar el Estado.

Un ejemplo bastante gráfico de la continuidad política entre el franquismo y las medidas adoptadas por el PSOE es la política de reconversión industrial. En coherencia con la nueva estructura territorial del Estado, una medida de esa magnitud debía haber contado con el concurso de los poderes autonómicos; sin embargo, toda la reconversión se ha hecho ignorando las Comunidades Autónomas o contando con su voluntad sólo para ejecutar las decisiones previamente adoptadas.

En la misma línea, el espacio dejado a las Comunidades Autónomas para arbitrar una política financiera propia, en lo relativo a la ordenación del crédito, constituye buena muestra de este carácter secundario de la autonomía. Otra ley franquista, la de Bases de Ordenación del Crédito de 1962, ha sido la fuente de habilitación de una serie de decretos que han ido adaptando el sector público a la nueva exigencia de un Estado autonómico. Tampoco en esta ocasión se ha estimado la inconstitucionalidad de una ley, so pretexto de su naturaleza «no política».

Con estos antecedentes, la propuesta de un Estado federal resulta algo más que una reivindicación tónica, la necesidad de conceder un status político a la autonomía. Sin duda esta afirmación tantas veces hecha quedaría sin contenido de no ofrecerse un cauce para su virtualidad. La federalización del Estado ha de pasar por formalizar las bases, es decir, por hacer del Parlamento el lugar donde se fijen las condiciones del reparto competencial para evitar el decisionismo del Gobierno y una jurisprudencia excesivamente finalista que acaba por dotar al Estado de una impronta fuertemente centralista. Sólo la ley aprobada en Parlamento permite dar cabida a las voces autonomistas y contrapesar la inevitable inercia de los poderes centrales. ■

# LAS DOS EUROPAS: CRISIS Y UNIFICACION

José María LASO PRIETO



## I. Introducción.

A pesar de constituir Europa el continente menos extenso, si se exceptúa a Australia, ha sido durante más de un milenio el más relevante en los aspectos político, económico y cultural. Europa está situada en el extremo NO del antiguo continente y forma con Asia un conjunto de tierras denominado genéricamente Eurasia. Pese a la imprecisión de los límites entre ambos continentes, razones de historia, población, clima y economía justifican considerar a Europa como entidad geográfica bien definida. Su posición geográfica es muy favorable: situada en el centro del hemisferio continental,

toda ella en la zona templada, unida a Asia por una cordillera de escasa altitud (los montes Urales), frente a las costas americanas más pobladas, y separada sólo de Africa por los 14 km. del estrecho de Gibraltar. Por otra parte, al extenderse la URSS por Europa y Asia, hace difícil fijar la extensión exacta del continente europeo, pero se estima en 10.235.436 km<sup>2</sup>, habitados por casi 600 millones de personas, lo que determina la mayor densidad continental (más de 56 habitantes por km<sup>2</sup>).

La individualidad, o especificidad, de Europa no siempre ha sido clara para sus habitantes. Como subraya el profesor Grant: «Uno de los rasgos más característicos de nuestro continente ha sido no sólo

la influencia de los individuos y de los grupos europeos sobre el mundo exterior, sino su propia y extrema receptividad bajo las influencias extranjeras. Para griegos, romanos, bizantinos, musulmanes, etcétera, no existía división entre Europa, Asia y África. El antiguo papel desempeñado por el Mediterráneo como puente, y no como barrera, se encuentra expresado en el mito de Europa transportada de Asia a su nuevo hogar. Y así, actualmente, Europa está siendo trasladada al Nuevo Mundo a través del Atlántico» (1). Por ello, el concepto de Europa, como comunidad humana con rasgos específicos diferenciados, ha requerido todo un proceso de gestación histórica. En ese sentido, un factor decisivo ha estado constituido por la común herencia cultural greco-latina. La racionalidad helénica, y las concepciones políticas y jurídicas romanas, se funden en una cultura común, suficientemente diferenciada de las culturas asiáticas y africanas, que son sus contemporáneas. Algunos historiadores incluso encuentran antecedentes, de esa especificidad europea, en las contiendas bélicas que en la antigüedad enfrentaron a griegos y persas. Se trata también de una lucha ideológica y moral, ya que enfrentaría a los hombres libres de la Hélade con los servidores del despotismo asiático. En todo caso, conviene precisar que esa condición de hombres libres no abarcaría a toda la población griega, pues no puede olvidarse el carácter esclavista de los Estados griegos, incluso de la democracia ateniense (2).

Otro relevante elemento conformador de la especificidad europea es el constituido por el cristianismo. Es sobre todo durante la Edad Media cuando su influencia es mayor. En una sociedad que, como muy bien precisa el historiador Henri Pirenne, ha retrocedido a niveles casi exclusivamente rurales todas las relaciones se estructuran en función de la propiedad de la tierra. Como regla general, la servidumbre es la condición normal de la población agrícola, es decir, de casi todo el pueblo. En el mundo rigurosamente jerárquico que así se estructura, «el lugar más importante y primero pertenece a la Iglesia Católica. Esta posee, a la vez que ascendente económico, ascendente moral. Sus innumerables dominios son tan superiores a los de la nobleza por su extensión como ella misma es superior por su instrucción. Además, sólo ella puede disponer, merced a las poblaciones de los fieles y a las limosnas de los peregrinos, de una fortuna monetaria que le permite, en tiempos de hambre, prestar su dinero a los laicos necesitados. En fin, en una sociedad que ha vuelto a caer en la ignorancia general, sólo ella posee aún los dos elementos indispensables para toda cultura: la lectura y la escritura y

los príncipes y los reyes deben reclutar forzosamente en el clero a sus cancilleres, a sus secretarios, a sus notarios, en una palabra, a todo el docto personal del que les es imposible prescindir. Del siglo IX al XI, toda la alta administración quedó de hecho entre sus manos. Su espíritu predominó en ella lo mismo que en las artes» (3).

Con el gradual desarrollo de la vida urbana que después se va produciendo en diversas regiones de Europa (Italia, Francia, Países Bajos, Alemania, etcétera), el espíritu renacentista pasa a constituir otro elemento importante de la civilización europea. Sobre todo, en la medida que supone un reforzamiento de la herencia cultural greco-latina a través de un retorno a la antigüedad clásica. Tal fenómeno fue muy bien descrito por Jacob Burckhardt en su célebre obra «La cultura del Renacimiento en Italia»: «La

**UN nuevo enriquecimiento del pluralismo ideológico europeo es el constituido por ese amplio movimiento renovador que con las denominaciones de Iluminismo, Enciclopedismo e Ilustración, constituye el preámbulo necesario para la gran eclosión democrática que se inicia con la Revolución Francesa**

antigüedad despierta en Italia de modo distinto que en el Norte. Tan pronto como la barbarie cesa, surge aquí, en este pueblo, aún semiantiguo, el reconocimiento del propio pasado. Lo ensalza y desea retornar a él. Fuera de Italia se trata de la utilización sabia, reflexiva, de determinados elementos de la antigüedad; en Italia, no sólo los sabios, sino también el pueblo, toman partido por la antigüedad de una manera objetiva, pues en ella hallan el recuerdo de su propia grandeza. La fácil comprensión del latín y la multitud de recursos y de monumentos existentes aún, favorecieron enormemente aquella tendencia (...). Este movimiento de retorno a la antigüedad puede decirse que, en gran escala y de una manera general y decidida, sólo se inicia en los italianos en el siglo XIV. Requería un desarrollo de la vida urbana como sólo se decidió en Italia y en aquellos tiempos: convivencia e igualdad efectiva entre nobles y ciudadanos y constitución de una sociedad general que sintiera la necesidad de la cultura y que dispusiera de

tiempo y de medios para satisfacerla. Pero la cultura, al pretender liberarse del mundo fantástico de la Edad Media, no podía llevar al súbdito, por simple empirismo, al conocimiento del mundo físico y espiritual. Necesitaba un guía, y como tal se lo ofreció la antigüedad clásica, con su abundancia de verdad objetiva y evidente en todas las esferas del espíritu. De ella se tomó forma y materia, con gratitud y con admiración y ella llegó a constituir, por lo pronto, el contenido principal de la cultura» (4).

Una consecuencia relevante del nuevo humanismo engendrado por el Renacimiento es la reforma protestante. En ella se encuentra otra de las raíces del proceso que ha configurado la actual especificidad europea. Empero, como bien precisa Delio Cantimori,

**IMPULSADA por la necesidad de coordinación económica que requería la aplicación del Plan Marshall, pero también como reacción contra el hegemonismo norteamericano que aquél suponía, al finalizar la década del cuarenta comenzó a desarrollarse en Europa occidental el proceso de unificación europea**

«suele hablarse en general de Renacimiento y Reforma, no de Humanismo y Reforma. Pero el problema, de este modo, está mal planteado: en primer lugar, se puede negar incluso la cuestión, porque no hubo un sólo “Renacimiento” y una sola “Reforma”, sino muchos Renacimientos (el italiano, el francés, el inglés, el alemán; o bien el pagano, el cristiano, el artístico, el literario, el filosófico, todos diferentes por la cualidad y las características, y en el tiempo y en el espacio), y, del mismo modo, muchas Reformas (luterana, zuingliana, calvinista, anglicana). (...) Esta complejidad de fenómenos diferentes, que acostumbra a mancomunarse bajo las dos etiquetas de Renacimiento y Reforma, es el motivo por el que todos los tratados que sitúan el uno frente al otro resultan insatisfactorios. Si de hecho se afirma, con Benda, un origen común de los dos movimientos que, más tarde en el decurso de la historia se escinden, puede hablarse realmente de los conceptos de **reformatio** y de **renovatio** que surgen juntos del misticismo franciscano y “espiritual” de Dante, de Petrarca y de Cola di Rien-

zo, para quienes la renovación política y cultural es inseparable de la reforma religiosa; pero no debe olvidarse que el verdadero problema surge cuando este motivo originario se divide en dos movimientos alejados en el espacio y en el espíritu informador, como el que tiene sus representantes en Lutero, Melachton, Calvino, Zuinglio y el que tiene a sus principales exponentes en Valla, en Pico de la Mirandola, en Poliziano, en Beato Renato, en Ulrico von Hutten y en Erasmo de Rotterdam. (...) Por el contrario, si hablamos de Humanismo y Reforma, nos acercamos más a la realidad, al mundo de los hombres vivos, concretos, distintos entre sí, y de sus no menos vivas y concretas esperanzas, aspiraciones, sentimientos a menudo contradictorios y de sus pasiones encontradas» (5). En definitiva, mediante ese entrelazamiento del Renacimiento, la Reforma y el Humanismo, Europa se hizo más pluralista no sólo en el campo religioso, sino también en el filosófico e ideológico.

Un nuevo enriquecimiento del pluralismo ideológico europeo es el constituido por ese amplio movimiento renovador que con las denominaciones de Iluminismo, Enciclopedismo e Ilustración, constituye el preámbulo necesario para la gran eclosión democrática que se inicia con la Revolución Francesa (1789-1793) y cuyos principios son extendidos después por todo el continente a través de las guerras napoleónicas. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, realizada por la convención revolucionaria francesa, desarrolla en ese sentido los principios de la Declaración de Independencia norteamericana, también de inspiración europea, mediante el movimiento de la Ilustración. A su vez, en las guerras napoleónicas se observa ya el fenómeno de los nacionalismos, que iban a acabar produciendo la primera gran crisis política europea. Nacionalismos que tienen por base económica la necesidad de desarrollar un mercado nacional específico, por las respectivas burguesías europeas y, en el ideológico, el desarrollo del romanticismo nacionalista que impulsa tanto a los revolucionarios como a los reaccionarios en la Europa posnapoleónica.

## II. La crisis europea.

En la primera década del siglo XX, Europa parecía haber alcanzado el cénit de su plenitud. Con el desarrollo industrial, desigual, pero generalizado, de sus diversos países, se iba elevando el nivel de vida de sus poblaciones y el de educación de sus ciudadanos. Muchos de sus Estados disponían de amplios territo-

rios coloniales que les proporcionaban mercados para sus productos y baratas materias primas. Los grandes beneficios que de ellas se obtenían permitían a sus respectivas burguesías realizar concesiones a sus trabajadores, que mejoraban su nivel de vida. Así se neutralizaba en parte la conflictividad social y se integraba en el sistema a un sector relevante de la clase obrera. El creciente desarrollo de la ciencia y de la técnica parecía asegurar un progreso económico y social ininterrumpido. Es cierto que ese progreso generalizado no alcanzaba en toda Europa la misma homogeneidad. Existían diferencias económicas y sociales entre el norte y el sur de Europa y entre la Europa Occidental y la Oriental. La región sudoriental del continente, constituida por la península balcánica, era con mucho la más atrasada. Era un fenómeno que se explicaba por su tardía incorporación a la especificidad europea, a causa del prolongado dominio otomano que había sufrido durante siglos. Por ello no puede sorprender que en esta etapa se calificase a los Balcanes de «avispero de Europa». En consecuencia, pudo considerarse natural que en una de

El reparto realizado en el Congreso de Berlín (1898) había quedado ya obsoleto. El explosivo de las contradicciones políticas nacionalistas, que se había exacerbado por el creciente desarrollo de los chovinismos de gran potencia y de la necesidad de defenderse contra él que tenían las pequeñas naciones y las minorías nacionales. El explosivo de las contradicciones militaristas, desarrolladas mediante una creciente carrera armamentista en la que estaban empeñadas las principales potencias europeas. Esa conjunción detonante explotó en 1914 con el pueril pretexto del atentado de Sarajevo. Se inicia así la contienda bélica, que primero se denominó «**guerra europea**» —denominación muy significativa—, después, «**gran guerra**», y, finalmente, **primera guerra mundial**, una vez que con el estallido de la segunda fue posible tal numeración. De hecho, en esta gran contienda europea radica el comienzo del proceso que acabaría fragmentando a Europa. Lejos de solucionar los problemas pendientes en el continente —como se pretendió por la propaganda de los beligerantes—, la exacerbación de los nacionalismos y de las ambiciones imperialistas hizo imposible que una auténtica paz se iniciase con el final de la fase bélica. Los sugestivos principios plasmados en los «14 puntos» del presidente Wilson quedaron reducidos a papel mojado por las duras condiciones impuestas a los vencidos mediante los tratados de Versalles y Saint-Germain.

En esas duras condiciones encontró el incipiente movimiento nazi el mejor caldo de cultivo para su desarrollo. Con su posterior ascenso al poder en Alemania (1933) y la formación del eje nazi-fascista, Europa se fracciona de hecho entre los que poco después serán los contendientes de la **segunda guerra mundial**. Utilizando la coacción militar, o la afinidad política con muchos de sus regímenes fascistas o semi-fascistas, la Alemania nazi consiguió que la mayoría de los países de Europa oriental participasen en su «cruzada» anticomunista contra la URSS. Por ello no puede sorprender que, cuando los ejércitos soviéticos, después de vencer a las tropas nazis en las decisivas batallas de Stalingrado y el arco de Kursk, penetran en Europa central y oriental, derroquen a los regímenes pro-nazis instaurados en esos países. Ese es el caso de Rumania, Bulgaria y Hungría. Por el contrario, Polonia y Checoslovaquia disponen de gobiernos en el exilio, que participan en el campo aliado, y Yugoslavia y Albania son liberadas por sus respectivos movimientos guerrilleros. Empero, tales particularidades no modifican el hecho fundamental de que todos esos países de Europa central y oriental



**En la caída del muro de Berlín se ha simbolizado el fin de la división entre las dos Europas, que fue una de las consecuencias fundamentales de la segunda guerra mundial**

sus ciudades —la serbia de Sarajevo— se iniciase la ignición de la mecha que iba a hacer detonar los explosivos que se habían ido acumulando en Europa.

El explosivo de las contradicciones económicas, engendradas por el desarrollo desigual de sus países, que impulsaba a algunos de éstos a tratar de obtener por la fuerza un nuevo reparto territorial del mundo.

fueron integrados en el denominado «bloque socialista», que adoptó el modelo conocido de «socialismo real».

El profesor García de Cortázar, en su «Historia del mundo actual, 1945-89», describe así el proceso que integró a esos países en el «bloque socialista»: «En el corto espacio de tiempo que media entre 1945 y 1948, en la mayoría de estos países se produjo un fulgurante ascenso de los partidos marxistas, aprovechando bien la presencia del Ejército Rojo o el enorme prestigio de los militantes de los partidos comunistas bien arropados por la aureola de vencedor que exhibía la URSS. Los comunistas, que habían popularizado durante años de lucha los aspectos socialistas de sus programas y habían combatido generosamente al invasor alemán, no iban a desperdiciar la ocasión que les brindaron los convulsos años de posguerra. Eliminando a sus adversarios, en algunos casos, obteniendo victorias electorales en otros, pero siempre marchando delante de los programas de reforma, hicieron posible la constitución de frentes de resistencia nacionales, en los que obtenían la hegemonía suficiente para dominar sus decisiones políticas. La particular posición geopolítica del bloque, formando una barrera natural entre Centroeuropa y la URSS, sería determinante para señalar el futuro inmediato de los regímenes constituidos al terminar la guerra. La versión que admite el famoso reparto de zonas de influencia entre los aliados, durante las Conferencias de Teherán, Yalta y Postdam, indica también la aquiescencia anglonorteamericana a la creación de este cordón ante la Unión Soviética. Los argumentos defendidos por Stalin y su ministro Molotov a favor de impedir un futuro avance alemán hacia la URSS, con esta oposición permanente, encontraron el beneplácito de Roosevelt y Churchill, más preocupados entonces por asegurar la paz que por impedir la penetración comunista en Europa oriental» (6).

Cristaliza así un bloque de países «socialistas» aliados de la URSS, que posteriormente se entrelazarían por la organización militar del Pacto de Varsovia (1955), constituida en respuesta a la fuerza bélica de la OTAN (1949) y por el organismo de cooperación económica denominado CAME. Fueron enormes los obstáculos y dificultades que sus gobiernos y partidos dirigentes tuvieron que afrontar para que tales países iniciasen procesos de transición a un socialismo basado en el modelo soviético. A tal fin, el impulso no provenía de una gran revolución social propia — como la realizada en Rusia en 1917—, sino de un proceso que Adam Schaff calificó de «exportación de

la revolución». En ellos, salvo la excepción que constituía Checoslovaquia, no se daban, ni remotamente, las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para asegurar el éxito de un proceso de transición al socialismo. Incluso, actualmente, con la perspectiva histórica alcanzada y la documentación disponible; muchos historiadores consideran que el objetivo fundamental que Stalin trataba de alcanzar en Europa central y oriental no era tanto desarrollar un bloque de Estados socialistas como, por razones geoestratégicas, asegurar a la URSS un glacis defensivo frente a eventuales nuevas agresiones procedentes de occidente. En todo caso, a partir de 1948, con el desarrollo abierto de la «guerra fría», Europa quedó dividida en dos mitades más o menos delimitadas por el reparto de zonas de influencia acordado en la Conferencia de Yalta. Desde entonces se ha desarrollado la ten-

**LOS métodos propios de una economía planificada y centralizada al extremo contribuyeron decisivamente al despegue económico soviético —no obstante las difíciles condiciones en que éste hubo de realizarse— y a la milagrosa reconstrucción de postguerra**

dencia a hablar de Europa como si ésta se circunscribiera sólo a los límites propios de su porción occidental. Se trataba de un grave reduccionismo, pues no sólo por razones geográficas e históricas, sino también por razones culturales, Praga, Budapest, Berlín, Varsovia, etcétera, son ciudades tan europeas como puedan serlo Londres, París, Bruselas, Roma, Madrid, etcétera.

### III. Las dos Europas.

Durante décadas, antes incluso de la construcción del muro de Berlín, se trató de simbolizar en el denominado «Telón de Acero» la división de Europa. Se trataba de una frase afortunada del famoso discurso de Winston Churchill en Fulton (Missouri), que en 1946 se consideró como la proclamación oficial de la «guerra fría». Empero no se trataba sólo de un símbolo, sino del hecho real de que, como consecuencia

del antagonismo entre ambos bloques —simplificadamente calificados de «socialista» y «capitalista»—, ambas Europas se situaron espalda contra espalda para desarrollarse en direcciones opuestas.

Aunque la Europa occidental no sufrió, durante la segunda guerra mundial, devastaciones comparables a las que padecieron la URSS y otros países de Europa oriental, no por ello podía considerarse satisfactoria su situación económica al finalizar la contienda bélica. Grandes zonas de Francia, Holanda, Bélgica y Alemania acusaban los efectos de la devastación. Aunque Varsovia era la capital europea más destruida, otras como Berlín no le iban a la zaga. Centros fabriles como Milán o Turín, Lyon, Dusseldorf, Colonia, etcétera, junto a las zonas costeras del norte de Francia presentaban, asimismo, grandes destrucciones. Entre los países occidentales, sería Francia la más perjudicada, al ser el escenario de las peores batallas. En especial, los nudos de comunicación y sobre todo los puentes que la unían a Centroeuropa quedaron inservibles. En total, no menos de 6.000 puentes franceses quedaron volados o inutilizados. Mientras tanto, los principales puertos —Tolón, Calais, Boulogne, Burdeos y Dunkerque— permanecían bloqueados o gravemente dañados. Los canales franceses, de importancia sustancial para sus comunicaciones internas e internacionales, fueron también inutilizados en su totalidad en la zona norte. Los centros urbanos galos padecieron la destrucción de al menos dos millones de casas. Holanda, por su parte, se había convertido tras la guerra en un país semisumergido, con todas las tierras al sur del Zuiderzee bajo el agua y todos los puentes fluviales que la unían a Bélgica en ruinas. Los canales belgas y holandeses no pudieron ser utilizados antes de seis meses.

Alemania, que sufrió los peores ataques en la fase final del conflicto, parecía un paisaje lunar en el que se mezclaban los cráteres de las bombas, con los hierros retorcidos de casas, ferrocarriles y puentes. En su parte occidental, fueron destruidos 740 de los 958 puentes que mantenían la comunicación con otros países y entre los landers regionales. En general, el impacto sobre los medios de comunicación sería el principal obstáculo para tratar de normalizar la vida europea, mayor incluso que las propias pérdidas humanas o la destrucción de viviendas. En su conjunto, los gastos de reconstrucción superaban las posibilidades financieras de los países europeos. Además, 1947 fue el peor año de la década para la agricultura, cerrándose con la pérdida de la cosecha un período de grandes dificultades. En tales circunstancias, fue

inevitable tener que recurrir a la ayuda norteamericana. EE.UU. se había beneficiado de una guerra realizada en su totalidad fuera de su territorio y con grandes ganancias para su industria de armamentos. Por ello, los EE.UU. eran, junto a Canadá y en menor medida algunas naciones sudamericanas, los únicos países con capacidad económica y logística para remediar las necesidades más acuciantes de la empo-



**La evolución de los países de Europa central y oriental, que formaban parte del bloque del «socialismo real», sigue la línea que era**

**previsible una vez iniciado el proceso de cambio**

brecida Europa. De ahí que aunque el organismo encargado de materializar la ayuda, la United Nations Relief and Rehabilitation Administration (UNRRA), estaba bajo el control oficial de las Naciones Unidas, fuera de hecho una plataforma propagandística de los EE.UU. Empero, como bien lo precisa el profesor García de Cortázar, la ayuda norteamericana no sólo

servía a ese fin, ya que también fue muy útil para la colocación de grandes excedentes agrícolas, procedentes del enorme desarrollo que habían alcanzado las producciones norteamericanas por impulso de la demanda europea. El envío hacia las hambrientas ciudades europeas de esa superproducción impidió el derrumbe de la agricultura americana, que pudo vender al Gobierno sus bienes de salida más difícil.

Ahora bien, no se trataba sólo de que las poblaciones europeas pudiesen subsistir, sino de que reconstruyesen sus economías. Y no sólo por razones económicas, sino también políticas. En una Europa occi-

**LOS resultados más espectaculares de la perestroika se han obtenido en el campo de la política exterior. Gracias a esa nueva política, la URSS ha mantenido la iniciativa en el área de las relaciones exteriores**

dental pauperizada y hambrienta podían abrirse paso fuerzas políticas que preconizasen la transformación revolucionaria de sus sociedades. El riesgo que ello suponía para el sistema capitalista impulsó al presidente de EE.UU. a formular el 12 de marzo de 1947 la declaración conocida como «doctrina Truman», que ha justificado el intervencionismo norteamericano en el exterior hasta nuestros días. La doctrina que justifica desde entonces la política exterior de los EE.UU. se adelantaba así en unos meses al Plan Marshall, del que, sin embargo, no puede dissociarse y con el que forma las dos caras de una misma moneda política. Así, según el historiador García de Cortázar, «si la doctrina Truman resultaba válida para cualquier lugar del globo y por tiempo indefinido, el plan Marshall era un programa concreto de ayuda a los países europeos hasta que lograran afianzar su reconstrucción económica y social. No obstante, esa intención suponía también el deseo de recomposición política bajo el molde de la homologación. Y ese factor se iba a convertir en elemento de la estrategia internacional USA, incluso por encima de cualquier otra consideración, una vez que desaparecieran los factores desestabilizadores como la pobreza, el desempleo, el hambre, etcétera» (7).

El proyecto, que se pondría en marcha en la primavera de 1948, fue dado a conocer por el general Marshall, secretario de Estado norteamericano, en un discurso en la Universidad de Harvard. En él expre-

saba la conveniencia de dar un salto cualitativo en la ayuda americana a Europa, no limitándose a la mera ayuda subsidiaria, sino tratando de recomponer la misma estructura económica y financiera de las naciones europeas arruinadas. La justificación del plan descansaba y era tributaria, por tanto, de la precedente doctrina Truman, con la que formaría un bloque ideológico de contención y evitación de «graves problemas económicos, sociales y políticos». Durante los años que, en sentido amplio, pueden considerarse de aplicación del Plan Marshall, entre 1948 y 1961, el importe total de las entregas, préstamos y donaciones superó los 30.000 millones de dólares. Del cuadro estadístico correspondiente se deduce que fueron cuatro países —Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia— los que en mayor medida fueron apoyados por los préstamos USA. Ellos solos recibieron casi 20.400 millones de dólares, lo que supone más del 67 por 100 del total. Para muchos historiadores, esa desproporción explica de modo contundente las diferencias económicas entre esos cuatro grandes países europeos y el resto de sus vecinos menores y también sus inquebrantables fidelidades hacia los EE.UU.

Impulsada por la necesidad de coordinación económica que requería la aplicación del Plan Marshall, pero también como reacción contra el hegemonismo norteamericano que aquél suponía, al finalizar la década del cuarenta comenzó a desarrollarse en Europa occidental el proceso de unificación europea. Sin embargo, no se puede olvidar que sus raíces son muy anteriores. A juicio del profesor García de Cortázar, el movimiento europeísta y el ideario de unidad de los pueblos que componen el viejo continente tiene raíces históricas tan profundas como pueden ser las de un mismo tronco político, cultural, espiritual, cuyo origen habría de remontarnos, cuando menos, a la Edad Media. Sin embargo, este criterio más o menos intelectual y disperso no pudo cuajar en una realidad institucional, hasta que la situación de postguerra y una misma visión de intereses de futuro en común tomaron cuerpo en los dirigentes europeos occidentales. El primer organismo que se puede citar como embrión del Mercado Común Europeo (MEC) es la organización Europea de Cooperación Económica (OECE), constituida en 1948 para encargarse de la formalización del Plan Marshall. Después de la OECE (transformada en 1961 en OCDE), primer órgano de colaboración europea, una idea de unidad limitada a tres socios (Bélgica, Holanda y Luxemburgo) tomaba cuerpo en forma de acuerdos monetarios y aduaneros. Se trataba del Benelux, que en una primera etapa unificaba o suprimía aranceles, para pasar



en 1949 a la eliminación de restricciones comerciales y trabas monetarias. Gracias a estas iniciativas, en 1957, cuando se constituye el MEC, el Benelux había conseguido ya un grado considerable de liberalización de intercambios. El ensayo del Benelux pasó así a la historia como precedente y experimento de integración que facilitó el posterior rodaje comunitario. Al firmarse el Tratado de Roma —el 22 de marzo de 1957—, el organismo que así nacía (y que comprendía a Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Italia, Francia y Alemania) copiaba las estructuras arancelarias y los pasos dados por los tres pequeños países que se habían adelantado a la futura Europa unida.

En plena consolidación del programa Benelux, nacería otro organismo de capital interés para la venidera integración. La Comunidad Europea del Carbón

Alemania y Francia. Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores francés, apadrinó el proyecto, en su deseo de controlar el potencial industrial germano. La CECA fue propuesta a todos los países europeos del área Marshall, y aunque Gran Bretaña no aceptó participar, contaría con la adhesión de Italia y el Benelux. En 1955, los seis de la CECA encargan a un comité dirigido por Spaak la redacción de un texto definitivo, que servirá de base para la firma del Tratado de Roma. Nacía así la Comunidad Económica Europea (CEE), dentro de un marco ideológico de unificación, pero todavía con ambiciones limitadas en una primera fase a la libre circulación de productos agrícolas e industriales y al establecimiento de un cerco arancelario común frente a terceros.

Tras sufrir duramente los embates de la crisis eco-



**De poco serviría construir la denominada «Casa Común Europea», por muy social que fuese su contenido interno, si se erigiese como un castillo o palacio egoísta, insolidario e, incluso, expoliador**

y del Acero (CECA) fue constituida con carácter sectorial por el tratado de París de 1951, como un ambicioso proyecto que hiciera posible la evitación de conflictos en el área industrial franco-alemana y preparara el camino hacia objetivos ulteriores más importantes. Con la CECA se ponían bajo administración conjunta las principales decisiones sobre producción carbonífera y de fabricación siderúrgica en

nómica iniciada en 1973, la CEE entró en una nueva fase. El proyecto de unidad de la Europa capitalista, la del Mercado Común, vería, en 1987, sumarse otros dos miembros, España y Portugal, con lo que se completaba la Comunidad de los doce. A pesar de los distintos matices de cada país, el conjunto económico formado por los doce integrantes (CE) se encontraba a finales de la década del ochenta en un ciclo de recu-

peración económica. Después de traumáticas reconversiones y de duros ajustes socioeconómicos, los indicadores de coyuntura registraban, en 1988, una marcha favorable de la economía. De acuerdo con el informe anual de la Comisión Europea, la economía de la CEE hacía entrada en otro período de auge semejante al de la década del sesenta, con franca recuperación de la demanda y la producción. El crecimiento medio del PIB comunitario se estimaba en un 3,5 por 100, el más alto en diez años, al mismo tiempo que la tasa de inversión, en torno al 7 por 100, representaba la mayor obtenida en las dos últimas décadas. Las tensiones inflacionistas, mayores entre los integrantes mediterráneos, se trataban de contrarrestar con controles salariales y subidas de los tipos de interés, pero no impedían una visión optimista del

**DURANTE el otoño e invierno de 1990-91, se ha agudizado la compleja crisis -política, económica, social, cultural y moral- que sufre la URSS**

conjunto capitalista europeo.

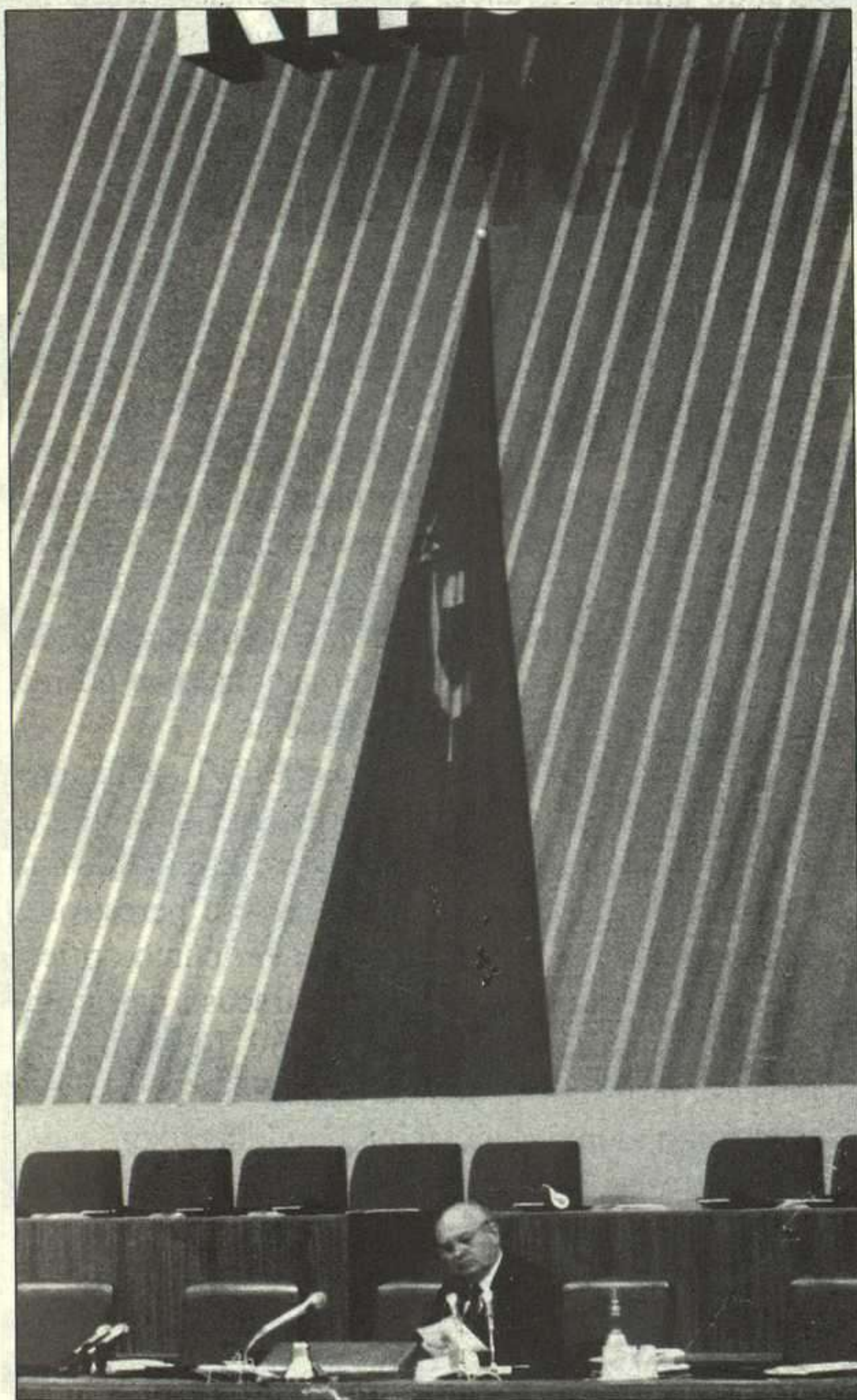
En el camino que le había llevado a esta recuperación, la CEE había tratado de resolver algunas controversias, como la de la Europa verde. Los problemas agrícolas dividieron a los miembros de la Comunidad hasta el primer semestre de 1988, en que se aprobó una importante reforma de la política común dirigida a las producciones agrarias. La limitación de la producción y el almacenamiento, la reducción de subvenciones o el control de los precios a la baja, trataban de incentivar una reducción de los excedentes comunitarios en ese sector, aunque amenazaban con crear nuevos desajustes sociales. En el campo de la industria, los planes de reconversión afectaron más a los últimos incorporados y a los que, como España, habían mantenido una mayor tradición proteccionista. Astilleros y grandes siderúrgicas padecieron el choque de la incorporación en los convulsos años ochenta, sufriendo en algunos casos un importante desmantelamiento. El reciclaje tecnológico del sector industrial constituye todavía un reto para los miembros menos desarrollados de la CEE, en una Europa que desde 1992 tratará de presentar un aspecto más homogéneo que hasta ahora. Para esa fecha, la eliminación de barreras comerciales creará un mercado único comunitario, ahorrando más de 100.000 millo-

nes de pesetas en aranceles, otros tantos en gestiones fronterizas y no menos de un billón en costos de administración comercial.

La otra Europea, la Europa del Este, al tratar de desarrollarse en un sentido socialista, también pasó por diversas fases a partir del final de la segunda guerra mundial. Las enormes pérdidas que sufrió la URSS como consecuencia de la agresión nazi en 1941 requirieron un gran esfuerzo de reconstrucción. La catástrofe demográfica —más de 20 millones de muertos— fue tan grande que hasta 1954 no logró recuperar la cifra de 195 millones de habitantes que había alcanzado en 1941. De un total de 1,5 billones de dólares estimados como pérdidas globales, la URSS reclamó como reparaciones un 50 por 100, cantidad que fue aceptada por los aliados. Las destrucciones en suelo soviético afectaron a más de 1.700 ciudades, 70.000 pueblos, 32.000 fábricas, 84.000 escuelas... No menos de 65.000 kilómetros de vías de comunicación quedaron inservibles. Mientras la situación de la vivienda era catastrófica, con casi 20 millones de personas sin hogar, la producción agrícola e industrial sólo llegaba al 60 por 100 de la de 1940. Bajo la impresión del desastre que para la URSS había supuesto la segunda guerra mundial, no les fue difícil a los dirigentes soviéticos justificar ante su pueblo la creación de un bloque de países «socialistas», el mantenimiento de un clima de guerra fría o la presión armamentística sobre las inversiones presupuestarias. En tales condiciones, las tareas de reconstrucción y el posterior intento de crear unas mejores condiciones de vida para el pueblo soviético tuvo que afrontar el alto costo de un ejército y una industria militar desproporcionada. En realidad, esta carga ha agravado en todo momento las posibilidades reales del desarrollo soviético, incluso en los mejores años de la recuperación económica.

Para el período de postguerra, la planificación de la economía se realizó a través del IV Plan Quinquenal (1946-50) que tenía como objetivo fundamental alcanzar la producción de anteguerra. El aislamiento financiero a que estuvo sometida la URSS, tras rechazar el plan Marshall, y el conjunto de calamidades y destrucciones, no impidieron la obtención de las metas del IV Plan. En 1950, cuando se consideraba finalizado el período del plan, el índice de la producción industrial había pasado del 100 de 1941 a 171. Se recuperó así con amplitud el bache de postguerra y las producciones de carbón y acero se dispararon en relación a la década anterior. Del mismo modo, la fabricación de maquinaria y material industrial, junto a los productos químicos, se colocaron a

la cabeza del desarrollo soviético. Símbolos de la notable recuperación soviética de postguerra fueron la apertura del gigantesco canal Volga-Don (1952) y la puesta en funcionamiento de la primera central nuclear soviética en 1949. En el plano de la tecnología militar, la producción de bombas atómicas desde 1949 y la de hidrógeno desde 1953. Pero, sobre todo, lo que dio relevancia internacional a los avances



**Las múltiples reformas que ha impulsado la perestroika han hecho avanzar el proceso hasta un punto crítico, que va a determinar el éxito o el fracaso definitivo del viraje impulsado por Gorbachov**

soviéticos en la década del cincuenta fue el espectacular desarrollo de la investigación espacial que desde 1957, con la colocación en órbita del primer satélite artificial, conocería señalados éxitos.

Los métodos propios de una economía planificada y centralizada al extremo contribuyeron decisivamente al despegue económico soviético —no obstante las difíciles condiciones en que éste hubo de realizarse— y a la milagrosa reconstrucción de postguerra. Sin embargo, mediada la década del cincuenta, se requería en la URSS una reforma económica, social y política que posibilitase la necesaria descentralización de la economía y proporcionase mayor estímulo a la participación popular en el proceso productivo. Ese fue el proyecto que encabezó Jrushov a partir del XX Congreso del PCUS (1956), que inició una crítica al «culto a la personalidad» y dio paso a un intento de desestabilización política, económica y cultural. En el campo económico, además de diversas reorganizaciones de los ministerios industriales y de los organismos de planificación, se inició la denominada «reforma Liberman», que pretendía la descentralización de la planificación estatal y la autogestión de las empresas industriales. En octubre de 1964, Jrushov fue destituido de sus cargos por el Comité Central del PCUS. Jrushov fracasó no sólo a causa del arbitrio de algunas de sus actuaciones, sino también debido a que se coaligaron contra él determinados sectores privilegiados de la burocracia soviética que temían las consecuencias de sus reformas. Gradualmente, el nuevo equipo dirigente soviético, dirigido por Brézhnev, abandonó la vía de las reformas emprendida por Jrushov para caer en la autosatisfacción política y el estancamiento económico. Se perdieron así dos décadas, haciendo más difícil y arduo el proceso de reforma.

Generalmente, se considera la política de «perestroika» como el factor desencadenante de los procesos de cambio que se han producido en los países del Este que habían adoptado el modelo de «socialismo real». Por otra parte, es evidente que la política de perestroika no ha surgido por azar o por el mero arbitrio de algunos dirigentes soviéticos. Por el contrario, responde a una necesidad histórica ineludible generada por la acumulación, a lo largo de décadas, de una serie de errores y deformaciones políticas tanto en el PCUS como en el Estado soviético. Como consecuencia de tales deformaciones surgió el «mecanismo de freno» —al que alude Gorbachov en su libro sobre la perestroika—, que no sólo originó una grave crisis económica en la URSS, sino también una degradación de las instituciones políticas, económicas y sociales soviéticas. Incluso una crisis en los valores morales propios de una sociedad socialista. Se imponía, en consecuencia, la adopción de energéticas medidas correctoras que permitiesen superar la

crisis general en que se estaba sumiendo gradualmente la URSS. Inicialmente no se captó la magnitud de la tarea que ello suponía, ni las consecuencias que podían derivarse. No obstante, puede suponerse que cuando los dirigentes soviéticos decidieron efectuar el gran viraje corrector que constituye la perestroika, serían conscientes de los riesgos que ello suponía, no sólo para la estabilidad política, social y nacional de la URSS, sino también para la de los demás países integrados en la organización del Pacto de Varsovia. Sin embargo, tuvieron el valor de afrontar el reto para así poder superar el callejón sin salida al que ineludiblemente conducía la política de estancamiento.

Transcurrido un lustro desde el inicio de la perestroika, se puede efectuar ya un cierto balance de sus resultados. Una primera impresión es la de que ese balance resulta desigual, según los campos concretos de su aplicación. En el campo concreto de la información, la cultura y el respeto de los derechos humanos, es donde estimamos que se han obtenido resultados más satisfactorios. La «glasnot» ha complementado en este campo a la «perestroika», proporcionan-

## **E**L proceso de unificación europea requiere reformas importantes de los órganos comunitarios.

**Fundamentalmente, en el sentido de retirar atribuciones al Consejo de la Comunidad y de conceder competencias legislativas auténticas al Parlamento Europeo**

do una amplia libertad de expresión. Es de valorar también que en el medio cultural y científico hayan desaparecido las prohibiciones de determinados libros, películas, representaciones teatrales o de ciertos temas en los debates culturales, científicos, filosóficos, literarios, etcétera. En el plano de la actividad económica y de los abastecimientos básicos de la población, el balance es mucho menos satisfactorio. No pueden por menos que suscitar preocupación las informaciones sobre la situación caótica creada en la actividad económica industrial, en los servicios, y en la distribución de los abastecimientos necesarios para satisfacer las necesidades fundamentales de la población soviética. Es una situación propia de los procesos de transición, pero que se está prolongando excesivamente. En el campo político deben valorarse las

reformas que se han realizado en los poderes legislativo y ejecutivo —en menor grado en el judicial— y el intento de avanzar hacia un Estado de derecho democrático y socialista.

Los resultados más espectaculares de la perestroika se han obtenido en el campo de la política exterior. Gracias a esa nueva política, la URSS ha mantenido la iniciativa en el área de las relaciones exteriores, logrando grandes avances en la distensión, así como la superación, total o parcial, de diversos conflictos regionales —Afganistán, Angola, Namibia, etcétera—. A la política de perestroika se deben también los avances que se han producido en la disminución de la conflictividad en Europa y una gradual aproximación hacia la programada —y por el propio Gorbachov concebida— «Casa Común Europea». Por el contrario, un eventual efecto negativo de la nueva situación internacional creada por la perestroika puede radicar en la práctica desaparición del contrapoder que en el equilibrio internacional había supuesto la potencia militar de la organización del Pacto de Varsovia. Al tener que priorizar ahora la URSS la solución de los problemas internos, se puede crear un vacío de poder en el campo internacional que posibilite el aventurerismo de otras potencias.

Durante el otoño e invierno de 1990-91, se ha agudizado la compleja crisis —política, económica, social, cultural y moral— que sufre la URSS. Las múltiples reformas que ha impulsado la perestroika han hecho avanzar el proceso hasta un punto crítico, que va a determinar el éxito o el fracaso definitivo del viraje impulsado por Gorbachov. El retraso en resolver el problema constitucional de las formas que adoptará la unión —federación, confederación, etcétera— entre las diversas naciones y nacionalidades que integran la URSS, ha tenido una fuerte repercusión en la situación económica y en el problema de los abastecimientos básicos para la población. Mientras dure la incertidumbre sobre las futuras formas de unión —y el reciente referéndum no las ha despejado totalmente— cada república soviética (y, en algunos casos, cada región, comarca y ciudad, etcétera) tiende a reservar las mercancías que produce, destinándolas exclusivamente a su propio uso. También existe una gran incertidumbre sobre el contenido de las reformas económicas, pues la existencia de diversos planes de reforma —los de Shatalin, Abalkin, Agambegiam, etcétera—, lo mismo puede conducir a una economía mixta, que conserve la opción socialista, que a la instauración en la URSS de un capitalismo salvaje desprovisto de todo control social.

Si en la URSS el proceso de reforma, impulsado



La versión que admite el famoso reparto de zonas de influencia entre los aliados, durante las Conferencias de Teherán, Yalta y Postdam, indica también la aquiescencia anglonorteamericana a la creación de este cordón ante la Unión Soviética

por la perestroika, ha resultado más difícil de lo previsto, se hace todavía más complejo y difícil en los demás países del Este. A diferencia de la URSS, en ellos no tuvo lugar una profunda revolución social. Los regímenes de «democracia popular» que en ellos se implantaron fueron consecuencia de la «exportación de la revolución» que realizaron en 1944-45 los ejércitos soviéticos, y del reparto de zonas de influen-

cia acordado en la Conferencia de Yalta. Por ello, sus regímenes políticos nunca gozaron de tanto arraigo popular como el poder soviético en la URSS y sí de muchas mayores resistencias nacionales y sociales. Esto no significa que no alcanzasen una cierta base social, ni que sean desdeñables sus logros en el campo de la cultura, la educación, la sanidad, el deporte, etcétera. También lograron erradicar los lati-

fundios, desarrollarse industrialmente e instaurar el pleno empleo. No obstante, fracasaron en su intento de lograr un adecuado nivel de consumo para sus poblaciones y regímenes políticos suficientemente participativos para asegurar el pleno apoyo de sus pueblos. Por ello, no puede sorprender que cuando — en aplicación de la política de perestroika— la URSS posibilitó su evolución política natural, se hayan producido en tales países profundos cambios políticos.

La evolución de los países de Europa central y oriental, que formaban parte del bloque del «socialismo real», sigue la línea que era previsible una vez iniciado el proceso de cambio. Salvo la excepción de Rumania y Bulgaria, por un movimiento pendular típico, ha proporcionado la victoria electoral a las fuerzas de centro-derecha. En Rumania y Bulgaria la oposición se negó a aceptar el triunfo electoral de una izquierda, más o menos continuísta, y esta oposición puede alcanzar sus objetivos si sabe aprovechar la crisis económica creciente. En los demás países se puede producir la misma evolución —aunque con signo político contrario—, posibilitando a medio plazo un renacimiento de la izquierda. No es todavía posible predecir con exactitud la evolución futura de estos países. Están siendo fuertes los intentos de integrarlos en el sistema capitalista —como importantes mercados y fuentes de materias primas—, pero el proceso de privatización no va a estar exento de resistencias y dificultades. A pesar de la fascinación inicial que puedan suscitar los señuelos de la sociedad de consumo, sus trabajadores no van a aceptar fácilmente un simple retorno a la explotación capitalista y a un régimen económico caracterizado por la marginación social, el desempleo y la competitividad extrema.

#### IV. La unificación.

En la caída del muro de Berlín se ha simbolizado el fin de la división entre las dos Europas, que fue una de las consecuencias fundamentales de la segunda guerra mundial. Desde una perspectiva histórica de conjunto, era inaceptable que Europa estuviese durante décadas dividida. Y no tanto debido a que sus Estados tuviesen distinto contenido económico, político y social. Tanto la Carta de la ONU como el Derecho Internacional admiten que en la comunidad mundial puedan existir distintos regímenes económico-sociales. En el caso que estudiamos, la división provenía, sobre todo, del reparto de zonas de influencia y de la cristalización por el proceso de «guerra fría» de bloques militares antagónicos. Sin embargo,

a pesar de esta división artificial y contraria a la voluntad de sus pueblos, Europa no dejó de constituir una unidad cultural —suma de su pluralidad de culturas— y no se pudieron romper totalmente los lazos que relacionaban a sus naciones. Como muy bien precisó en su día el presidente De Gaulle, Europa se extiende realmente desde el Atlántico a los Urales. En consecuencia, una auténtica unificación europea, que no sea meramente regional, deberá comprender en su día a todos los países integrados en ese espacio geográfico y cultural. Sin embargo, ello requerirá un proceso dilatado, pues son muchos los obstáculos que deberán superarse para lograr tal integración.

Uno de los mayores obstáculos surgirá, sin duda, en el campo económico. La Europa central y oriental no es nada homogénea en el plano económico. Difícilmente pueden homologarse las situaciones económicas actuales en Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, etcétera, y mucho menos con la existente en Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y Albania. Incluso subsiste la duda de si el actual proceso de cambios políticos no generará diversos Estados nuevos, bien sea por la fragmentación de Yugoslavia (Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro, Macedonia, etcétera), o por la segregación de la URSS de los Estados bálticos (Lituania,

**EN el plano económico, ya se reconoce abiertamente el fracaso de la reunificación alemana. Así lo han tenido que admitir el ministro de Finanzas de la RFA, Jürgen Müllemann, que lo califica de «fallo de cálculo», y el presidente del Bundesbank, Hans Otto Pöhl, que la considera un «desastre»**

Letonia y Estonia). Otra incógnita radica en la eventualidad de que algunos de tales Estados mantengan la opción socialista, mientras otros se integren definitivamente en el sistema capitalista. Despejada tal incógnita, tampoco está claro el futuro de los que se integren en el sistema capitalista. Económicamente, muchos de ellos no podrán integrarse en el centro del sistema —en este caso, en la Comunidad Económica Europea—, sino que permanecerán marginados en la periferia del mismo. Todo ello hace compleja, difícil y dilatada la posibilidad de una integración economi-

ca del conjunto de Europa. En el plano militar, los intentos de Polonia y Hungría de ingresar en la OTAN, tampoco parece que vayan a tener éxito. Una vez de extinguida la organización militar del Pacto de Varsovia, lo lógico sería que desapareciese también la OTAN.

En el campo estrictamente político de las instituciones europeas es donde existen más posibilidades de integración. No tanto en las instituciones de la Comunidad Europea (CE) como en las del Consejo de Europa, dotadas para ello de una mayor flexibilidad. En ese sentido, no sería difícil que, a medio plazo, la totalidad de los países de Europa se integren en el Consejo de Europa. A su vez, ofrecen interesantes posibilidades de colaboración intereuropea la celebración regular de Conferencias de Seguridad y Cooperación europeas. De hecho, hasta ahora, el único país europeo ausente de tal foro ha sido Albania. Y no por mucho tiempo, pues su Gobierno ya ha solicitado la incorporación.

Ahora bien, la historia demuestra que para culminar procesos de integración o unificación, las premuras resultan contraproducentes. Esa es la lección que ya se puede deducir de la apresurada unificación alemana. En ese sentido, no puede dejar de suscitar preocupación la forma concreta que ha revestido la unificación alemana, con la práctica absorción de la denominada República Democrática Alemana (RDA) por la República Federal Alemana (RFA). Aunque no se podía negar al pueblo alemán el derecho a la autodeterminación —como a ningún otro pueblo—, el proceso de reunificación de Alemania tenía claras repercusiones en la situación general europea, que deberían haber sido resueltas con menos premura, en el sentido general de la unificación europea. Sin embargo, de hecho, en lugar de la preconizada europeización de Alemania, parece haberse impuesto la alemanización de Europa. Por otra parte, el «Anschluss» de la RDA refuerza las posiciones del gran capital en la Comunidad Europea e incrementa los riesgos de regresividad social para el conjunto de sus miembros integrantes. Tampoco se puede desconocer que dicha anexión ha hecho reaparecer —en mayor o menor grado— los temores tradicionales que en varios países europeos ha suscitado el expansionismo germánico. A pesar de las seguridades que los dirigentes alemanes ofrecen sobre el reconocimiento de las fronteras actuales, la superación de las tendencias revanchistas, la asunción definitiva de la democracia por el pueblo alemán, sus intenciones pacíficas, etcétera, subsisten las dudas que la práctica histórica suscita, ya que seguridades semejantes fueron

también ofrecidas por los dirigentes de la República de Weimar en las décadas del veinte y del treinta. Además, la gigantesca potencialidad del nuevo Estado alemán unificado tendrá también su propia dinámica. Y no es difícil considerar que, en ese sentido, las tesis científicas sobre las consecuencias que suscita el desarrollo desigual de los Estados capitalistas, al plantear renovados intentos de modificación del reparto territorial del mundo. Igualmente, se pueden suscitar dudas sobre si la Unión Soviética no estaba en condiciones de moderar la excesiva rapidez con que se ha producido la reunificación alemana y las negativas consecuencias que de ello pueden derivarse para la seguridad europea. En la débil reacción soviética, frente al ritmo excesivamente rápido de la reunificación —a pesar de las posibilidades que para moderarla ofrecía la Conferencia «2+4»—, pueden haber influido no sólo por razones económicas —las contrapartidas ofrecidas por el Gobierno de la RFA a la URSS—, sino también la situación geoestratégica creada por el hecho indudable de que el bloque enca-

**L** A política de perestroika no ha surgido por azar o por el mero arbitrio de algunos dirigentes soviéticos. Por el contrario, responde a una necesidad histórica ineludible generada por la acumulación, a lo largo de décadas, de una serie de errores y deformaciones políticas tanto en el PCUS como en el Estado soviético

bezado por la URSS perdió la «guerra fría».

No han faltado voces autorizadas advirtiendo contra las consecuencias negativas de una reunificación apresurada de Alemania. Así, el prestigioso escritor alemán Günter Grass, en su libro «Alemania: una unificación insensata», decía: «La unificación, entendida como asimilación de la RDA por la República Federal, conllevaría pérdidas irre recuperables: los ciudadanos del otro Estado absorbido perderían por completo toda su dolorosa identidad, conquistada mediante una lucha sin precedentes; su historia sucumbiría frente al sordo precepto de unidad. Nada se habría ganado, excepción hecha de un poder pleno y, en consecuencia, alarmante, hipertrofiado por su apetencia paulatina de mayor poder. A pesar de todas

las promesas solemnes, bienintencionadas si se quiere, los alemanes volveríamos a inspirar temor. En efecto, observados por nuestros vecinos con una desconfianza justificada, no tardaría en resurgir el sentimiento de aislamiento y con él esa mentalidad que constituye un peligro público, que por autocompasión se ve a sí misma "rodeada de enemigos". Una Alemania reunificada sería un coloso portador de una carga tan compleja que supondría una lastre para sí mismo y para la unificación europea. Por el contrario, la confederación de los dos Estados alemanes y su renuncia expresa al Estado unitario contribuiría a la unidad europea, al igual que la identidad alemana será una unidad confederal» (8). En el plano económico, ya se reconoce abiertamente el fracaso de la reunificación alemana. Así lo han tenido que admitir el ministro de Finanzas de la RFA, Jürgen Möllemann, que lo califica de «fallo de cálculo», y el presidente del Bundesbank, Hans Otto Pöhl, que la considera un «desastre». Y, efectivamente, como desastre puede ser considerado, en el campo económico, un proceso de reunificación que ha dejado sin trabajo a uno de cada tres alemanes orientales. Y las perspectivas de futuro son todavía más negras. Se estima, con fundamento, que en los próximos meses la proporción de desempleo puede llegar a ser del 50 por 100 o superior y, por ahora, nada apunta hacia una chispa de luz al final del túnel. Por ello, los ciudadanos de la ex RDA se consideran estafados por el canciller Kohl, que, en su demagogia electoral, prometió que ningún alemán oriental viviría peor después de la reunificación. De ahí que se hayan reanudado las manifestaciones multitudinarias en Leipzig y otras ciudades orientales alemanas, pero ahora para protestar por el deterioro económico y exigir la dimisión de Kohl.

En un sentido más general, el proceso de unificación europea requiere reformas importantes de los órganos comunitarios. Fundamentalmente, en el sentido de retirar atribuciones al Consejo de la Comunidad y de conceder competencias legislativas auténticas al Parlamento Europeo. La necesidad de tales reformas la refleja muy bien un eurodiputado: el politólogo Maurice Duverger, en un reciente artículo titulado «Una comunidad sin cabeza ni democracia». Según el profesor Duverger, «la Comunidad Europea no tiene cabeza y menos aún democracia. La verdad es que allí no manda nadie. El Gobierno se desparra- ma entre la Comisión, los comités particulares creados por el Consejo, los representantes permanentes de los ministros y las reuniones del Consejo, cuyos miembros son diferentes a tenor de las cuestiones a

tratar: asuntos generales, economía, finanzas, agricultura, industria, transportes, etcétera. (...) Pese a reunir a 12 países de los más democráticos del mundo, la Comunidad está dotada de un sistema autocrático sin parangón en todo Occidente. Y, sin embargo, sus ciudadanos gozan de una doble representación por sufragio universal. El Parlamento Europeo, elegido directamente por los ciudadanos, encarna la voluntad de unión. Formado por los representantes de los Gobiernos investidos por los Parlamentos de los Estados, el Consejo encarna las diversidades nacionales. Las dos legitimidades son iguales y complementarias, pero el Parlamento Europeo no dispone más que de las migajas de un poder legislativo monopolizado casi por completo por el Consejo, y éste adopta sus decisiones a puerta cerrada, lo cual equivale a decir que sus miembros no están controlados por sus respectivos Parlamentos. Los representantes de los pueblos de la Comunidad están en la práctica excluidos para elabo-

**S**UBSISTEN dos cuestiones que no van a ser resueltas por la entrada en vigor del Acta Unica Europea a partir de 1992. Si no queremos que la Europa unida sea sólo la Europa de los comerciantes o de los monopolios, sino la Europa de los pueblos o de los trabajadores, es preciso que la Carta Social Europea deje de ser meramente programática para ser vinculante

rar directivas, esas leyes federales que se imponen a los Estados miembros. El Parlamento Europeo no tiene la iniciativa de sus proyectos, ya que únicamente puede rechazarlos o enmendarlos, y esto, a su vez, sólo obliga al Consejo a adoptarlos, bien que sea por unanimidad. La batalla a propósito de la sede, Bruselas o Luxemburgo, no es más que una comedia barata, pues lo que en su interior existe es una asamblea teatral que representa obras sin gran influencia fuera de la sala del espectáculo. No es de extrañar que los electores no se tomen muy en serio a sus elegidos, aunque les gustaría ver que cumplen las funciones que corresponden a su mandato» (9).

En su propuesta de democratización de las instituciones europeas, para el profesor Duverger, la clave



del problema radica en la transformación del Consejo, órgano fundamental de decisión en el sistema actual. Y esta transformación supone que se distinga la naturaleza de sus prerrogativas y los sectores sobre los que las ejerce. En la CE actual acumula el poder legislativo y el ejecutivo; en el primero dispone de un monopolio casi total, en el segundo la comparte con la Comisión, que dispone de la mayor parte de ese poder. En ese sector, la Comunidad debería estar organizada según el modelo federal de la RFA. El Consejo se parece ahora al Bundesrath de Bonn, esa segunda Cámara formada por los representantes de los Gobiernos de los länder, en la que cada uno dispone de un voto bloqueado y ponderado. Para evitar cualquier confusión con el Consejo europeo, debería llamarsele «Consejo de los Estados». Para democratizar la Comunidad habría también que decidir, ante todo, que sus debates y votaciones fueran públicos, con el fin de que los Parlamentos de cada país pudieran controlar las decisiones adoptadas por los ministros de este Consejo. Y, naturalmente, el Parlamento Europeo debería parecerse, por su parte, al Bundestag, compartiendo el poder legislativo con el Consejo mediante codecisiones adoptadas en la proporción 50-50 por 100, en lugar de la 10-90 por 100 actual.

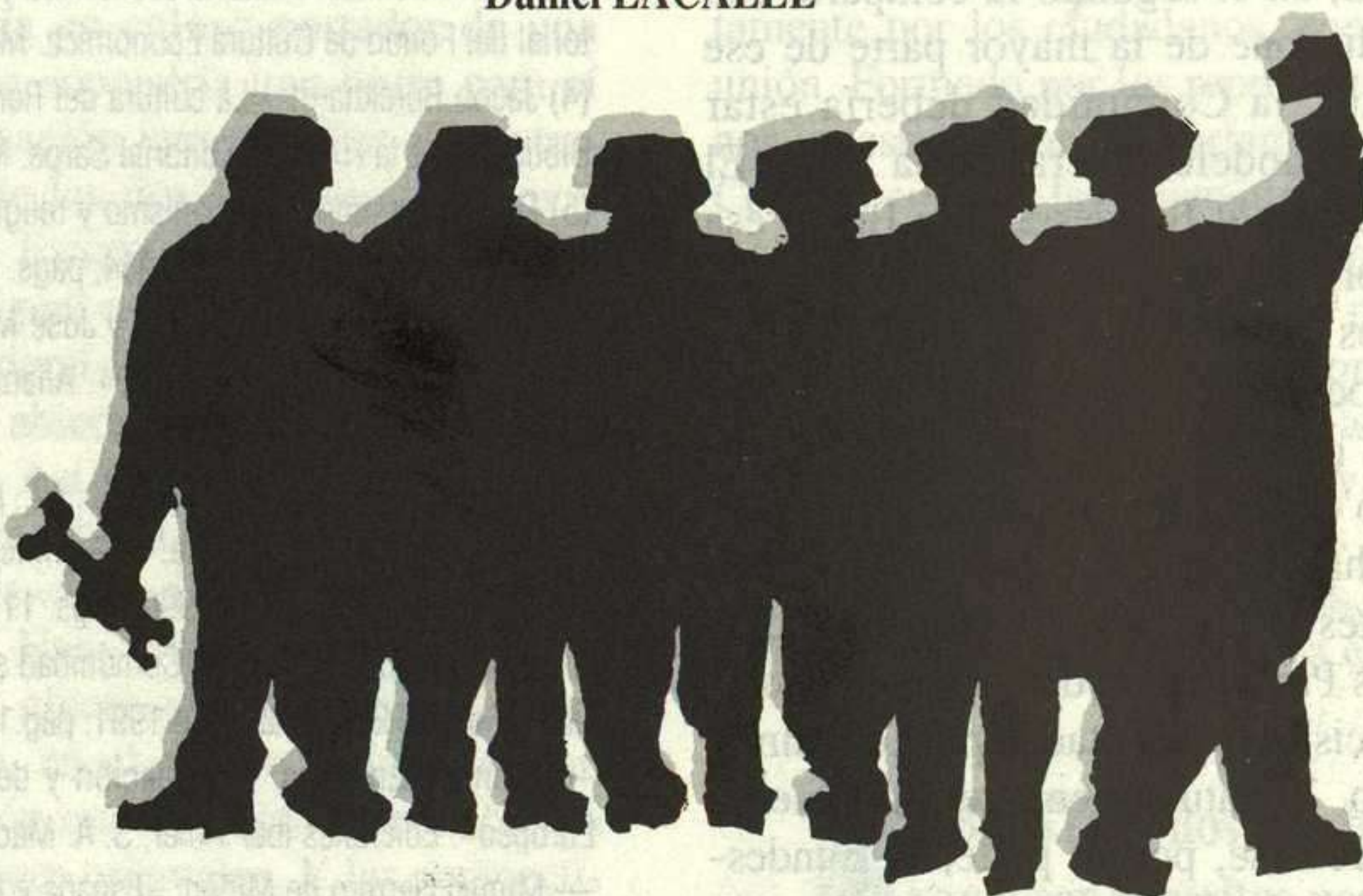
Finalmente, subsisten dos cuestiones que no van a ser resueltas por la entrada en vigor del Acta Única Europea a partir de 1992. Si no queremos que la Europa unida sea sólo la Europa de los comerciantes o de los monopolios, sino la Europa de los pueblos o de los trabajadores, es preciso que la Carta Social Europea deje de ser meramente programática para ser vinculante y, por tanto, ejecutoria en los Estados miembros de la Comunidad. Empero, tal avance social europeo, desligado de una actitud solidaria hacia las naciones subdesarrolladas, podría adquirir claramente un carácter egoísta y corporativista que, revistiendo nuevas formas, continuase el saqueo de los países del Tercer Mundo. O, por lo menos, que no contribuiría en nada a restaurar la injusticia cometida contra los mismos. En ese sentido, la política agraria comunitaria sigue siendo un verdadero paradigma de actitud egoísta y antisolidaria. De poco serviría construir la denominada «Casa Común Europea», por muy social que fuese su contenido interno, si se erigiese como un castillo o palacio egoísta, insolidario e, incluso, expoliador —en una u otra forma— de las tierras que lo rodean. De ahí la necesidad de una política exterior de la Comunidad Europea que sea realmente solidaria con los pueblos de los países más necesitados de ayuda internacional. ■

## NOTAS Y BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

- (1) Michael Grant: «Historia de la Cultura Occidental». Ediciones Guadarrama. Madrid, 1968, pág. 21.
- (2) Edgard Sanderson: «Historia de la Civilización» (Bosquejos de la historia del mundo). Editorial Ramón Sopena. Barcelona, 1934., págs. 24 y ss.
- (3) Henri Pirenne: «Historia económica y social de la Edad Media». Editorial del Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1970, págs. 16 y 17.
- (4) Jacob Burckhardt: «La cultura del Renacimiento en Italia». Colección Biblioteca de la Historia. Editorial Sarpe. Madrid, 1985, págs. 150 y ss.
- (5) Delio Cantimori: «Humanismo y religiones en el Renacimiento». Ediciones Península. Barcelona, 1984, págs. 151-153.
- (6) Fernando García de Cortázar y José María Lorenzo Espinosa: «Historia del mundo actual, 1945-1989». Alianza Editorial. Madrid, 1989, pág. 107.
- (7) Fernando García de Cortázar: Op. cit., pág.35.
- (8) Günter Grass: «Alemania: una unificación insensata». Ediciones El País, S. A./t, S. A. Madrid, 1990, págs. 11 y 12.
- (9) Maurice Duverger: «Una Comunidad sin cabeza ni democracia». Diario El País del 22 de marzo de 1991, pág.13.
- Ramón Tamames: «Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo». Ediciones Iber-Amer, S. A. Madrid, 1965.
- Miguel Herrero de Miñón: «España y la Comunidad Económica Europea». Barcelona, 1986.
- Walter Hallstein: «La Europa inacabada». Editorial Plaza & Janés. Barcelona, 1971.
- Varios autores: «El PCE y los retos europeos». Colección Debate n.º 1 de ediciones del PCE. Madrid, 1990.
- Mihail Gorbachov: «Perestroika: Mi mensaje a Rusia y al mundo». Ediciones B. del Grupo Z. Barcelona, 1987.
- M. Gorbachov, Yuri Krasin, José María Laso, José Luis Romero: «La perestroika y la perspectiva del socialismo». Colección Debate n.º 3. Ediciones del PCE. Madrid, 1991.
- Dirección General de Información y Relaciones Públicas del Parlamento Europeo: «Europa a nuestro alcance». Texto de la División de Publicaciones y Comunicados de Prensa, en colaboración con la Dirección General de Estudios L-2929. Luxemburgo, 1988.
- Secretaría General del Parlamento Europeo: «El Parlamento Europeo». Dirección General de Información y Relaciones Públicas L-2929. Luxemburgo, 1988.
- J. R. Hale: «La Europa del Renacimiento». Siglo XXI Editores. Madrid, 1978.
- George Rudé: «La Europa Revolucionario». Siglo XXI Editores. Madrid, 1974.
- Arnold J. Toynbee: «La Europa de Hitler». Editorial Sarpe. Madrid, 1985.
- Charles Wilson: «Los Países Bajos y la cultura europea en el siglo XVII». Ediciones Guadarrama. Madrid, 1968.
- André Amar: «Europa ha hecho el mundo». Editorial Plaza & Janés. Barcelona.
- Louis Armand y Michel Drancourt: «La apuesta europea». Plaza & Janés. Barcelona.

# RECONSIDERANDO LA ALIANZA DE LAS FUERZAS DEL TRABAJO Y DE LA CULTURA Y LA PROLETARIZACIÓN DEL TRABAJO INTELECTUAL

Daniel LACALLE



El presente artículo es la primera parte de un trabajo más amplio que, con el título «Trabajadores intelectuales, sistema social y acción política», se presentará como ponencia a las jornadas a celebrar en Granada, organizadas por la FIM y la Subárea de Debate Teórico del PCE en junio de este año. Su contenido es esencialmente una crítica —y, por supuesto, una autocrítica— de determinados desarrollos teóricos del PCE y su entorno de influencia en los primeros setenta. En lo que sigue, trabajador intelectual aparece con la abreviatura TI.

## I. La “alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura”, estrategia del PCE en los setenta.

El punto de partida es, de forma evidente para cualquiera mínimamente familiarizado o interesado en estos temas, la tesis de la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura (AFTC a partir de ahora) como estrategia del PCE explícitamente planteada como tal, de forma clara y prominente en su **Manifiesto-Programa** de 1974. Y ya aquí, visto en perspectiva, surge el primer problema: se da categoría de tesis política estratégica a algo que no pasa de ser un slogan (afortunado o no, según cada cual). Sin intentar, ni mucho menos, profundizar en ese error, íntimamente ligado a la confusión táctica-estrategia característica de ese período, sí conviene al menos dejarlo apuntado, ya que está íntimamente relacionado al resto de los apuntes críticos que a la AFTC pueden hacerse.

Sin embargo, la fórmula (por emplear la designación dada en el citado **Manifiesto-Programa** a la alianza de los obreros y campesinos, que paradójicamente sí implicó en su momento, a principios del siglo XX en países semiatrasados, una estrategia política transfor-

madora) de la AFTC suponía una **clara ventaja política**, ya que permitía, o más bien abría el camino, para enfocar el problema de los TI en la transformación social a partir de su nueva posición en la sociedad del capitalismo tardío, tomando en cuenta los cambios que en ésta se estaban, y están, produciendo. Desde esta concepción, o más bien se sentaban unas bases para proponer que los TI se involucrasen en la lucha emancipatoria en función de sus propios intereses y no desde la instrumentalización (aunque fuese aceptada y asumida); serían, por ello, componentes del sujeto de la revolución, no meros agentes externos (portadores de conciencia y saber) al mismo.

Pero, como contrapartida, existía una **no menos clara desventaja política**, la fórmula (a diferencia de la alianza de obreros y campesinos) ni se relacionaba, ni derivaba, del análisis de la dinámica de las clases sociales en la sociedad que se pretendía transformar, con lo cual se abandonaba uno de los elementos clave de la tradición marxista, tradición a la cual se pretendía impulsar y adecuar a las nuevas realidades, y todo ello a pesar de que una lectura superficial de ese Manifiesto-Programa, que insistía en los cambios sociales que

se estaban produciendo, llevase al espejismo de que esa desventaja no existía. De hecho, en ningún momento se planteaban los cambios en la estructura de clases, y en la estructura interna de las clases, y las descripciones obedecían más a una versión degradada de las expuestas (por citar un ejemplo más que ilustre) por Daniel Bell en «La sociedad post-industrial»; es decir, la nueva situación social de los TI se emparentaba más a una descripción funcionalista que a una derivada de un análisis marxista.

Y, desde luego, existían otra serie de deficiencias colaterales, si bien no menos importantes que las ya señaladas. Por un lado, se utilizaba un **concepto manifiestamente elitista de cultura**, cultura como cultura académica, escrita o leída, cultura como patrimonio de determinados grupos sociales (profesionales, escritores, artistas, científicos, técnicos) y no en el sentido antropológico del término, único realmente científico, que plantea la cultura de manera mucho más amplia, como formas y modos de vida y relación social, como conjunto de haceres y saberes (en el sentido en el que puede hablarse de **una cultura de trabajo**, por poner un ejemplo que viene al caso). Por otro lado, se utilizaba un **concepto manifiestamente reduccionista de trabajo**, trabajo como trabajo manual —sobre todo—, como trabajo rutinario y dependiente, no creativo, olvidando la concepción antropológica y decididamente marxista en este caso, de fuerza de trabajo como conjunto de actividades mentales y manuales que conforman una tarea, productiva o no («gasto esencial de cerebro humano, de nervios, músculos, sentidos, etcétera», en las palabras de Karl Marx en **El Capital**, libro primero, sección primera, capítulo I, parágrafo D.4, **El fetichismo de la mercancía y su secreto**), difuminándose de este modo una categoría básica del análisis marxista, la división del trabajo entre el manual y el intelectual (lo cual permite hablar de **trabajadores de la cultura**, por poner un ejemplo simétrico al anterior).

Descendiendo del terreno de los conceptos al de la interpretación de los mismos, descendiendo de la teoría a la práctica, las fuerzas de la cultura se han identificado, sin más, a los intelectuales tradicionales, o como mucho al grupo bastante más amplio de los TI, aunque casi siempre centrándolos en los niveles más altos de estos últimos (por lo general los titulados superiores y similares), y las fuerzas del trabajo lo han sido, también sin ulterior profundización, a la clase obrera tradicional, con la cual, y después del rodeo a través de la AFTC, se volvía a los planteamientos de la relación clase obrera-intelectuales del marxismo de principios de siglo, precisamente a la que se decía querer superar de acuerdo con las nuevas realidades.

Además, en todo esto se dejaba fuera a la mayoría de la pequeña burguesía tradicional y (en términos de sociología vulgar) a la mayoría de los componentes de las así llamadas nuevas clases medias, es decir, a todo aquel que no fuese identificable como TI, ni estuviese en el par contradictorio burguesía-proletariado, por ejemplo, todo el trabajo administrativo. Con relación a estos grupos, y sobre todo a los que forman parte del segundo bloque, se puede apreciar la gran deficiencia, o para ser más exactos se puede hablar del error más manifiesto, de la izquierda de tradición comunista en nuestro país, debido a la falta de alternativas y enfoques hacia ellos. Tampoco hace falta profundizar mucho sobre esta cuestión, basta repasar las propuestas y programas del PCE y de CC.OO. y releer sus órganos de reflexión y expresión (**Gaceta Sindical** y sus antecedentes, **Nuestra Bandera**, **Mundo Obrero**, por ejemplo), para darnos cuenta de que nos encontramos ante un desierto, agravado por el hecho de que estos grupos suponen, en España, más del 30 por 100 de la población activa, y de ellos más de la mitad son asalariados, por lo que son más del doble de los TI en su versión más amplia. Desde luego, todos estos grupos quedan también fuera de las consideraciones de este trabajo (no forman parte de los TI, a los que está circunscrito); sin embargo, conviene dejar sentada la existencia de esta grave laguna (repito, de este error manifiesto) y esperar que en algún otro momento y lugar se intente una reflexión para ver de rellenarla, a la vez que se analizan cuáles han sido sus consecuencias políticas y sindicales.

Ahora bien, volviendo al tema de la AFTC, no existía una clara delimitación, más que necesaria si se trataba de superar viejas teorías y concepciones, entre intelectuales y TI, los primeros como parte de los segundos, más en concreto como una gran parte de la élite de los últimos. Esta falta de delimitación llevaba, y continúa llevando, a una permanente ambigüedad, políticamente muy peligrosa, ya que nunca aparece de forma explícita si nos estamos refiriendo al 15 por 100 de la población activa, con una presencia e incidencia social importante pero no decisiva, ni decisoria, o a un exiguo 0,5 por 100 de esa población activa, con una presencia e incidencia social claramente decisivas, y decisorias, aunque sea limitada a la producción de pensamiento y conciencia (verdaderos o falsos, burgueses o proletarios, lo que se quiera); evidentemente, los mecanismos de participación y acción política no tienen que ser idénticos para ambos casos, de hecho, deben ser básicamente distintos, o al menos diferenciados, y la ambigüedad expuesta impedía esa diferenciación.

Finalmente, se ha indicado que la fórmula de la

AFTC posibilitaba una concepción de los TI no instrumentalizadora por parte del movimiento obrero (de tradición comunista). Pero en realidad, y en la acción concreta, esa posibilidad, salvo muy contadas excepciones, apenas se materializó, debido al cúmulo de problemas y a la falta de profundización en los mismos, que esa fórmula propiciaba y, lo que es peor, paralelamente ocultaba; es decir, se siguió dando una relación movimiento obrero-TI de manifiesta instrumentalización de los segundos por el primero. Lo que también se dio, y por las mismas causas, fue una instrumentalización del movimiento obrero (sobre todo de su acción política institucional) por determinados TI, que sacaron provecho personal de su colocación como «expertos» (aun siendo consciente de que las constataciones «ex post» no son un argumento, ni explicativo ni ilustrativo, piénsese en lo ocurrido con bastantes de los «renovadores» del X Congreso del PCE).

Resumiendo, las fuerzas de la cultura en la tesis de la AFTC no pasaban de ser una conceptualización pseudomodernista de unos determinados grupos sociales, conceptualización derivada, y degradada, de la «intelligentzia» de los marxistas rusos de finales del XIX y comienzos del XX. Conservaba parcialmente sus ventajas, incidía, además, como ventaja adicional, en unos planteamientos políticos con los cuales esos grupos no se deberían sentir como externos al movimiento emancipatorio, sino que estarían directa y personalmente interesados en sus luchas juntos con el movimiento obrero, a la vez que, debido a la nula relación y referencia a la estructura de clases, evitaba (ventaja paradójica y no conscientemente buscada) la deformación stalinista de considerarlas una clase social.

La tesis (la fórmula) no fue superada por medio de debate teórico (ni en profundidad, ni superficial), no se hizo ningún ajuste de cuentas, sencillamente fue poco a poco abandonada por la puerta falsa (algo típico de las maneras stalinistas que todavía impregnan nuestro PCE), con lo cual el remedio ha sido, y es, peor que la enfermedad; por tanto, guste o no guste, esta es una asignatura pendiente que algún día habrá que intentar aprobar.

## **II. La proletarización de los trabajadores intelectuales como tesis paralela y complementaria a la de la AFTC.**

Dentro de las luchas y movilizaciones contra la dictadura franquista, y de forma simultánea y/o derivada a otros desarrollos teóricos similares en los países de capitalismo tardío, surge como tesis complementaria a

la de la AFTC la de la proletarización de los TI; básicamente, aparece y se fundamenta en el seno de movimientos profesionales formados sobre todo por asalariados pertenecientes a grupos de técnicos, científicos y otras profesiones similares de la industria y los servicios. Debido a ello, la proletarización se describía prácticamente centrada en científicos y técnicos considerados de forma amplia. Esta tesis, aunque también desarrollada en y relacionada con los entornos de influencia del PCE, no fue en ningún momento oficial de este partido y, desde luego, no estuvo exenta de polémica (polémica también simultánea y/o derivada

**L**AS fuerzas de la cultura en la tesis de la Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura no pasaban de ser una conceptualización pseudomodernista de unos determinados grupos sociales, conceptualización derivada, y degradada, de la «intelligentzia» de los marxistas rusos de finales del XIX y comienzos del XX

de otras en el resto de países capitalistas), todo lo cual no impide que tuviese una no despreciable audacia y seguimiento.

Desde luego, posee dos diferencias sustanciales con la AFTC. Mientras que la proletarización de los TI fue, y es, un elemento de debate y desarrollo permanente dentro del marxismo occidental, la AFTC es algo exclusivo del PCE, apenas tomada en consideración fuera de él. Además, la proletarización resuelve el entronque con la tradición marxista al estar directamente relacionada con el análisis de la estructura y la dinámica de las clases sociales en el capitalismo, y más específicamente en el capitalismo tardío. De hecho, este entronque se lleva a cabo como glosa de «El Manifiesto Comunista» y su descripción polarizada y dicotómica del capitalismo (dos clases básicas, burguesía y proletariado, y unos grupos intermedios inmersos en proceso de desaparición). Ahora bien, por muy matizada que se quisiese exponer, la tesis de la proletarización de los TI se interpretaba (y hay que reconocer que la deformación se encontraba en gran manera dentro de la propia exposición) de una forma lineal, mecánica y como ya prácticamente cumplida.

Con el fin de realizar una evolución similar a la hecha para la AFTC (y en este caso hay que insistir en que las notas críticas son, en gran manera, autocríticas) voy a detenerme en contrastar la proletarización con las ventajas y desventajas anteriormente consideradas.

Lo primero que debe señalarse es que a partir de la comprobación de la proletarización **sí es factible una estrategia sólidamente fundamentada**; si hay una correcta apreciación de la realidad social, se podrán proponer actuaciones políticas correctas, y si no existe nada parecido a esa proletarización, las alternativas que se propongan serán erróneas. Si, como efectivamente ocurre, la proletarización (y no sólo de los TI, sino de cualquier grupo social intermedio) es un proceso complejo, que abarca a múltiples aspectos, que se produce de forma dialéctica, que no es aplicable a todos los sectores de los grupos estudiados y que afecta también, de manera importante, a las clases básicas en su situación y conciencia de ella, entonces cualquier simplificación puede acertar en algún aspecto, pero no será válida en su conjunto.

Por otro lado, la ventaja que se había detectado con la AFTC de la participación en la lucha emancipatoria a partir de los propios intereses de los TI (que también en parte se convertían en generales de toda la sociedad), con la proletarización o simplemente desaparece o esos intereses son considerados como parciales y temporales. Al final, y ese final se veía cerquísimo, todos los asalariados, la inmensa mayoría de la población activa (un 80 por 100), se encontraría en un solo y poderoso movimiento obrero, más amplio, más operativo, con más conocimientos, sin especificidades.

Desde luego, las tesis de la proletarización se conciben a partir de una concepción extendida de los TI; quizá, debido principalmente al origen y objeto de las teorizaciones, aparecen, con un sesgo reduccionista hacia técnicos y científicos (incluyendo entre ellos a enseñantes, trabajadores de la salud y de las administraciones públicas) y además magnificando unos conflictos localizados en el tiempo (y no diferenciando claramente el componente democrático —interclasisista— del componente de clase). Quizá los estudios empíricos existentes propiciasen el error de centrarse en los estratos superiores (precisamente los menos factibles de proletarización), al igual que ocurría con la AFTC.

La diferenciación entre intelectuales y TI es más que manifiesta. De hecho, la gran mayoría de los primeros, si no todos, no pueden considerarse asalariados puros, por tanto, la relación intelectuales-movimiento obrero (ampliado) se proponía de forma tradicional; como elementos desclasados de forma individualizada

(y más o menos generalizada) se unían o colaboraban, aportando conciencia y conocimiento desde el exterior.

Para el grueso de los TI, los asalariados (y una simplificación generalizada era identificar asalariado con proletariado), no se daba la instrumentalización, sus intereses aparecían simplemente subsumidos, sin ningún tipo de características específicas y, caso de entrar alguno en consideración, lo era con un criterio de absoluta temporalidad y subsidiariedad. Este es un error básico y grave que, sin embargo, permanece e incluso se extiende, aun sin tomar en consideración la proletarización.

Por supuesto, y aquí es aplicable todo lo dicho en la reflexión sobre la AFTC, la mayoría de las nuevas clases medias quedaban fuera del análisis. De este modo, teniendo en cuenta que los trabajadores no manuales asalariados son aproximadamente el 35 por 100 del conjunto salarial en nuestro país, y de ellos TI serán algo más de la tercera parte, y desde luego menos de la mitad, se está dejando sin alternativas al menos al 20 por 100 del conjunto salarial (administrativos, empleados, vendedores, etcétera). Parecería que a la clase obrera tradicional se fuesen uniendo los técnicos y profesionales, y que ese núcleo intermedio sería cogido en medio, como en un bocadillo, sin opción alguna.

La teoría de la proletarización, a diferencia de la AFTC, no es una construcción mental no verificable, sino que es contrastable con la realidad social, y el resultado de ese contraste nos dice que es totalmente errónea en su interpretación lineal y simplificada (por desgracia, la más extendida) y sólo parcialmente válida en su versión compleja y contradictoria. Por otro lado, no es una propuesta del PCE, ni ha sido asumida explícitamente por éste; ahora bien, sí hay que repetir que la aceptación implícita por el movimiento obrero organizado lo ha sido en su versión más incorrecta, y no ha sido ni corregida ni superada.

La conclusión que puede establecerse a raíz de las investigaciones realizadas, conclusión, como todas las de este tipo, provisional y con necesidad de constante verificación, pero en esencia válida, es la siguiente: existen tendencias, evidentes y medibles, hacia la proletarización de los TI, en el plano objetivo y en el plano subjetivo; pero, simultáneamente, existen tendencias a la corporación (en el ámbito del capitalismo tardío) de esos TI, completamente contrarias a las anteriores. Ambos tipos de tendencias existen en distinta medida para diferentes grupos de TI, pero existen en todos ellos. ■



# LOS RETOS INMEDIATOS DE CC.OO. Y UGT

Héctor MARAVALL

**A**UNQUE lentamente, la situación de impasse que ha estado viviendo el movimiento sindical en los últimos doce meses se está empezando a superar.

Si las elecciones sindicales han sido un grave factor de tensión entre CC.OO. y UGT, la parálisis política que atenazaba al anterior Gobierno, no remontada por el nuevo, han sido el otro elemento de bloqueo en las relaciones laborales y sindicales.

La suspensión de la negociación, de lo que se ha llamado la segunda fase de la Plataforma Sindical Prioritaria y las aventuras y desventuras del Pacto de Competitividad, después bautizado como de Progreso y nuevamente de Competitividad, que como un Guadiana ha aparecido y desaparecido de los diversos debates políticos y económicos de estos meses, son la evidente muestra o bien de la poca voluntad política del Gobierno de negociar seriamente, o bien del desconcierto e incluso la división de opiniones sobre qué política adoptar.

Por su parte, la CEOE parece contemplar los toros desde la barrera, limitándose a atacar en tonos ultramontados al Gobierno y a los sindicatos; en el primer

caso por sus concesiones a CC.OO. y UGT, y en el segundo por las plataformas reivindicativas en la negociación colectiva. Pero lo cierto es que esta cúpula patronal, que ha llegado a cuestionar el derecho a la negociación colectiva, no ha conseguido el respaldo suficiente de los propios empresarios, que con un sentido más pragmático han ido firmando convenios sin demasiada conflictividad.

La CEOE parece más interesada en hacer política de desgaste del PSOE y de los sindicatos, en lugar de afrontar los retos del Mercado Único y en especial de la competitividad de las empresas españolas, ante la invasión que se nos está viniendo encima de multinacionales extranjeras y que se va a acentuar en los próximos años.

En este escenario, poco estimulante, lo único que ha tenido un cierto relieve ha sido la conflictividad en el Sector Público, como reacción a la intransigencia de sus gestores en la negociación colectiva.

Pero los sindicatos tampoco hemos dado muestras de excesiva capacidad de iniciativa y sí sería necesario salir de esta situación de punto muerto. En este senti-

do, el proceso de debate del V Congreso Confederal de CC.OO., sin duda va a ser un elemento importante de debate.

En mi opinión, cinco serían los retos que debemos afrontar tanto CC.OO. como UGT en los próximos meses:

- El Pacto de Competitividad.
- La defensa y mejora del Sistema Público de Protección Social.
- La construcción solidaria del Estado autonómico.
- El fortalecimiento del sindicalismo, la recuperación de la unidad de acción sindical y la autorregulación de la huelga.
- El impulso de una política común del sindicalismo europeo.

### El Pacto de Competitividad

Es posible que en su intención inicial, el llamado Pacto de Competitividad propuesto por Solchaga fuera un instrumento alternativo a la negociación de la segunda fase de la PSP exigida por los sindicatos. Y esto en función con las críticas que desde la patronal y la derecha había recibido el Gobierno por los primeros acuerdos logrados con los sindicatos y la propia constatación por parte del equipo económico del Gobierno, de lo poco que habían sacado en limpio con esos acuerdos.

De hecho, desde que se formula la propuesta de negociar el Pacto de Competitividad, no sólo se bloquea por el Gobierno la negociación de la PSP, sino que además el centro de la atención pública se desplaza al citado Pacto. La implicación de las Cortes en esta propuesta que hace el presidente del Gobierno y que recibe el apoyo de la mayoría de las fuerzas parlamentarias, con la excepción de IU, contribuye a ese cambio de escenario.

La propia imprecisión de la propuesta de Solchaga, su posterior cambio de denominación, abonan las tesis de maniobra de distracción o de distorsión. Por otra parte, la simplista asimilación inicial de competitividad a moderación salarial y flexibilidad contractual, era apostar de antemano por el fracaso de esta propuesta, pues Solchaga sabe muy bien que los sindicatos en ningún momento iban a entrar en esa dinámica de corte neoliberal. Tan sólo muy recientemente se están precisando desde el Gobierno los ejes del Pacto de Competitividad y en unos terrenos que sí podrían permitir al menos abrir el debate.

Hay que reconocer que los sindicatos hemos estado quizá demasiado a la defensiva. Porque, por encima de las intenciones iniciales de Solchaga y más allá de la

inviabilidad de un Pacto basado fundamentalmente en la moderación salarial y en la flexibilidad contractual y, en definitiva, más de la voluntad real del Gobierno de llegar a un acuerdo, lo cierto es que nuestro país tiene un serio problema de competitividad, que se va a acentuar a partir de enero de 1993 y que exige abordarlo con cierta rapidez, con rigor y en profundidad.

Lo primero que hay que plantearse en el tema de la competitividad es que ésta no se puede aceptar como una redistribución de renta en favor de las empresas. Esto, aparte de ser una concepción injusta y antisocial, no mejoraría de forma apreciable la competitividad de la economía española, ya que, en esa lógica, nunca serían las condiciones de trabajo de nuestro país más favorables para los empresarios que las hoy existentes en el Sudeste Asiático o en otros lugares del Tercer Mundo.

**LOS sindicatos deben luchar para que el proceso de transferencias a las comunidades autónomas, que debe continuar y culminar, se guíe por criterios de eficacia, colaboración administrativa, participación democrática y solidaridad.**

Hay que olvidarse por tanto de esa concepción neoliberal y tercermundista de la competitividad.

Por el contrario, a estas alturas parece evidente que la competitividad en un país como el nuestro, más que en el abaratamiento de costes vía mano de obra, se dilucida fundamentalmente en los ámbitos del diseño, de la calidad del producto, de ágiles redes de comercialización externa, en la existencia de adecuadas infraestructuras nacionales y todo ello enmarcado en una política prospectiva a medio plazo, que oriente sobre los sectores y actividades que estratégicamente interesa impulsar y desarrollar.

En consecuencia, como han demostrado las experiencias de países como la RFA, Japón o incluso algunos del Sudeste Asiático, el papel del Estado es básico para la mejora de la competitividad, al menos en tres aspectos decisivos: el impulso desde el sector público de los programas y las inversiones en I + D, la dotación de infraestructuras, servicios, redes comerciales, apoyo a la exportación, etcétera, y, por último, la for-

mación y reciclaje profesional de una mano de obra lo más cualificada posible.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que en nuestro país el empresariado aún tiene una estructura muy minifundista, con elevados niveles de individualismo y de funcionamiento disperso, sin organizaciones de la pequeña y mediana empresa suficientemente implantadas, y todo ello con un funcionamiento gerencial y de

**Si en nuestro país el Sistema Público de Protección Social no ha ido para atrás, a pesar de los serios y persistentes intentos, ha sido gracias a la lucha sindical.**

marketing todavía muy deficiente. Por tanto, la modernización de la gestión empresarial es clave para una mejora de la competitividad y esto implica dotarse de organizaciones empresariales más preocupadas por una adecuada gestión profesional de sus intereses, que de hacer política antigubernamental, de atacar a los sindicatos o de predicar demagogia, confundiendo a los empresarios y a la propia opinión pública sobre dónde están realmente los problemas y retos de la competitividad.

Y hacer posible una política de competitividad, pasa por un mayor rigor de la política fiscal, que permita un impulso sustancial del gasto en I + D, la mejora del Sistema Público de Protección Social y el desarrollo de la Formación Profesional, digna de este nombre y no lo que hay en la actualidad. También es necesario un reajuste del conjunto del gasto público en infraestructuras, terminando con programas faraónicos o de supuesto prestigio y diseñando unos programas a medio plazo más acordes con las necesidades de la actividad productiva de todo el país. Como, igualmente, resulta urgente la modernización de las empresas públicas, que deben ser más dinámicas y estar mejor gestionadas.

En este marco se puede hablar de pactos temporales en determinados sectores o empresas, de moderación salarial y hasta la flexibilización contractual, siempre, claro está, supeditada a una mejora cualitativa de la protección por desempleo. Como también se puede hablar de reajuste de las cotizaciones sociales según qué tipo de empresas o de determinados beneficios fiscales.

En definitiva, se trata de una más eficaz, más racional y más justa redistribución de las rentas, que permi-

ta un crecimiento más equilibrado y mejor gestionado de la economía española.

## **La defensa y mejora del Sistema Público de Protección Social**

En relación a la situación y problemas del Sistema Público de Protección Social, elaborar una política sindical adecuada para su defensa, mantenimiento y mejora pasa por asumir previamente dos cosas: en la última década ha mejorado el Sistema Público de Protección Social de nuestro país, lo cual, por otra parte, resultaba imprescindible, dado los bajísimos niveles de los que partíamos como herencia del franquismo, y además la gestión de la Seguridad Social ha experimentado, igualmente, una mejora sensible. A renglón seguido podemos y debemos decir que ambas cosas han sido posibles en gran medida gracias a las presiones, movilizaciones, propuestas y alternativas de los sindicatos.

Y es importante admitir lo anterior por varias razones. En primer lugar, para capitalizar el hecho de indudable importancia de que si en nuestro país el Sistema Público de Protección Social no ha ido para atrás, a pesar de los serios y persistentes intentos, ha sido gracias a la lucha sindical.

En segundo lugar, si somos conscientes de que uno de los ejes de la ofensiva de reducción y/o privatización de la Seguridad Social pasa por la supuesta mala gestión pública, argumento que sin duda cala en la opinión pública, debemos decir que entidades tan importantes como el INSS o el Inersso tienen en estos momentos, en general, una gestión bastante aceptable y desde luego muy lejos de la situación de hace diez o doce años, y que la propia Sanidad Pública, que funciona bastante peor en determinados aspectos, en cualquier caso lo hace mejor que la mayoría de las entidades sanitarias privadas. Es más, en su conjunto, la Seguridad Social española, en lo que se refiere a gestión estrictamente, no tiene demasiado que envidiar a lo existente en otros Estados de la Comunidad Europea.

A partir de clarificar ambas cuestiones, podemos entrar en el marco reivindicativo de la Protección Social, que, en mi opinión, debería centrarse en cinco aspectos básicos: Consolidación del sistema de las prestaciones económicas, tanto contributivas como no contributivas, incluyendo las de desempleo y el llamado salario social; cumplimiento efectivo de los objetivos y del modelo configurado en la Ley General de Sanidad; desarrollo de los servicios sociales; puesta en marcha del Plan Gerontológico, y, por último, la



ampliación sustancial de las competencias de las fuerzas sociales en el control de la gestión del Sistema Público de Protección Social.

Dicho de otra forma, el marco jurídico de la Protec-



**La competitividad en un país como el nuestro, más que en el abaratamiento de costes vía mano de obra, se dilucida fundamentalmente en los ámbitos del diseño, de la calidad del producto, de ágiles redes de comercialización externa**

ción Social básicamente está diseñado, salvo algunas ampliaciones en desempleo y viudedad, faltando, quizá, una Ley Marco de Servicios Sociales y una Ley de Mínimos en materia de Salario Social, lo que en cualquier caso es difícil dado el nivel de práctica generalización de normas autonómicas en ambas materias.

Se trata, por tanto, de evitar contrarreformas o revisiones legislativas, como las que se están planteando en los últimos meses en Política Sanitaria, y desarrollar y mejorar en lo concreto las actuales prestaciones, ampliando el gasto destinado a las mismas, lo que es especialmente urgente en materia de Servicios Sociales y de Política dirigida a los ancianos.

Y para mantener y mejorar el Sistema Público de Protección Social resulta necesario un mayor nivel de competencias de participación de los sindicatos en su gestión. Lo cual, sin duda, es a su vez un reto a la capacidad de intervención, control, elaboración de propuestas, etcétera, de los propios sindicatos, que no es tan fácil de hacer ni sindical ni técnicamente.

### **La construcción solidaria del estado autonómico**

El tercer objetivo sindical, encontrar un equilibrio solidario en la consolidación del Estado Autonómico, ni es sencillo ni es rápido.

Es indudable que la lenta y compleja consolidación del Estado Autonómico es uno de los avances históricos de la sociedad española y a pesar de los problemas y dificultades que ello ha presentado y sin duda seguirá presentando, sólo admite una valoración globalmente positiva.

Teniendo esto perfectamente claro, como históricamente lo ha tenido el sindicalismo de clase español, también es cierto que la consolidación y el desarrollo de una política social, de un Sistema Público y de Protección Social, adquiere una mayor complejidad en el marco de un Estado con 17 Autonomías, que a su vez tienen diversos niveles y ámbitos competenciales.

La política social se mueve entre dos referencias, que deben encontrar un equilibrio dialéctico: el máximo acercamiento al ciudadano de la protección social, para lo que la descentralización y democratización del Estado es importantísimo, y la necesidad de contar con un Sistema Público de Protección Social que sea eficaz y solidario y que, además, optimice al máximo los recursos existentes, sobre todo teniendo en cuenta que éstos no son precisamente excesivos en el contexto de la política económica que se viene siguiendo, así como la tradicional dispersión de los recursos de protección social que ha tenido España, los solapamientos, las ineficacias y las rémoras burocráticas que se han venido arrastrando durante muchos años.

Por otra parte, parece evidente que en un proceso, aun siendo lento y contradictorio, de irreversible integración europea, debemos evitar disparidades y divergencias y, más aún, discriminaciones o insolidaridades dentro de nuestro país.

Dicho esto, la política de transferencias en materia de Política Social a las Comunidades Autónomas, que los sindicatos han exigido y apoyado, tal y como se ha venido realizando por ambas partes, Administración central y Administraciones autonómicas, ha estado produciendo serios problemas de funcionamiento e incluso de degradación de los servicios, con aumento

de elementos privatizadores, con reducción de la participación sindical en el control de la gestión; perfilándose, además, serios riesgos de ir configurando 17 modelos diferentes de servicios sociales y sanitarios.

Por lo que, en definitiva, los sindicatos deben luchar para que el proceso de transferencias, que debe continuar y culminar, se guíe por criterios de eficacia, colaboración administrativa, participación democrática y solidaridad.

### El fortalecimiento del sindicalismo

En lo que se refiere a los problemas de fortalecimiento del movimiento sindical, en primer lugar hay que hablar de las elecciones sindicales, en las que, al margen de los conflictos desencadenados, los fraudes e irregularidades cometidas y más allá de los resultados concretos para cada uno de los dos sindicatos mayoritarios, hay dos conclusiones sobre las que merece la pena reflexionar.

La primera, que hay que buscar un procedimiento diferente de elecciones sindicales, que, sin cuestionar la esencia de las mismas, supere los rasgos negativos que hoy tienen. Desde la parálisis sindical que supone que cada cuatro años los sindicatos se dediquen durante seis meses de forma casi exclusiva a los procesos electorales, hasta las consecuencias de los resultados en la representatividad institucional, los problemas de control en las pequeñas empresas, etcétera. Todo ello contribuirá a reducir los efectos perniciosos que para la consolidación de la unidad de acción sindical tiene inevitablemente todo proceso de confrontación electo-

**L**a política social se mueve entre dos referencias, que deben encontrar un equilibrio dialéctico: el máximo acercamiento al ciudadano de la protección social, para lo que la descentralización y democratización del Estado es importantísimo, y la necesidad de contar con un Sistema Público de Protección Social que sea eficaz y solidario

ral.

Afortunadamente, poco a poco se van recomponiendo los puentes unitarios, si bien todavía queda la prue-

ba de la publicación oficial de los resultados definitivos. Y aunque posiblemente el clima de identificación y entusiasmo no va a ser fácil recuperarlos entre las dos organizaciones, sí se van a seguir dando las coincidencias en un plano objetivo, máxime frente a la política socioeconómica del Gobierno y a la actitud de la CEOE. El que la UGT se plantee, por otra parte, normalizar sus relaciones con el PSOE, desde luego bajo criterios diferentes de lo que fue en el pasado, no debería ser un obstáculo importante en esa recuperación de la unidad de acción con CC.OO.

La segunda conclusión se centra en la evidente descompensación entre los niveles de representatividad de CC.OO. y UGT, que nuevamente han salido reforzados, y afiliación sindical real, muy por debajo de ese respaldo electoral.

Esto nos lleva a la necesidad de seguir profundizando sobre cuáles pueden ser las razones de esa baja afiliación sindical y cuáles los instrumentos para ir superándola.

La experiencia acumulada nos dice que en los períodos álgidos de movilizaciones y acuerdos con logros concretos, suele producirse un cierto incremento de la afiliación sindical, pero no suficiente. Por otra parte, la ampliación de los servicios y prestaciones de los sindicatos a sus afiliados no produce en la actualidad especiales efectos de incremento de afiliación, a diferencia de lo que ocurría en los primeros años de la transición. Notable ha sido en este sentido el hecho de que la oferta de viviendas sociales, que tanto atractivo puede tener a primera vista, no ha tenido el correlativo proceso de incremento afiliativo.

Una de las explicaciones habituales que hemos venido dando a esta contradicción es las escasas repercusiones concretas que el compromiso afiliativo tiene para un trabajador, más allá de una identificación de carácter ideológico o de su conciencia sindical. Pero después no sacamos las conclusiones al respecto, quizá porque son complejas.

Unas porque tienen que ver con un tema tan vidrioso como es el de las «prerrogativas legales», por llamarlo de alguna forma, para los afiliados, que existen en otros países, evidentemente de otra cultura sindical y política en el movimiento obrero. Pero sin llegar a los extremos de los sindicatos británicos, sí se podrían buscar, por ejemplo, fórmulas conectadas con algo que ya he mencionado antes, como es la participación de los sindicatos en la gestión de las prestaciones del Sistema Público de Protección Social, que favorecieran nítidamente a los afiliados a los sindicatos.

Pero también tendríamos que analizar auto-

críticamente la vida sindical que tiene el afiliado de base y si ésta resulta un aliciente o no para la afiliación. Da la impresión que es más bien pobre, y en el caso de las pequeñas empresas, prácticamente inexistente. La solución no es fácil, porque no sólo exige buscar mecanismos de participación democrática de carácter estable y a la vez ágiles, sino que tiene mucho que ver con la propia caída de la vida asociati-

los sindicatos de conectar o de recoger la problemática de determinados sectores de trabajadores, que a su vez no tendrán el mínimo interés en la afiliación.

No es un problema fácil, ni hay soluciones rápidas ni milagrosas, pero lo cierto es que los Sindicatos deben ser capaces de lograr una síntesis entre las reivindicaciones globales de la clase y la problemática concreta de toda esa pluralidad de intereses y sectores



**D**ESDE que se formula la propuesta de negociar el Pacto de Competitividad, no sólo se bloquea por el Gobierno la negociación de la PSP, sino que además el centro de la atención pública se desplaza al citado Pacto.

va que hay en nuestro país desde hace ya más de diez años y está también relacionado con la propia crisis de identidad de la izquierda y de los partidos políticos en general, así como con otros factores de desencanto político, abstencionismo electoral, etcétera.

Hay otro factor que, si bien teóricamente parece que tenemos claro, habrá que profundizar más en la práctica, como es el de la creciente diversificación de los trabajadores y la necesidad de los sindicatos de recoger toda esa diversidad de problemas y reivindicaciones de un movimiento obrero cada día más heterogéneo en su composición.

La aparición de las COBAS (Comités de Base), la persistencia de pequeños sindicatos y de movimientos reivindicativos de carácter corporativo, en sectores claves de los servicios, los revolcones sindicales en algunas empresas importantes del transporte, etcétera, son un síntoma que refleja una cierta incapacidad de

que conforman los trabajadores de las sociedades occidentales de finales de siglo. Es difícil evitar el corporativismo, pero también es peligroso centrarse casi exclusivamente en las reivindicaciones de los colectivos mayoritarios.

Tenemos que lograr un complejo equilibrio entre la realidad de que lo esencial del salario directo e indirecto se decide cada vez más en los ámbitos externos a la empresa, y la necesidad que tienen los trabajadores de que el sindicato esté luchando por los problemas y necesidades concretas que se le presenten a cada uno, porque, al fin y al cabo, el sindicato en su concepción primaria está precisamente para eso, y el hecho afiliativo es un instrumento de defensa reivindicativa antes que de conciencia de clase.

Pero el reforzamiento afiliativo no sólo es una cuestión de primer orden, por principios genéricos de política sindical.

Sería un tremendo error olvidar que, al final, el sustento de los sindicatos son los afiliados. Hoy, en España, a pesar de todo y de las críticas plenamente fundadas que hacemos a los diversos gobiernos, lo cierto es que los sindicatos vivimos de los diversos presupuestos y subvenciones públicas. Lo cual tiene su justificación en el papel social que cumplen los sindicatos en un Estado democrático, pero debemos tener claro que un cambio de tendencia en las actuales mayorías políticas, podría cortar o al menos congelar sustancialmente el grifo de la financiación sindical. Y ese cambio del PSOE por una coalición de centro-derecha ya no es una suposición.

Y, en definitiva, deberíamos tener muy presente que la baja afiliación, a la larga, repercutirá en la propia práctica de los sindicatos.

En otro orden de cosas, pero ligado al tema del reforzamiento sindical, está la cuestión de una posible Ley de Huelga.

## **L** A ampliación de los servicios y prestaciones de los sindicatos a sus afiliados no produce en la actualidad especiales efectos de incremento de afiliación, a diferencia de lo que ocurría en los primeros años de la transición.

Hasta ahora el Gobierno no ha cumplido sus advertencias de sacar esta ley. Por varias razones y en primer lugar porque ya hay una Ley de Huelga con la que no les va tan mal a los empresarios públicos y privados. En segundo lugar, porque son conscientes de que una nueva ley, o tiene un cierto consenso con los sindicatos o imponerla a pelo supondría evidentes costes.

Pero dicho esto, también hay que darse cuenta que se están creando condiciones favorables para que el Gobierno se atreva a ello. Y no hay que echar en saco roto las claras amenazas de Alfonso Guerra, cuando recientemente, refiriéndose a los sindicatos, decía «que ya está bien de amagar y que ahora hay que dar». Por otra parte, no podemos infravalorar los efectos tremendamente negativos que algunas huelgas han tenido en la opinión pública y no sólo entre la derecha. Clima que podría ser utilizado por el Gobierno contra los sindicatos y que incluso podría tener una cierta receptividad en sectores de los traba-

jadores.

Quizá aún estemos a tiempo de evitar una nueva ley o que ésta en todo caso salga pactada con los sindicatos. Para ello resulta imprescindible tomar ya la iniciativa y no sólo con declaraciones genéricas, sino con propuestas muy concretas.

Es evidente que los sindicatos no podemos autocortarnos el derecho de huelga o de manifestación, pero debemos valorar adecuadamente las repercusiones, los efectos y daños reales de determinadas huelgas en los servicios públicos.

Aquí también debemos encontrar el equilibrio entre los derechos irrenunciables de los trabajadores y los derechos de los ciudadanos, usuarios de los servicios, que en su inmensa mayoría son trabajadores. Porque si bien no podemos limitar derechos o frenar las reivindicaciones de determinados colectivos, ya que ello, antes o después, llevaría a canalizar esas movilizaciones a través de movimientos asamblearios extra o antisindicales y en definitiva a empeorar las cosas; tampoco tiene mucha lógica que el trabajador, en su condición de ciudadano usuario, se convierta en el destinatario práctico de estas huelgas, y, por el contrario, afecten o perjudiquen poco al empresario, ya que estamos hablando en la mayor parte de los casos de gestores públicos o de gerentes cuyos bolsillos no se ven afectados por las huelgas, que se sufragan tirando de los Presupuestos Generales del Estado.

Habrà que buscar, por tanto, unas formas de huelga en los servicios públicos que sean efectivas, pero que perjudiquen directa y básicamente a los empresarios interesados y además concretar un código de autorregulación sindical.

## **Una política común del sindicalismo europeo**

Por último, hay que afrontar con absoluta decisión, prioridad y urgencia la construcción del sindicato europeo. No sé hasta qué punto el conjunto del movimiento sindical es consciente y consecuente con la realidad de que en los próximos años, el 80 por 100, por decir un porcentaje estimativo pero bastante real, de las decisiones en materia de política económica se van a tomar fuera de los Estados nacionales en el caso de los 12 países comunitarios.

Quiere esto decir que el interlocutor real para la política económica no va a estar tanto en el Ministerio de Economía y ni siquiera en las Cortes Españolas, sino fundamentalmente en los despachos y pasillos de Bruselas y Estrasburgo. Y es más, en muchos casos ni va a tener cara, nombre y apellidos, ni partido político



### **Tendríamos que analizar autocríticamente la vida sindical que tiene el afiliado de base y si ésta resulta un aliciente o no para la afiliación**

ni gobierno responsable y se va a escudar o esconder tras decisiones decomisiones, informes técnicos, comités de expertos, etcétera.

Por ello ha sido dramática la miopía que sectores importantes del sindicalismo europeo han tenido ante esta realidad, ligado sin duda a las actitudes defensivas o incluso nacionalistas sobre la integración europea, que sectores de la izquierda han arrastrado durante largos años, frente al protagonismo de la derecha. Afortunadamente también, como revela el último Congreso de la CES, ya empiezan a superarse esas actitudes.

Y afrontar la construcción de un sindicato europeo tiene varias vertientes. Unas básicamente orgánicas y centradas en la delegación de competencias reales, en una estructura confederal europea, la CES; otras de impulsar cambios normativos para crear instrumentos jurídicos de negociación colectiva y de participación institucional en los ámbitos comunitarios, y, por último, plantearse un programa y una estrategia reivindicativa, en la que si bien habrá que contemplar aspectos comunes como la jornada de trabajo, la edad de jubilación, los derechos de contratación, etcétera, habrá que dar un especial relieve a los aspectos solidarios para corregir los profundos desequilibrios que aún existen entre los diversos Estados y regiones en materia de

empleo, Seguridad Social, servicios sociales, sanidad, etcétera.

Sin duda, habrá que vencer importantes resistencias, unas veces explícitas y otras más subterráneas, para concretar esa solidaridad, pasando de declaraciones genéricas a propuestas específicas como, por ejemplo, la creación de Fondos Estructurales Comunitarios para programas de Protección Social en los países y regiones menos desarrollados.

Pero, en definitiva, tanto en la acción sindical nacional como en la aún hoy muy escasa internacional hay que tener muy presente que la desaparición de las fronteras en 1993 no es algo retórico o formal, sino un cambio estructural profundísimo para las relaciones sociales y económicas y cuanto antes saquemos las consecuencias operativas mejor. Y en este sentido hay que decir que los sindicatos españoles, al menos en sus direcciones confederales, tienen las cosas claras.

La conclusión parece evidente. Tenemos difíciles retos, algunos de los cuales son además urgentes. El impulso que supuso el 14-D, que sin duda ha dado sus frutos positivos, se ha ido diluyendo; se impone tomar iniciativas y hacerlo en la medida de lo posible de forma unitaria. ■



# PRENSA EN ESPAÑA

Carlos SANCHEZ

CINCO años después del ingreso de España en la Comunidad Europea, los medios de comunicación y, más concretamente, la prensa diaria, permanecen prácticamente ajenos a la penetración extranjera. Sin entrar a juzgar lo acertado o desacertado de tal fenómeno, lo que cierto es que el asunto incita a la reflexión (1).

Un país como este, que ha hecho de las enajenaciones patrimoniales su tarjeta de visita, se ha permitido el «lujo» de dejar fuera de juego a media docena de ciudadanos Kane, que si de algo saben es de localizar dónde obtener plusvalías.

Su presencia se ha reducido al sector de la comunicación más rentable desde un punto de vista económico, las revistas más o menos especializadas, en las que priman los planteamientos acrícos.

De esta manera se ha configurado un panorama comunicativo que tiene escasa coherencia con el marco económico general. Pero que tiene total correspondencia con el marco político. En los últimos años se ha venido vertebrando una prensa afín al rosario de poderes locales, autonómicos y estatales. No hay periódico en el que no se reflejen nítidamente las relaciones de poder.

Los empresarios españoles le han ganado la batalla a los extranjeros, pero sin que éstos hayan pegado un solo tiro. Si los medios de comunicación escritos hubieran sido más rentables, la realidad hubiera sido

bien distinta.

De hecho, la presencia del capital extranjero es nula en los tres periódicos más capacitados para crear opinión pública gracias a su difusión («El País», «La Vanguardia» y «ABC»).

Con ello se da un hecho inhabitual en otros sectores. La capacidad de influencia de los poderes públicos es enorme y la propia subsistencia de los «barones» de la prensa parece asegurada.

Ni a los gobiernos, ni a los propietarios, les interesa romper un equilibrio basado en el reparto de territorios y prebendas. Los gobiernos reciben el espaldarazo que necesitan en algunas significativas ocasiones y los editores de diarios perciben los parabienes del sector público, que, hoy por hoy, supone el 42 por 100 del PIB.

La consolidación de este fenómeno tomó carta de naturaleza en el preciso momento en que los dueños de los diarios han dirigido los beneficios hacia otros campos de la comunicación, pergeñando lo que con cierta pedantería se denomina «empresas multimedia». Estas empresas multimedia necesitan fuertes inyecciones de capital y, sobre todo, licencia administrativa.

En los casos en que esto es así, el dinero de los periódicos no se reinvierte en el propio medio, sino que huye hacia otros predios; las televisiones, en los que los propietarios españoles coinciden, aquí sí, con los extranjeros. La descapitalización de la prensa es

uno de los fenómenos más preocupantes que se ha producido en los últimos años. Y de ahí su endeblez financiera, insuficiente para abordar nuevas inversiones.

En los últimos años, la única ruptura del vigente esquema de reparto de los medios ha procedido precisamente de la ONCE, que utilizando sus hilos con el poder se ha convertido en uno de los principales grupos periodísticos del país. Por eso, no es de extrañar que la Asociación Española de Editores de Diarios (un lobby en el sentido estricto de la palabra) haya acusado al Gobierno de romper el status quo.

Cuando recientemente se difundieron por una emisora de radio unas conversaciones privadas del secretario de Organización del PSOE, lo primero que se plantó en la cabeza de muchos eran los motivos por lo que el dueño del grupo periodístico a la pertenece la cadena de radio había «sacado los pies del plato». ¿Qué pretendería Polanco con esa decisión?

Lo que está en crisis es el propio apellido de los medios de comunicación, que suelen bautizarse con el apelativo «social». Lo social, por contraposición con el interés individual, deja de ser un hecho cuando se margina a amplias capas de la población y, por tanto, resulta anacrónico seguir considerando a los medios de comunicación como sociales, a menos que entendamos esta acepción en términos cuantitativos y para eso ya existe el apellido «de masas».

La interdependencia entre poder (con todas sus connotaciones) y medios de comunicación es una realidad tan vieja como los propios medios, pero lo que es más actual es que la internacionalización de los mass media se haya detenido en el umbral de las rotativas.

El mercado de las imágenes es mucho más ágil y menos costoso que el de las palabras. Y ello se debe al «localismo» que aún impera en la prensa diaria, que apenas utiliza las nuevas redes de telecomunicaciones para enriquecer la información. Los sucesos que puedan suceder en India o China son conocidos por imágenes, muchas veces locales, que dan la vuelta al mundo, pero esos mismos sucesos no son narrados por ciudadanos que siguen habitualmente de cerca esos acontecimientos.

La información, de esta manera, es sesgada y, sobre todo, responde a clichés del país que se alimenta con la información, no del país que la genera.

Pero, sin embargo, la propia naturaleza del trabajo periodístico ha sufrido una notable transformación que nos conduce a un camino sin retorno en el que los periodistas cumplen un papel cada vez más subordinado a las tecnologías. Hace quince años «El País» nació con una plantilla de unos 600 trabajadores, sin

embargo, los últimos periódicos que han nacido al mercado difícilmente cuentan con un número de trabajadores superior a los 250.

Pese a lo que pueda parecer inicialmente, la brutal caída del empleo no se ha debido en exclusiva a la aparición de nuevas tecnologías; detrás de este fenómeno se esconde una nueva definición del periodista, convertido paulatinamente en una especie de editor de textos de lujo. Se acabó el entregar las cuartillas e irse a buscar más información, ahora lo que prima es la autoedición y, por tanto, la labor de búsqueda pasa a un segundo plano.

Si además tenemos en cuenta que los nuevos planteamientos empresariales han supuesto que el centro de gravedad de los periódicos ya no gire sobre las redacciones, sino sobre los órganos de gestión, entonces nos encontramos con una transformación que empobrece aún más la situación.

La «batalla» de los fines de semana entre los periódicos no es más que el resultado de los cambios que se han registrado en los centros de poder. Vender el periódico «al peso» no es más que el primer paso para desmoronar un sistema basado en la información, independientemente de su contenido. El reciente nombramiento de un economista, sin experiencia profesional en el mundo de la prensa, como nuevo director del diario «Le Monde» es el último peldaño de la escalera.

El empobrecimiento aumenta aún más, si cabe, al observar un fenómeno también inédito: el seguidismo de la prensa diaria, aunque parezca mentira.

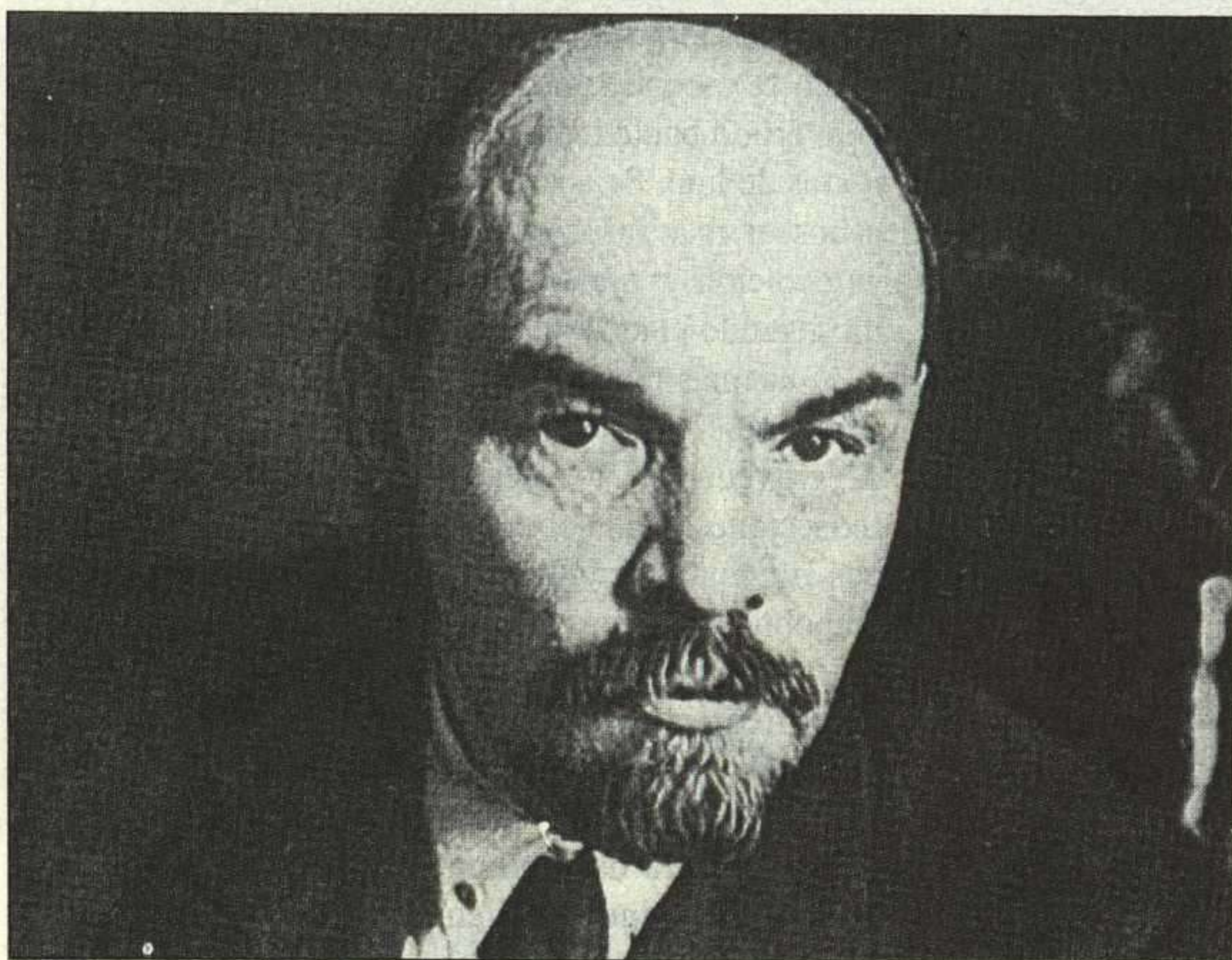
Hace bien poco era impensable ver redacciones enteras atentas a las noticias de los grandes medios de comunicación medidos por la dimensión de su impacto. Hoy sucede lo contrario. La radio y la televisión hacen de inmenso amplificador de las noticias y de ahí que no haya director de periódico que no se resista a valorar la información en función de las imágenes, distribuidas por las más poderosas cadenas de televisión, durante los grandes conflictos internacionales.

El fácil acceso a los soportes informáticos hace posible también que, de alguna manera, se esté volviendo al lenguaje más arcaico, el de los ideogramas. Los departamentos de gráficos cubren hoy un hueco sustancial en detrimento de los ricos matices que proporciona la palabra escrita.

Los medios escritos, convertidos en el sapo de cada mañana de cada político, llevan en su grandeza su propia miseria. La información entendida como el acto de desvelar acontecimientos ha sucumbido ante el arte de cómo contarlos. ■

# LENIN CONTRA STALIN

Manuel BALLESTERO



Cuando hace varios meses propuse una intervención en esta sesión del seminario, me movía una intención teórica: examinar el desplome de «socialismo real», no en la perspectiva, a mi entender estrecha, de un triunfo histórico simple de la lógica liberal frente a la socialista —en cuanto a las formas de propiedad predominantes—, sino en una más amplia y detallada, más históricamente determinada, la de la apertura de un proceso complejo y contradictorio de restauración de la lógica socialista liberada de excrecencias burocrático-totalitarias. Han pasado unos meses desde entonces, la dinámica en curso es muy rápida y nuestros propios planteamientos se ven sacudidos en su base por el cauce real de los hechos; se desvelan nuevos perfiles, se ahondan los panoramas y la visión de los mismos; todo está en movimiento y cambio. En esta coyuntura histórica nada puede establecerse sino de forma parcial, provisional y problemática. He de añadir desde el inicio de esta intervención, contraponiéndome a interpretaciones tajantes, deformantes incluso, que una dialéctica histórica —no fenomenológica al modo de Hegel—, una dialéctica material y concreta y un conocimiento tematizado como dimensión consciente o subjetiva de la totalidad contradictoria en movimiento, no puede sino teorizar la relatividad del conocimiento dialéctico y su carácter de momento cognoscente dentro de esa totalidad que se desplaza, sin poder ni, en principio, necesitar el asentamiento de una validez absoluta por encima y más allá del proceso mismo. Este es un tema epistemológico —el del carácter histórico y *determinadamente absoluto* de un conocimiento relativo, multilateral y contradictorio— que no es de este momento. Baste sentarlo como principio.

Nuestra conceptualización se mueve con el objeto de nuestro propio concepto, con su contenido; de ahí el carácter provisional, sólo interrogativo y problemático de lo que adelantamos.

MI intención estriba en analizar teórica e históricamente los rasgos generales del proyecto marxiano y los del proyecto inicial de la práctica leninista, con el fin de deslindarlos de la construcción teórica y práctica del mal llamado «socialismo real» en realidad socialismo burocrático o «primitivo» (B. Meier, «Contrarios» n.º 1), o, para decirlo con expresión de Marx, «socialismo cuartelario». Esa distinción, neta a mi parecer, llega hasta una visión en la que las dos construcciones, leninista/stalinista, aparecen no sólo como desvinculadas por una ruptura, sino en tanto que contrapuestas en su esencia. Eso no excluye que en la secuencia histórica exterior o indiferente (diría Hegel), uno y otro se conexionen, desde un punto de vista estructural, en tanto que fases de un mismo proceso pertenecen a momentos, no sólo temporales, sino sociales, contrapuestos de un mismo curso.

Creo que esa conexión, propiamente dialéctica de los dos proyectos no permite identificarlos, como tampoco se identifican el proyecto democrático revolucionario (Cf. A. Rosenberg, «Democracia y socialismo») y degeneración contrarrevolucionaria de Thermidor; creo, del mismo modo, que ciertas insuficiencias políticas del leninismo pudieron fomentar deformaciones de perspectiva que desembocaron en la práctica burocrática. El proceso de la revolución de octubre y sus primeros pasos tras la conquista del poder por los bolcheviques es un acontecimiento de enorme hondura, que involucró orientaciones y decisiones jamás



ensayadas con anterioridad y para las que no había modelos ni claras referencias; tanteos y vacilaciones eran inevitables como en toda revolución.

Ahora bien, elevando la consideración y enfocando con amplitud los perfiles de ese proceso, creo posible sentar algunas tesis iniciales que después intentaré fundamentar. A partir de ellas quizá sea posible determinar con mayor precisión la índole del organismo político-social que acaba de entrar en crisis y desguace.

1) El proyecto leninista está centrado esencialmente, como el original de Marx, en asumir en **todos los órdenes del cuerpo político-social la tensión objetiva de socialización del proceso productivo y de la vida social**, proponiendo, como eje de la construcción democrático-socialista, una **socialización radical del aparato político y del Estado** en su conjunto: el modelo de la Comuna de París, la destrucción del aparato administrativo-militar, en Lenin toman cuerpo en la perspectiva del poder de los consejos, primera etapa en la hipotética extinción del Estado separado.

2) Esa tensión radical socializadora del poder corresponde enteramente a la aparición de la categoría «Trabajo abstracto» y a la estructuración de la sociedad en torno a la producción del «valor», lo cual significa **socialización general del proceso de reproducción social**; sólo en y por esa socialización de la propiedad, de la gestión, de la dirección política, la sociedad socializada puede pensar, en términos reales, la cuestión de la democratización y de la democracia en general.

3) El ímpetu socializador de la perspectiva del poder de los soviets se frenó y finalmente se sofocó con la elevación del poder burocrático,

resultado de procesos histórico-sociales objetivos: industrialización rapidísima en un solo país, cercado, amenazado por el nazi-fascismo, desprovisto de cuadros medios, país que recibió de lleno el **impacto jerarquizador de la revolución industrial** (Cf. R. Richta y otros, «Technischer Fortschritt...») y que culminó en la construcción de un poder antisoviético.

4) Estos fenómenos estructurales socio-políticos están en la base de la liquidación del núcleo racional-científico de la tradición marxista: **la concepción y el análisis dialécticos**. La esclerosis de la dialéctica,

**EL proceso de la revolución de octubre y sus primeros pasos tras la conquista del poder por los bolcheviques es un acontecimiento de enorme hondura, que involucró orientaciones y decisiones jamás ensayadas con anterioridad y para las que no había modelos ni claras referencias**

osificada en una simple lógica de la contradicción y del proceso, su codificación a filosófica y acrítica, no autocrítica y dogmatizada en formularios catequísticos, todo ello fue el síntoma y el indicador de una burocratización autoritaria, del Estado restaurado en su función represiva, del Partido como apéndice de ese Estado y de la teoría legitimadora: «En Rusia el marxismo tiene una función cambiada: es la ideología con la que una capa dirigente político-burocrática lleva a

cabo la industrialización y modernización de un país atrasado» (Paschukanis, **Allgemeine Rechtslehre des Marxismus**, in «Grunberg Archiv», 1930).

La delimitación del proyecto marxo-leninista, por su índole interna teórico-política, exige un análisis de las estructuras teóricas que implica y que lo sustentan.

La andadura teórica del propio Marx, **en su desarrollo**, dibuja con claridad su propio contenido; no sólo, como ha señalado Auguste Cornu, el avance de un democratismo radical o revolucionario a la elaboración comunista de las condiciones de posibilidad de aquél; en **ese mismo desarrollo** teórico queda de manifiesto que la temática comunista tiene un horizonte y un respaldo radical-democrático, de tal modo que éste es el cuadro de elaboración social-revolucionaria más tardía (Aldo Zanardo). Pero no sólo se trata del contenido profundo que desvela ese proceso teórico-analítico. Hay algo más.

Como intenté mostrar hace unos meses en este mismo seminario — «Lo político en Marx» —, el arranque materialista crítico frente a la especulación hegeliana Marx no lo lleva a cabo **en el plano de la teoría del conocimiento**, y no lo hace por dos razones de peso: 1) porque en la perspectiva fenomenológica ya se ha sobrepasado la tematización gnoseologista de la «filosofía de la reflexión» (Kant, Fichte), ya se ha planteado en vigor la imbricación de la forma y del contenido, **evacuando así la tematización «crítica» de las condiciones de posibilidad del conocimiento**. 2) Por ello la crítica de Marx no tiene un perfil gnoseológico sino político, y el idealismo hegeliano es criticado en tanto que **idealismo del Estado político separado**. De ahí arranca un nuevo materialismo revolucionario y activo. En el

camino de la desvelación de la raíz de la alienación, Marx no topa con la «Entfremdung» de la conciencia en el objeto, sino con un modo no gnoseológico, sino histórico-político de la alienación de la sociedad civil en el Estado. Por ello, más que apelar a un materialismo dialéctico para caracterizar el pensamiento de Marx, por mi parte pre-

co, sino en el idealismo estatalista, nos orienta hacia el **núcleo radical-democrático** de todo el análisis.

Para que se vea lo que Marx considera mala especulación, basta citar MEW, I, 235: La especulación estriba **no en la determinación de la objetividad por el concepto autodeterminado**, sino en la índo-

en el plano del conocimiento. Marx, sobre los hombros de Hegel, sobrepasa el gnoseologismo kantiano y se emplaza en una crítica del **idealismo político** —democracia política— del Estado moderno.

Precisamente por esto la primera formación idealista que se somete a crítica en Marx es la burocracia. Hago observar que Marx previa-

**EL** ímpetu socializador de la perspectiva del poder de los soviets se frenó y finalmente se sofocó con la elevación del poder burocrático, resultado de procesos histórico-sociales objetivos: industrialización rapidísima en un solo país, cercado, amenazado por el nazi-fascismo, desprovisto de cuadros medios, país que recibió de lleno el impacto jerarquizador de la revolución industrial y que culminó en la construcción de un poder antisoviético.



fiero la apelación dialéctica-material-social, prolongando así, o intentándolo, la reflexión de K. Korsch (Cf. E. Gerlach, en *Marxismus und Philosophie*, 1975, 21).

La incidencia de la crítica materialista, no en el plano gnoseológi-

le **lógica y conceptual** de esa **determinación**; de un modo nuevo se elimina la problemática transcendental del a priori determinante. Todo esto modular el nuevo materialismo, que no arranca sino como crítica de la determinación lógica

mente ha rechazado la estrechez del desarrollo hegeliano acerca de la burocracia, en el que el filósofo no expone más que su «**determinación formal**»: su **carácter de organización**. La pregunta de Marx va más al fondo: organización ¿de

qué? y ¿por y para qué?

Ante esa nueva cuestión la burocracia aparecerá no como simple y **monda organización**, sino en tanto que culminación del Estado separado.

«La burocracia es el Estado que se ha transformado en sociedad civil» (ibid).

La burocracia, apéndice del formalismo del Estado político burgués, es **reencarnación social de ese Estado político**. La crítica materialista-social del Estado político avanza hacia un horizonte de absorción social de la forma separada, hacia la disolución de las instancias formales de lo político, hacia la sociedad que se autogobierna. El radicalismo democrático exige un «wirkliche staat», una sociedad sin Estado separado. **La democracia es la realización material de los principios formales de la democracia política o la supresión de la representación sólo formal de los mismos.**

El radicalismo democrático colapsa en su análisis la forma de Estado.

La perspectiva leninista de un semiestado, Estado en vías de extinción, articulado en el poder de los soviets es de pura raigambre marxista.

Ese colapso del poder como horizonte no desaparece ni en los momentos más difíciles de la práctica leninista. Tras la guerra civil y con motivo de la discusión sobre los sindicatos, 1921-22, Lenin pensaba: que el llamado Estado obrero en Rusia «*était encore une abstraction; ce n'était pas encore... l'Etat des ouvriers, car il avait souvent a tenir la balance entre les ouvriers et les paysans... et il était victime de la deformation bureaucratique*» (I. Deutscher, Trotsky, II, 76).

«Lenin resucitó de hecho en Rusia el marxismo originario aún con sus contradicciones. Esta rele-

vante contradicción interna de su concepción fue la que le permitió desarrollar en un primer momento, en un sistema consiliar, la forma más radical de autogobierno democrático» (A. Rosenberg, op. cit., 21), añadiendo que «sólo Lenin logró renovar la democracia revolucionaria dentro del espíritu de 1848».

La posición estratégico-política de Lenin estuvo orientada a ese autogobierno de que habla Rosenberg. También es cierto, como indica Deutscher que las dificultades de la construcción en un país atra-

**EL proyecto leninista está centrada esencialmente, como el originario de Marx, en asumir en todos los órdenes del cuerpo político-social la tensión objetiva de socialización del proceso productivo y de la vida social, proponiendo, como eje de la construcción democrático-socialista, una socialización radical del aparato político y del Estado en su conjunto**

sado y en el que, a consecuencia de la guerra civil, había perecido el grueso de la vanguardia obrera, incluidos los bolcheviques, se presentaron con urgencia los problemas de la dirección política, y verdad también que Lenin cometió errores tácticos que permitieron, más tarde, la instauración de un monolitismo contrarrevolucionario.

Dos puntos me parecen de interés que, por el cuadro en que se desarrolla mi análisis, no agotan el tema, simplemente lo señalan.

En 1922 (Deutscher, II, 81, y Moshe Lewin, **Lenine last struggle**), con la idea de poner «fin a los abusos de la burocracia» Lenin pidió a Trotsky aceptase la vicepresidencia del consejo de comisarios; aparecía ya un esbozo del más tardío intento de **bloque Lenin-Trotsky** frente a los peligros de degeneración autoritaria. El rechazo de la propuesta se debió a que para el gran revolucionario el problema ya era más profundo y concernía, no sólo al burocratismo de lo estatal, sino a la confusión Partido-Estado, y a la asfixia de la democracia dentro del Partido.

Mil novecientos veintidós es el momento que «la política del Politbureau derivó de la democracia obrera al totalitarismo de Estado», y en ese momento crucial Lenin cometió un error táctico y apoyó, en la discusión que tenía curso entre diversos grupos, a Stalin (Deutscher, II, 87).

Pero no se trata aquí de trazar la historia detallada de esos años decisivos en los que se jugó el destino de la revolución, sino de aportar algunos datos para reflexionarlos teórica y políticamente.

En algunos de los desaciertos de Lenin influyó sin duda la concepción que él tenía del Partido y del papel del mismo.

Dentro de la estrategia de la construcción del nuevo Estado, Lenin siempre atendió al papel vertebrador de la vanguardia, del Partido; exigencias y objetivos contradictorios —democracia obrera de los soviets, papel dirigente de la vanguardia— (contradicción que puede rastrearse en toda revolución, en la del 89 dicotomía entre la Convention y los Clubs en que se apoyó Robespierre, en la de 1830-81 con la derrota de los trabajadores en Lyon por falta de dirección política y de orientación, etcétera), contradicciones en las que

Lenin se vio envuelto y de las que tomó clara conciencia en los últimos años de su vida («Testamento de Lenin», de Evgeni Varga). Pero con anterioridad a esas reflexiones finales entonces silenciadas por la dirección del Partido, conviene recordar cuál fue la actitud de Lenin durante el X Congreso (1921) y precisamente con motivo de la moción sobre la prohibición de las fracciones: Lenin propuso la prohibición de las mismas tenida

rentes plataformas (Obras, XXX).

En este mismo período, poco antes o en el mismo tiempo, Lenin concibe la idea del ya aludido bloque con Trotsky para oponerse al poder omnímodo que Stalin había concentrado en el secretario general. En ese momento quien con mayor acuidad vio en los entresijos de la situación política fue precisamente Trotsky cuando indicó que el dilema era establecer el equilibrio entre «la disciplina bolchevi-

fuerte centralizado, activo a la manera de Robespierre», por las condiciones atrasadas de la Rusia revolucionaria condujo a los fenómenos de degeneración autoritaria y represiva.

Es necesario decir aquí: la teoría leninista del Partido —independientemente de los rasgos inadecuados que hoy puedan detectarse— era algo más que la simple constitución de una vanguardia militar de la clase. En la óptica de



**Para Lenin, el principio dialéctico implica la relatividad del conocimiento, de su emergencia e implantación histórica, de su estructura interna contradictoria; esto último, porque el concepto está minado en su exactitud por la motividad interna de su contenido**

en cuenta la situación en aquella coyuntura, explosiva en el Partido y en la sociedad en plena parálisis y casi descomposición tras la guerra civil; pero cuando el delegado Anenkov propuso que dicha prohibición se elevase a principios permanente de organización, Lenin se opuso ante el Congreso y evocó una situación futura en la que quizá los bolcheviques se vieran obligados a ir a los Congresos con dife-

que y la democracia proletaria» (II, 85).

La coordinación de los dos momentos de todo proceso revolucionario (G. E. Rusconi, en «Introducción a A. Rosenberg, Democracia y socialismo»), sintetizadas sus diversas capas y grupos en un impulso unitario y una clase radicalmente revolucionaria, esa necesidad objetiva del proceso, que orientaba a «formar un gobierno

Lenin el Partido es **verdadero racionalizador generador de la experiencia histórica-política**, auténtico «**intelectual colectivo**»; la función del Partido es generalizadora porque tiende a **sobrepasar los impulsos inmediatistas de la clase para articularlos y subordinarlos a un proyecto estratégico a nivel histórico, fundamentado en una elaboración teórico-crítica, la dialéctica materialista y el**

**análisis teórico de las contradicciones del modo de producción capitalista** llevado a cabo por Marx. Es del mayor interés recordar la posición de Lenin en lo que respecta al debate sobre el Proletkult y sus advertencias acerca del comunismo como **crystalización de una herencia intelectual y emancipadora multiseccular**. Fue más tarde el «jdanovismo» staliniano el que dogmatizó el «corte» con la tradición dialéctica y donde se caracterizó a Hegel como pensador de la reacción feudal.

Digo esto para ceñir en la medida de lo posible el núcleo racional que se esconde en la teoría del Partido leninista.

En esta concepción de la organización revolucionaria, e independientemente de las degradaciones sufridas más tarde, el Partido no dictamina, sino que **globaliza, introduce en el movimiento social los objetivos más lejanos y el método dialéctico para determinarlos y luchar por ellos**. La teorización y la práctica leninistas se apoyan y se legitiman en la teoría y en el método del análisis del capital. Dicho sea todo esto sin prejuzgar las modificaciones que impone la situación presente.

Puede parecer y así ha parecido que el Partido se impone como portador de una razón universal, canceladora de la historia, pájaro de Minerva que levanta su vuelo sobre los escombros del pasado. Esa concepción acrítica y totalitaria es de cuño staliniano, y como recordó Henri Lefebvre por los años cincuenta, esa hipótesis de trabajo, tesis inamovible de la sinrazón burocrática, ese Partido teológico no es más que la transposición de la concepción hegeliana del Estado al Partido todopoderoso. Pero aquí es necesario recordar que el trabajo científico y crítico de **Marx se inicia en la crítica de ese Estado y**

**de ese estatalismo**, puntos en los que culmina la necesidad **sistemática** hegeliana frente a su propio método dialéctico. Como ya indicó Engels, sistema y método se contraponen en Hegel mismo, y Bloch (Subjekt-Objekt) ha indicado oportunamente que ese subterráneo filosófico, donde Hegel-Barba Azul asesina a su esposa la dialéctica, conduce todo el movimiento y toda la dinámica del proceso dialéctico idealista a la negación del movimiento y por ende a la imposible aparición de lo nuevo, de lo no contenido previamente en el sistema: el movimiento hegeliano por su carácter filosófico, desagua en la inmovilidad, en el puro devenir «para sí» del «en sí» inicial. Esta deriva de la filosofía idealista ya es perceptible en los trabajos de juventud de Hegel: cancelación de la historia en la eternidad del puro presente (Cf. *Differenz zwis, fichteschen und Schellingschen Systeme*). Puede decirse de los polos extremos del proceso hegeliano lo que Calderón poetizó de la rosa:

«Cuna y sepulcro en un botón hallaron».

Pero es precisamente esa esposa asesinada lo que Lenin desentierra con su insistencia dialéctica y de antemano antiestalinista.

A este respecto es interesante, como acopio de datos y de fuentes, no por la elaboración del concepto, todavía cargada de apologética burocrática, el libro de A. Rosenthal, **Lenin y la dialéctica**. Es bien sabido que entre los últimos trabajos de Lenin figuran los llamados «Cuadernos filosóficos», anotaciones marginales a la lectura, entre otras obras, de la «Lógica» de Hegel.

Hay como un arco teórico entre Marx y Lenin, arco cuyo pilar de arranque es la crítica de la «Fenomenología» por Marx, y el pilar terminal esa lectura, también críti-

ca y materialista, de la «Lógica» por Lenin. En ambos textos topamos con una valoración extrema de la dialéctica material frente a la exigencia sistemática, filosofante de cuño idealista y teóricamente devastador.

Para Lenin, el principio dialéctico implica la relatividad del conocimiento, de su emergencia e implantación histórica, de su estructura interna contradictoria; esto último, porque el concepto

**DENTRO de la estrategia de la construcción del nuevo Estado, Lenin siempre atendió al papel vertebrador de la vanguardia, del Partido; exigencias y objetivos contradictorios -democracia obrera de los soviets, papel dirigente de la vanguardia-, contradicciones en las que Lenin se vio envuelto y de las que tomó clara conciencia en los últimos años de su vida**

está minado en su exactitud por la motilidad interna de su contenido. Por eso, en las ocasiones teóricas y políticas de más alcance Lenin remite al criterio de la praxis: «La posibilidad o imposibilidad —de la lucha pacífica entre las clases— es sólo demostrable en la práctica». Esta noción no es la científico-pragmática, sino la de la praxis histórico-concreta del movimiento de la sociedad en el cuadro del análisis del modo de producción.

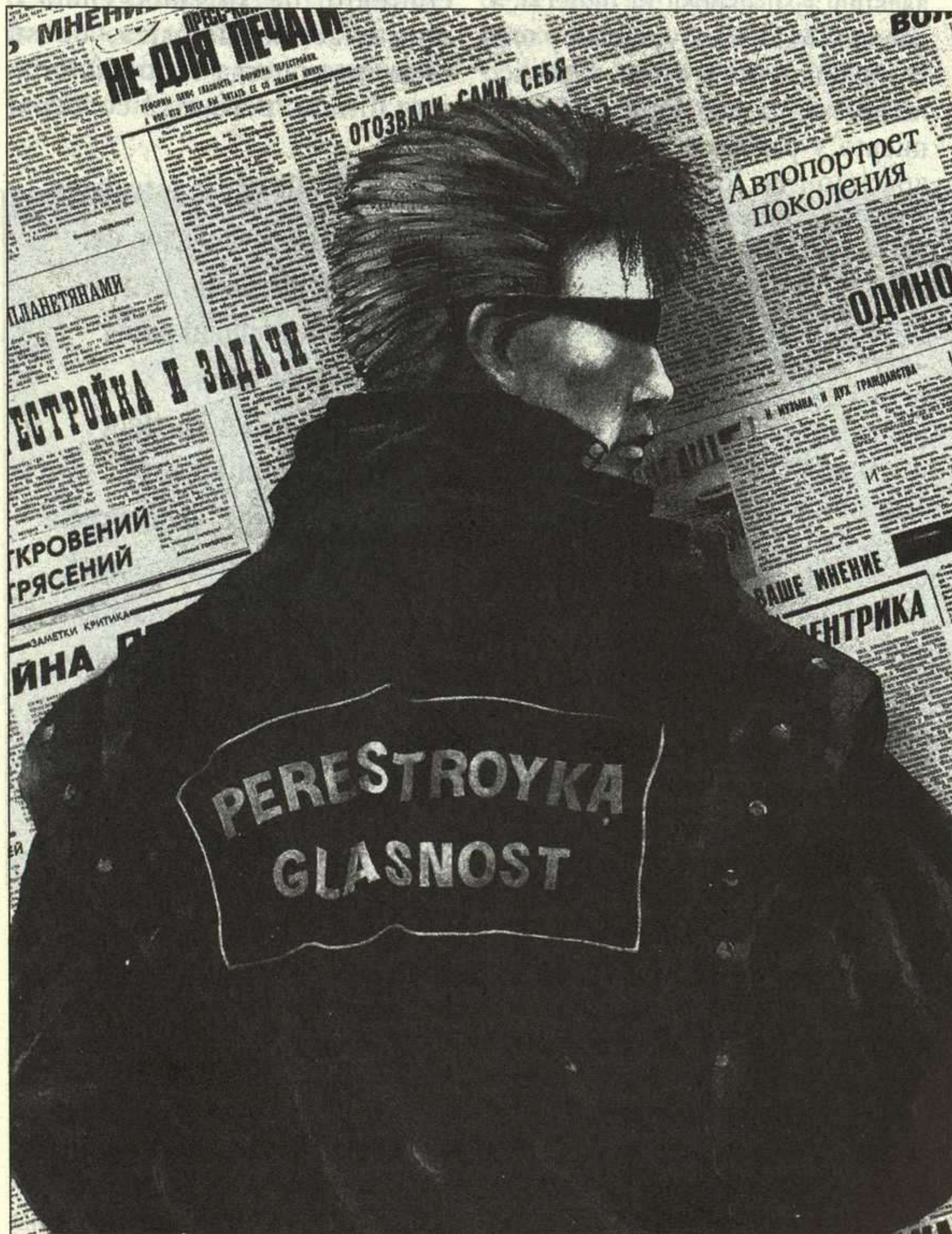
«El método histórico-dialéctico considera la sociedad y las leyes generales de su desarrollo en sus formas específicas... en su manifestación concreta...», escribe en los

«Cuadernos Filosóficos», con lo que por incluir, como Marx contra Hegel, la diferencia específica, elimina toda posibilidad de enjuiciar la situación concreta desde el plano general y abstracto de las puras y no especificadas conexiones estructurales y, por ende, cualquier simplificación dogmática de los

La modulación histórica de las categorías generales es evidente en lo tocante a la naturaleza del socialismo o de la etapa de transición. Lenin era extremadamente consciente de la estructura contradictoria de tal momento de la sociedad que, como se puso de manifiesto en los debates sobre la NEP, engloba

contradicción dentro de la sociedad socialista; la unidad de las dos clases es sólo relativa, siendo lo absoluto y el motor del desarrollo la contradicción.

El enfoque general dialéctico tenía que repercutir en algunos puntos teóricos en cuanto a la construcción y a la gestión de la nueva sociedad:



**E**L desguace de ese socialismo, su desplome histórico lejos de refutarla confirma la opción marxo-leninista de una construcción socialista fundada en la participación y acción plurales y unificadas de la sociedad civil y, sobre todo, de las clases oprimidas y explotadas por el capital. En este cuadro de consideraciones generales, la iniciativa «perestroika», por romper el corsé burocrático y reactivar la dinámica y dialéctica sociales, la entendemos o podemos entenderla como un intento de restauración de la matriz democrática, dialéctica, una vez destruidos los monolíticos asfixiantes.

problemas de la construcción del socialismo. Y, Lenin, insistiendo en el límite de validez del concepto abstracto y apelando al estudio concreto de la problemática, añade: «La dialéctica incluye la historicidad».

dos lógicas contrapuestas, de la planificación social y mercantil, además de la diferencia entre las dos clases: el proletariado y los pequeños propietarios del campo; esta formación contradictoria le llevó a enfocar con precisión la

En este cuadro teórico, Lenin distingue entre «antagonismo y contradicción»: «Antagonismo y contradicción no son lo mismo; el primero desaparece, la segunda subsiste bajo el socialismo» (Ros. 191).

El reconocimiento teórico de

contradicciones internas dentro del socialismo supone:

a) lo ya dicho acerca del tratamiento político y no represivo de sus manifestaciones no antagónicas,

b) pero la idea tiene repercusiones más profundas: la dirección bolchevique, a pesar de ser unívoca, tiene que **mediatizarse en el todo tenso de contradicciones, sin sofocarlas...** La tesis implica la imposible transferencia de la unidad de la vanguardia a los mecanismos y estructuras del Estado, con lo que, desde el fondo de la teoría, Lenin abonó la ya citada preocupación de Trotsky sobre la confusión de los dos órdenes. Pero ahora conviene examinar la plasmación política de tales ideas.

La articulación crítica y no monolítica es patente en la discusión sobre el papel y la naturaleza de los sindicatos frente al Estado obrero. Trotsky, en **Defensa del marxismo** (Fontamara, 1977, 155), cita a Lenin: «Nuestro actual Estado es tal que el proletariado debe defenderse a sí mismo, y nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para la defensa de los obreros **contra su Estado** y para la defensa de nuestro Estado por los obreros».

Ya en 1920 y 21, Lenin era consciente de que, por el retraso del país de la revolución, los bolcheviques en el poder: «No estamos ni siquiera en el umbral del socialismo». Apenas terminada la guerra civil y ante la situación de desplome económico y social, sólo hacia 1927 la URSS alcanzó niveles productivos de 1913; se adopta la estrategia de la NEP (Preobrajensky, «De la NEP al socialismo», 1964), que, inyectando en el organismo económico la lógica y el empleo de la categorías mercantiles, constituye, no obstante, **una fase en la construcción del socia-**

lismo.

Esta visión explica el interés de Lenin en sus últimos años por la cooperación como **modo de organización y gestión económico-**

**EL abandono de la matriz dialéctica es el síntoma de la transformación del proyecto. El «socialismo real» surgido como continuación de la práctica totalitaria y burocrática del stalinismo, sucumbe a la dolencia de su inspiración adialéctica, monolítica, izquierdista primaria**

**social del socialismo**, hasta entender este último como un conglomerado «de cooperativas» que trabajan en el cauce de la planificación: Y a este respecto cabe aducir que Lenin, sólo tras largos meses de debate, asumió la orientación de Trotsky sobre la creación del Gosplan, centro de la planificación.

G. Lukacs indica en **Socialisme et democratisation** que para Lenin la planificación central era un asunto secundario, volcando en cambio sus esperanzas en el momento político de los «sábados rojos», en el trabajo benévolo y en la participación activa de los ciudadanos al servicio de lo social, «para la nueva disciplina del trabajo».

Esto es liga, finalmente, a su concepción de la naturaleza y del método para conseguir la **unidad política y moral necesarias** en el avance desde la revolución al socialismo. Sólo con ingenuidad manifiesta pueden confundirse esos dos momentos, el de la conquista del poder y la destrucción del aparato administrativo-militar y el del

paso al socialismo, **sólo posible por una reorganización y una elevación del nivel de la capacidad productiva y política de la sociedad**: «Ahora —decía Lenin en 1921— la tarea consiste en hacer el intento de aplicar esta unidad de voluntad a la industria y a la agricultura... comprenderán que aquí no podemos realizar esto por la violencia; comprenderán... qué significa este tipo de unidad. **Esta compleja voluntad se forja por vía soviética**» (Obras, XXX).

Sería necesario un trabajo de mucha más envergadura para examinar el contenido del proyecto político, revolucionario, de Lenin. En el cuadro de nuestro trabajo y en el lapso de tiempo que se nos ha impartido, esa tarea no puede llevarse a cabo. Nos hemos limitado a la simple exploración preparatoria de esta problemática.

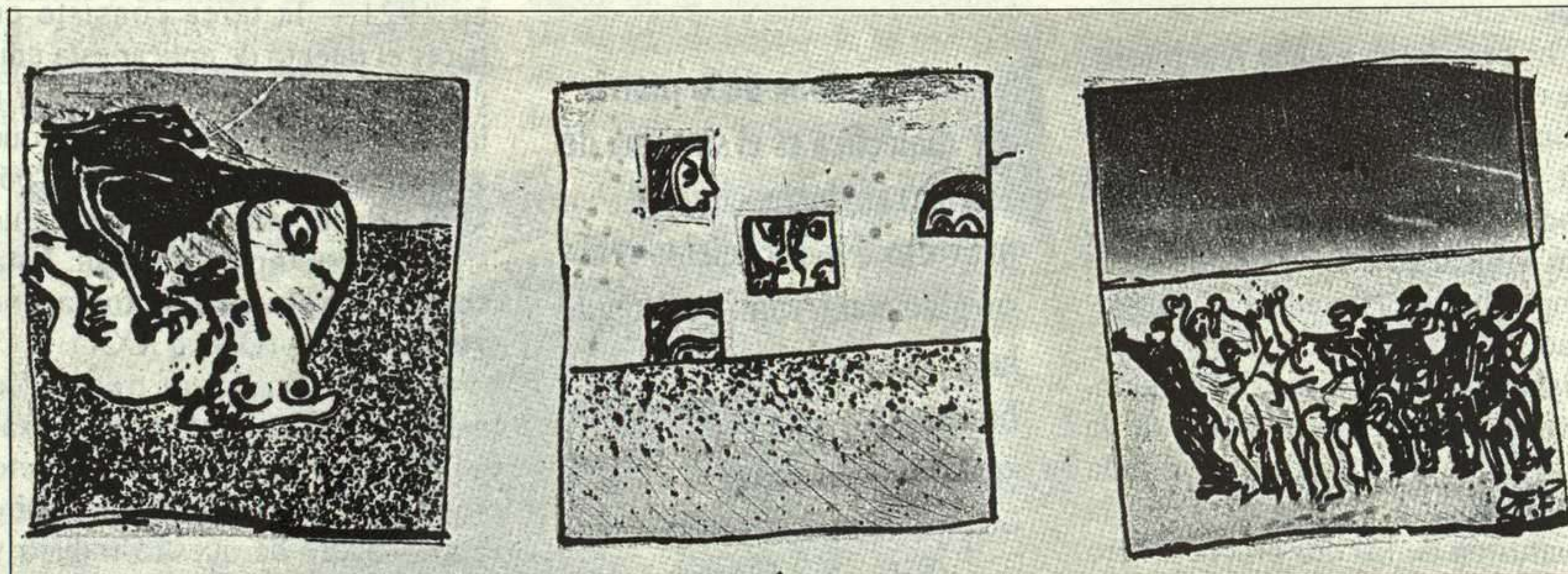
**El abandono de la matriz dialéctica es el síntoma de la transformación del proyecto. El «socialismo real» surgido como continuación de la práctica totalitaria y burocrática del stalinismo, sucumbe a la dolencia de su inspiración adialéctica, monolítica, izquierdista primaria.**

El desguace de ese socialismo, su desplome histórico lejos de refutarla confirma la opción marxo-leninista de una construcción socialista **fundada en la participación y acción plurales y unificadas de la sociedad civil y, sobre todo, de las clases oprimidas y explotadas por el capital.**

En este cuadro de consideraciones generales, la iniciativa «perestroika», por romper el corsé burocrático y reactivar la dinámica y dialéctica sociales, la entendemos o podemos entenderla como un intento de restauración de la matriz democrática, dialéctica, una vez destruidos los monolíticos asfixiantes. ■

# LA VIGENCIA DEL MARXISMO

Damián PRETEL



**A** los lectores no se les escapará que éste es un tema excesivamente amplio como para tratarlo en un solo artículo. Recordemos que, en opinión de Lenin (1), el marxismo constaba de la filosofía, de la economía política y de las teorías sobre el socialismo. Pero, con el tiempo, ha cambiado, extendiendo su saber a otras materias.

De manera que plantear hoy la vigencia del marxismo resulta harto complicada.

Todo esto quiere decir, muy a las claras, que es obligatorio reducir los problemas a comentar. Para ello, además, hay que tener en cuenta que en cada época o período se han destacado unos u otros. Por ejemplo, a finales del siglo XIX y comienzos del XX la tarea principal del marxismo consistió en la elaboración de una teoría sobre la fase superior del capitalismo, el imperialismo. Y así, en 1916 apareció la conocida obra de Lenin (2).

Por otra parte, en diferentes países y en distintas etapas han surgido, en primer lugar, determinados temas. En Rusia y en los primeros años de este siglo, la polémica marxista se centró en los problemas de la filosofía y, más concretamente, en la teoría del conocimiento y de la verdad. Y así se publicó «Materialismo y empiriocriticismo» (1909), obra que también pertenece a la pluma del mencionado autor.

Pues bien, ¿cuáles son los temas que, en nuestros días, requieren una atención prioritaria? A mi juicio, estos temas son tres:

- 1) Creación de un nuevo «ismo», es decir, elevación del marxismo a una nueva etapa de desarrollo.
- 2) Superación del dogmatismo y del neodogmatismo,

que, en general, han dominado el pensamiento de los marxistas y de los comunistas durante los largos decenios del estalinismo y del neoestalinismo e, incluso, en nuestros días.

3) Elaboración de una nueva teoría sobre el socialismo democrático, partiendo de las concepciones de Marx, Engels, Lenin, Bujarin y otros pensadores.

Las dos primeras tareas requieren trabajos y toda una labor colectiva a realizar durante varios años. Por eso creo que lo más acertado es que nos detengamos en la vigencia de las ideas marxistas acerca del socialismo democrático.

Pero, está claro que la consecución de este objetivo está muy matizado por la necesidad ineludible de crear un nuevo «ismo», tarea que está permeando la labor creadora, por lo menos de los marxistas más perspicaces. En efecto, esta magna tarea, de una u otra manera, determina todas las investigaciones de dichos teóricos marxistas.

Al mismo tiempo, tampoco se puede relegar a un segundo plano la lucha contra el dogmatismo de ayer y de hoy, elaborando nuevas teorías, acordes con las del marxismo y con los nuevos problemas que suscita la realidad histórica y la de nuestros días.

A este respecto, cabe afirmar, sin ambages, que el dogmatismo no representa una tergiversación parcial del marxismo, sino una negación total y absoluta del mismo, aunque mantenga múltiples lazos superficiales con él. En relación con esto, es oportuno recordar la opinión de Marx, quien, contestando a unos dogmáticos franceses que se decían marxistas, escribió lo



siguiente «Tout ce que je sais, c'est que je ne suis pas marxiste» (3).

Y hay que recordar que una buena parte de los comunistas de hoy se ha formado a través del estudio de obras de corte dogmático y neodogmático, muchas veces editadas por la Academia de Ciencias de la URSS. Es decir, se han formado en trabajos que, rigurosamente hablando, no eran, ni son, marxistas. La tragedia de todo ello es tremenda, si recordamos la carta de Engels a Sorge (12-V-1892), en la que, refiriéndose a los partidos sectarios (y el dogmatismo y el sectarismo son hermanos gemelos), escribía que «llegarían, como dice Hegel, de la nada a la nada, a través de la nada».

En este orden de cosas, también se debe afirmar que lo que se ha hundido en los países del Este no ha sido el marxismo, sino su interpretación dogmática. Y es que esta interpretación no es sólo una cuestión teórica: ante todo y sobre todo está relacionada con la vida social, con la práctica. En una carta a Annenkov del 28 de diciembre de 1846, Marx lo planteaba muy claramente: «Yo también estoy lejos de considerar que la causa de los errores de las investigaciones económicas del señor Proudhon es la filosofía. El señor Proudhon ofrece una crítica errónea de la economía política, no porque sea poseedor de una filosofía irrisoria. El nos suministra una filosofía irrisoria porque no ha comprendido el régimen social contemporáneo en su concatenación (engrenement), si utilizamos la palabra que el señor Proudhon, como muchas otras cosas, toma de Fourier».

Una de las consecuencias más graves del dogmatismo de ayer y de hoy es la ruptura de la interrelación dialéctica entre la teoría y la práctica. Ruptura que es la causa principal de la crisis que ha padecido y padece actualmente el marxismo. Y es evidente que esta crisis es una dificultad a la hora de estudiar la vigencia del marxismo en nuestros días.

Se sobrentiende que para la consecución de este objetivo haya que emplear muy a fondo los requerimientos de nuestro método de pensamiento.

En este sentido, cabe recordar la encuesta que Laura le hace a su padre y, en particular, la pregunta: ¿cuál es el lema de tu vida? Y Marx le responde: «Dudar de todo». Y es que él entendía la duda como una consecuencia de la dialéctica que sostiene que todo está en proceso de cambio, de movimiento y de desarrollo. Por tanto, hay que dudar de lo que existe, pero también de lo que se piensa.

Otro elemento consustancial del método marxista es la crítica. Marx y Engels la aplicaban constantemente en dos sentidos: en primer lugar, hacia su propio pen-

samiento. A este respecto debemos recordar las tal vez mal llamadas «cartas sobre el materialismo histórico» (4). En todas ellas se plantea que, durante muchos años, pusieron el acento en la interpretación materialista de los fenómenos sociales, dejando en un segundo lugar la visión dialéctica de los mismos y, sin embargo, precisamente esta visión constituye la esencia de la interpretación marxista de todos los fenómenos, en general, y de los sociales, en particular. Veamos lo que Engels le escribe a Mehring (14-VII-1893): «En lo que nosotros (Marx y Engels-DP) más insistíamos —y no podíamos por menos de hacerlo así— era en derivar de los hechos económicos básicos las ideas políticas, jurídicas, etcétera, y los actos condicionados por ellas. Y al proceder de esta manera, el contenido nos hacía

**EL dogmatismo no representa una tergiversación parcial del marxismo, sino una negación total y absoluta del mismo, aunque mantenga múltiples lazos superficiales con él**

olvidar de forma, es decir, el proceso de génesis de estas ideas, etcétera. Con ello proporcionamos a nuestros adversarios un buen pretexto para sus errores y tergiversaciones».

En segundo lugar, la crítica del marxismo está dirigida a las obras de los demás. Por ejemplo, el subtítulo de «El Capital» es «Crítica de la economía política» y el de «La Sagrada Familia», «Crítica de la crítica crítica».

Por otra parte, la crítica, no cabe duda, crea una situación de cierta tensión en el pensamiento marxista, del cual se puede decir que vive muriéndose paulatina y constantemente. Es evidente que esta situación dificulta la determinación de la vigencia del marxismo en nuestros días.

Pero, cuando menos, existe una dificultad más que se deriva de la definición de la filosofía marxista como ciencia que estudia el método del pensamiento, del conocimiento y de la actividad práctica de los hombres. En efecto, está claro que el estudio de lo más general (y el método es lo más general) es lo más difícil y lo que menos cambia y se desarrolla, aunque es evidente que la dialéctica debe concebirse dialécticamente. A este respecto, recordemos la carta de Engels del 11 de mayo de 1895: «Toda la comprensión del

mundo (Auffassungswese) de Marx no es una doctrina, sino un método. Ella ofrece no dogmas definitivos, sino puntos de partida para la investigación».

En este sentido, está claro que no cabe seguir afirmando durante decenas de años que la filosofía marxista es la ciencia que estudia las leyes más generales del pensamiento, de la naturaleza y de la sociedad, pues las ciencias particulares han heredado los conocimientos de la lógica y de la psicología, así como los de la realidad objetiva, natural y social. Por tanto, hoy ha adquirido toda su vigencia la tesis marxista acerca de que «el pensamiento teórico de cada época, incluyendo, por lo tanto, la nuestra, es un producto histórico que reviste formas muy distintas y asume, por lo tanto, un contenido muy distinto, según las diferentes épocas. La ciencia del pensamiento es, por consiguiente, como todas las ciencias, una ciencia histórica: la ciencia del desarrollo histórico del pensamiento humano» (5). Pero esta ciencia ha permanecido estancada a causa del dominio del dogmatismo y del doctrinarismo. Y esto representa un serio obstáculo para definir la vigencia del marxismo, porque la correcta aplicación del método es imprescindible, pero éste no ha aparecido como algo histórico, sino establecido de una vez y para siempre.

Lo mismo ocurriría y ocurre con la teoría del conocimiento que concibe a la verdad objetiva, no sólo como relativa, sino también absoluta. Y, por supuesto, todo lo que el marxismo tiene de objetivo y de absoluto mantiene su vigencia en nuestro tiempo.

Digamos, por ejemplo, que la plusvalía hoy se extrae de un modo diferente a como se hacía en el siglo pasado, que la explotación del hombre por el hombre reviste nuevas características, que las clases han modificado su naturaleza en relación con la que poseía en un pasado no muy lejano, que la lucha de clases no transcurre igual que antaño, que la teoría de la revolución social del marxismo simplemente se ha quedado anticuada. Pero todo esto no quiere decir que las teorías sobre la plusvalía, la explotación, las clases, la lucha de clases y la revolución social no tengan vigencia en nuestro tiempo. Y hay que decir que, sobre poco más o menos, lo mismo ocurre con otras elaboraciones teóricas.

Detengámonos ahora en las ideas de Marx y Engels sobre la futura sociedad no capitalista, tema que ya hemos tratado en otra ocasión y que ahora reproducimos a continuación.

Ante todo, y aunque no sea más que brevemente, fijémonos en las ideas de los clásicos del marxismo que reflejan su actitud metodológica al enjuiciar los problemas de la futura sociedad socialista.

Su primera observación a este respecto la encontramos en la consideración de que dicha sociedad no debe concebirse de una manera inmutable y establecida de una vez y para siempre, sino como algo en permanente proceso de cambio y de desarrollo. En este sentido, se oponen a toda manifestación de dogmatismo y doctrinarismo: de acuerdo con la visión dialéctica de la realidad (también de la sociedad socialista), rechazan la divinización de las categorías, reafirmando su tesis acerca de que la verdad siempre es concreta.

En este orden de cosas, los fundadores del marxismo son intransigentes: «Nuestras opiniones sobre los rasgos que diferencian a la futura sociedad no capita-

**TAMBIÉN se debe afirmar que lo que se ha hundido en los países del Este no ha sido el marxismo, sino su interpretación dogmática.**

**Y es que esta interpretación no es sólo una cuestión teórica: ante todo y sobre todo está relacionada con la vida social, con la práctica**

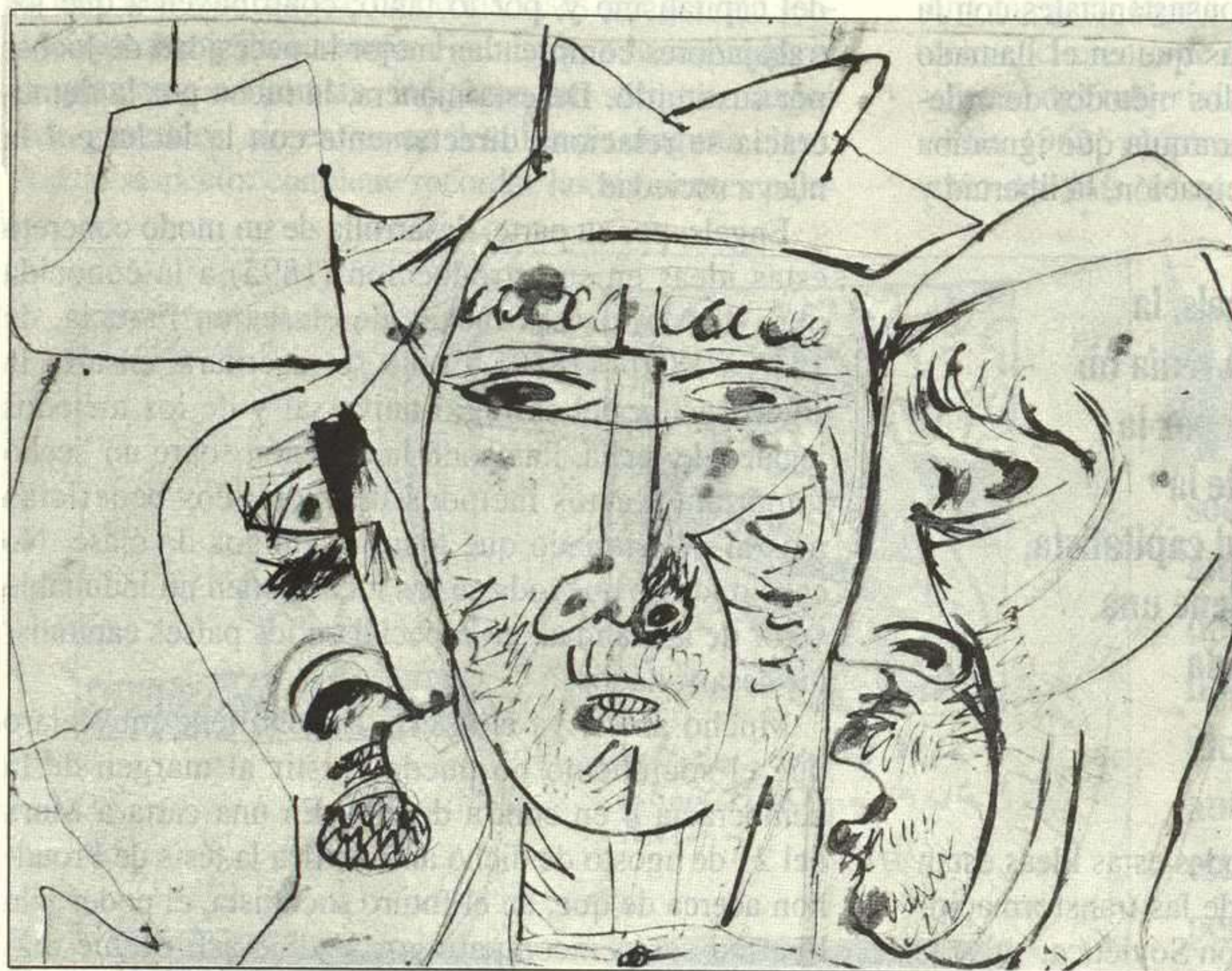
lista de la sociedad contemporánea son conclusiones precisas de los hechos históricos y de los procesos de desarrollo y fuera de estos hechos y procesos no tienen valor teórico práctico alguno» (6). Y la historia se ha encargado de corroborar esta verdad.

Marx, desde luego, no se hubiera extrañado de ello. Así, por ejemplo, en una carta a Engels dice lo siguiente: «Puesto que el nivel de desarrollo de los diferentes destacamentos de los obreros de un mismo país, así como de las clases obreras de distintos países, es inevitablemente diferente, el movimiento real adquiere ineludiblemente su expresión en formas teóricas sobre manera disímiles» (7). Es decir, que Marx y Engels entendían que no sólo la realidad social de los países socialistas, sino también las correspondientes teorizaciones serían diferentes. Está claro que, en su opinión, los marxistas deberían atenerse a estos principios de orden metodológico.

A la luz de lo dicho anteriormente, se comprende que Marx y Engels siempre se negaran a dar instrucciones a los futuros constructores del socialismo, pues, a su juicio, deberían atenerse no sólo a las leyes generales (el dogmatismo de ayer y de hoy las ha supervalorado de una manera exagerada), sino también a las particularidades específicas de los hechos y procesos

concretos (bien es sabido que dicho dogmatismo las minusvaloraba cuando no las negaba). Engels decía así: «Yo no me considero inclinado a proponerles algo a ellos (a dichos constructores, DP) o a darles los

Estas ideas marxistas también tienen vigencia en nuestros días, pues está claro que en la realización de la perestroika, de la construcción del socialismo democrático, se han cometido y se están cometiendo serios



**L**OS fundadores de nuestra ideología habían estudiado atentamente el nacimiento y el desarrollo de la sociedad capitalista y, por otra parte, sabían que la significación del factor subjetivo en la nueva sociedad crecería sobremanera. Para ellos estaba claro que se cometerían muchos errores

correspondientes consejos» (8). Sin embargo, los dogmáticos de todos los tiempos siempre han estado dispuestos a ofrecer recetas y también a imponer su voluntad y criterio, porque, en definitiva, se sentían en posesión de la verdad absoluta.

Pero en eso de la construcción de la nueva sociedad no hay, ni puede haber, recetas válidas para todos los países y para todos los tiempos.

Los fundadores de nuestra ideología habían estudiado atentamente el nacimiento y el desarrollo de la sociedad capitalista y, por otra parte, sabían que la significación del factor subjetivo en la nueva sociedad crecería sobremanera. Para ellos estaba claro que se cometerían muchos errores. En la carta de Engels a Bebel (9-10/XI/1881), se dice que «se cometerá una masa de colosales errores, pues esto no se puede evitar». Esta constatación era, ante todo, un índice de su predisposición a criticarlos y a combatirlos y, asimismo, de que la sociedad del futuro deberá reunir las condiciones necesarias para que la lucha por la erradicación de dichos errores se pueda desarrollar sin obstáculos.

Por otra parte, hemos de reconocer que Marx y Engels no pudieron prever que los errores condujeran a los crímenes del estalinismo y de sus continuadores.

errores.

Al objeto de crear las mejores condiciones para el desenvolvimiento y el desarrollo del socialismo, los clásicos del marxismo abogaban por la autogestión. Para ellos se trataba de una cuestión de principio que había que aplicar tanto en la agricultura como en la industria y en la sociedad en general. Así, en su carta a uno de los dirigentes de la socialdemocracia holandesa, Nieuwenhuis, Engels escribe que la «libre autogestión debe ser nuestra mejor arma en la transformación del modo de producción» (9).

Se comprende que la idea de la autogestión estuviera relacionada con la de la cooperación de la producción. «En esto —dice el mismo Engels—, Marx y yo nunca hemos tenido dudas» (10). Y se apoyaba, claro está, en argumentos teóricos, pero también en la experiencia práctica de la Comuna de París, así como en la de los trabajadores alemanes que se organizaban en cooperativas para tratar de paliar la brutalidad de la explotación capitalista.

Las palabras citadas se entienden perfectamente si pensamos que para conseguir el éxito y evitar o minimizar la gravedad de los errores del socialismo era imprescindible que las amplias masas fueran las autoras del surgimiento y del desarrollo de la nueva socie-

dad, aplicando, de un modo concreto, la ley general que determina que la historia la hacen las masas.

En función de la autogestión y de la mencionada ley, hay que convenir que, en opinión de los clásicos, la libertad y la democracia son consustanciales con la naturaleza del socialismo, mientras que en el llamado socialismo real han predominado los métodos de orden y mando impuestos por una jerarquía que ignoraba tanto la autogestión como la participación, la libertad y

**A juicio de Marx y Engels, la democracia socialista tenía un antecedente: la lucha por la ampliación y desarrollo de la democracia en la sociedad capitalista, tarea que planteada así tiene una proyección estratégica nada desdeñable**

la democracia. Como es sabido, todas estas ideas están hoy en la base de las reformas y de las transformaciones que se llevan a cabo en la Unión Soviética.

Las tesis marxistas sobre la autogestión y la cooperación hablan muy a las claras que éstas no abogaban tan sólo por la estatalización, sino también por la socialización, que, por otra parte, no tenían por qué extenderse a la pequeña propiedad. Téngase en cuenta que Marx y Engels estudiaron el paso al socialismo no sólo de los países desarrollados, sino también de otros que no lo eran tanto, como Rusia, España, etcétera.

Al mismo tiempo, todo esto quería decir que el marxismo nunca había negado expresamente las relaciones mercantiles en la nueva sociedad no capitalista.

A juicio de Marx y Engels, la democracia socialista tenía un antecedente: la lucha por la ampliación y desarrollo de la democracia en la sociedad capitalista, tarea que planteada así tiene una proyección estratégica nada desdeñable.

Ellos consideraban que dicha lucha debía ser una tarea fundamental de la socialdemocracia de entonces e insistían en ello en más de una ocasión. Así, por ejemplo, en la carta que Engels dirige a Kautsky (28-IX-1881), se lee lo siguiente: «Para su lucha económica y para su organización, él (el proletariado, DP), como clase en lucha, necesita la libertad política y la igualdad, que se incrementan en la medida de sus éxitos».

A este respecto, cabe recordar los planteamientos

que Marx hace acerca de la importancia de la legislación laboral en el capítulo XIII del primer tomo de «El Capital». A su juicio, las libertades democráticas crean un ambiente más propicio para superar el fetichismo del capitalismo y, por lo tanto, contribuyen a que los trabajadores comprendan mejor la necesidad de luchar por sustituirlo. De esta manera, la lucha por la democracia se relaciona directamente con la lucha por la nueva sociedad.

Engels, por su parte, desarrolla de un modo concreto estas ideas en su introducción (1895) a la conocida obra de Marx «Las luchas de clases en Francia, de 1848 a 1850» (1850). Como se recordará, ensalza la significación del sufragio universal y de los métodos legales de lucha, llamando la atención sobre un hecho importante: estos métodos democráticos benefician más al proletariado que a sus enemigos de clase. No cabe duda de que todas estas ideas tienen un indudable valor de actualidad, en especial en los países capitalistas desarrollados.

Mucho antes, ya en 1851, Engels tiene muy claro que el socialismo no puede existir al margen de la democracia o en contra de ella. En una carta a Marx del 21 de agosto de dicho año, critica la tesis de Proudhon acerca de que, en el futuro socialista, el poder y la libertad serán incompatibles. Y dice así: «¡Qué diablos! Entonces, ¿para qué necesitamos el poder?». Eso es: ¿para qué sirve la lucha por la toma del poder si el socialismo debe empezar por suprimir las libertades conquistadas en el seno de la vieja sociedad? Esto sería (ha sido), en gran medida, un contrasentido histórico. En los años del estalinismo y del neostalinismo, las libertades habían sido recortadas o no existían, y esta situación reclamaba objetivamente un cambio radical al objeto de superar gravísimas contradicciones sociales.

Resumiendo, se puede decir que para los clásicos del marxismo está claro que la democracia socialista debe ser una ampliación y un desarrollo de las libertades democráticas alcanzadas en la sociedad anterior, que es lo que se está logrando con la perestroika, superando así las desviaciones del estalinismo y de sus seguidores.

El tema de la periodización del proceso de desarrollo del socialismo es uno de los temas políticos y teóricos más complicado y difíciles, puesto que requiere tener en cuenta el conjunto de los factores sociales y de las fuerzas que componen el vector que indica la orientación del movimiento social. Requiere, pues, que se estudie no sólo el grado de evolución de las fuerzas productivas, sino también de las relaciones de producción, amén del desarrollo del hombre y de la civiliza-

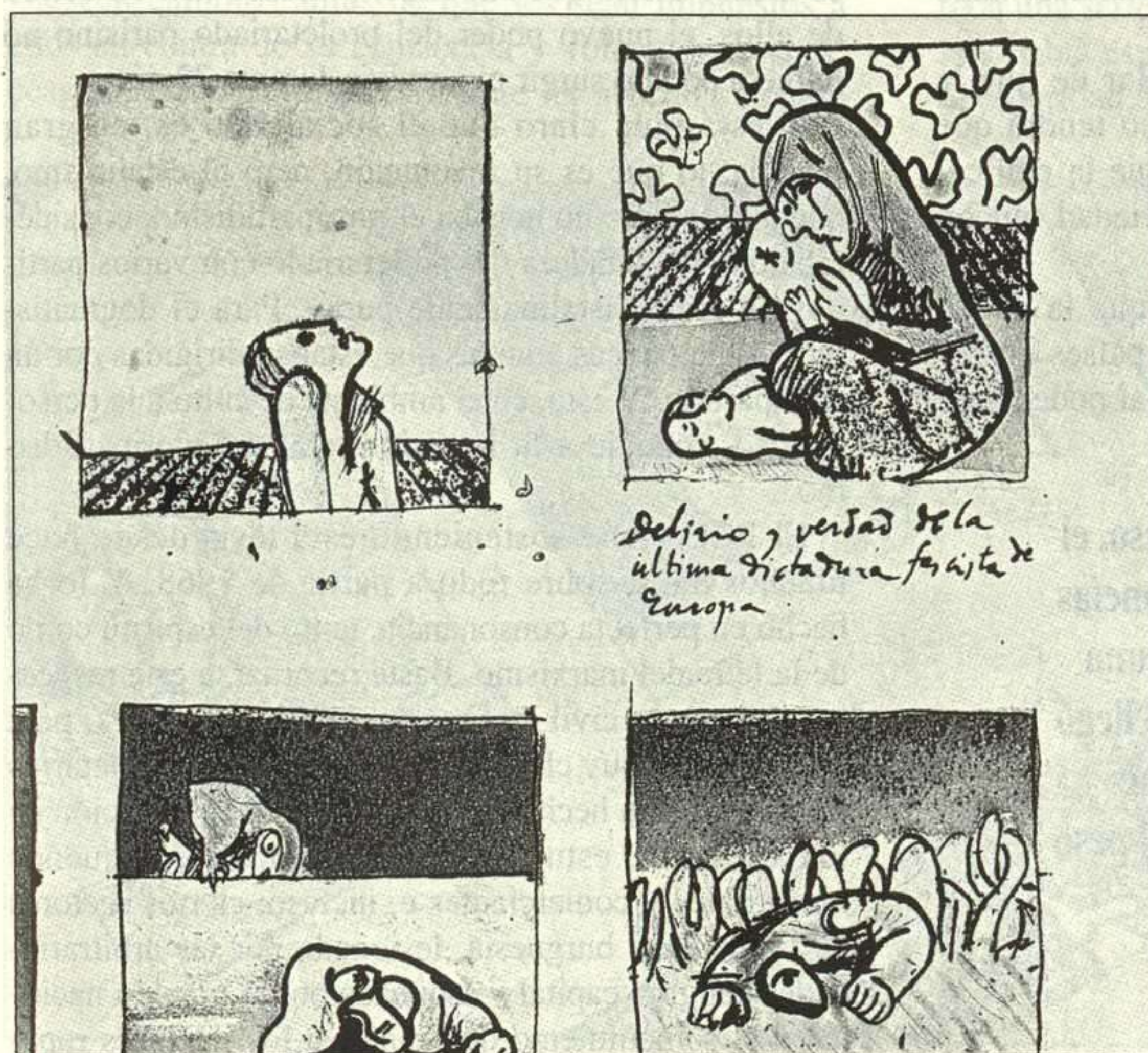
ción, con todo lo que ello supone de complejidad.

Por ello es comprensible que Marx y Engels señalaran únicamente que la nueva sociedad comunista pasaría por una primera etapa: la socialista. Pero no dijeron ni una sola palabra acerca de las fases por las que tendría que pasar dicha etapa. En cuanto a la segunda, la propiamente comunista, indicaron tan sólo sus rasgos más generales, sin entrar en detalles de ninguna clase. A este respecto, conviene recordar las siguientes pala-

Más tarde, en 1952, en su último trabajo dedicado a los problemas de la construcción del socialismo en la URSS, Stalin llegó a plantear, incluso, el paso al intercambio de mercancías suprimiendo el dinero, como una tarea no lejana. Sin embargo, no llegó a tardar el convencimiento de que tales afirmaciones se caían por el peso del subjetivismo que las había animado.

En 1962, ya con Kruschov a la cabeza de la dirección del país, se aceptó el postulado programático de

**P**ARA los clásicos del marxismo está claro que la democracia socialista debe ser una ampliación y un desarrollo de las libertades democráticas alcanzadas en la sociedad anterior, que es lo que se está logrando con la perestroika, superando así las desviaciones del estalinismo y de sus seguidores



bras de Engels: «Esta (la periodización, DP) es la cuestión más difícil de cuantas existen, ya que las condiciones cambian ininterrumpidamente» (11). Vuelve, pues, a plantear el problema de los hechos y procesos históricos concretos.

Sin embargo, fuerza es reconocer que el estalinismo de ayer y de hoy ha tenido predilección por el tema de la periodización. Podríamos recordar, por ejemplo, el discurso de Stalin en vísperas de las elecciones generales de 1947. En este discurso, el «corifeo» del marxismo, como se le llamaba por entonces, estableció los niveles de producción (500 millones de Tm. de carbón, 200 millones de Tm. de petróleo, 100 millones de Tm. de acero) que debía alcanzar la Unión Soviética para realizar el paso al comunismo. Ni qué decir tiene que esta concepción meramente cuantitativa era errónea, porque faltaba groseramente a la realidad histórica y al método, a los principios.

que, para 1980, en la URSS se crearía la base material y técnica del comunismo. En esta ocasión, ciertamente las previsiones fueron más modestas, pero pecaban de lo mismo: no tuvieron debidamente en cuenta los hechos y procesos del desarrollo histórico del país.

Se comprende que la nueva redacción del Programa del PCUS, aprobada en su XXVII Congreso, pasara por alto el tema de la periodización del socialismo, incluyendo, por cierto, la llamada etapa del «socialismo desarrollado», por no haber existido jamás.

Todos estos intentos de periodización del socialismo estaban determinados, desde el punto de vista teórico, por la interpretación dogmática de los saltos en el progreso social. Interpretación que, entre otras muchas cosas, perdía de vista que la sociedad no es un simple proceso histórico, sino precisamente histórico-natural. Esta segunda parte, en la que hacían hincapié los clásicos, se olvidaba y, tal vez, se siga olvidando todavía. Y

esto es lo que, en particular, tiene en cuenta Engels, cuando en 1890 escribe lo siguiente: «El camino de la realización de esta transformación (del modo de producción capitalista, DP) mañana mismo —se trata de su realización paulatina— yo no veo en absoluto ninguna dificultad» (12).

A decir verdad, estos planteamientos de los fundadores del marxismo habían sido ignorados o silenciados por el dogmatismo de ayer y de hoy y, sin embargo, tenían y tienen un gran valor de actualidad, tanto en lo teórico como en lo político.

Al tratar de periodización cabe hablar de que la construcción del socialismo democrático tendrá que ser un proceso largo, quizá más largo que la edificación del capitalismo, pues será una sociedad mucho más compleja.

Además, habrá que tener en cuenta que la nueva sociedad avanzará no sólo en aquellos países en los que las fuerzas socialistas hayan llegado al poder, sino

**S**TALIN llegó a plantear, incluso, el paso al intercambio de mercancías suprimiendo el dinero, como una tarea no lejana. Sin embargo, no llegó a tardar el convencimiento de que tales afirmaciones se caían por el peso del subjetivismo que las había animado

también en los países capitalistas, sobre todo desarrollados, hecho que no se tenía en cuenta por los dogmáticos de todos los tiempos. Se tratará de un proceso hartamente complejo, contradictorio, con victorias, pero también con reveses y derrotas. No todo será coser y cantar, como venía a decir la propaganda triunfalista del socialismo real.

En sus análisis sociológicos y políticos, Marx y Engels no pueden tener en cuenta un hecho innegable: el carácter pluralista de la sociedad e, incluso, del propio proletariado. Por eso, ya desde el «Manifiesto Comunista» abogaron por la unidad de la acción de las diferentes corrientes democráticas y socialistas. Entre otras cosas, eso es lo que quería decir su consigna: «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Más tarde, siempre insistieron en ello. En 1884, por ejemplo, Engels subraya que «él podría ir a un acuerdo con personas que no estén en posiciones enteramente revolucionarias y comunistas» (13).

La experiencia práctica de la Comuna de París era, a este respecto, una fuente de inspiración. Como es sabido, en ella se produjo una colaboración entre proudhonistas, blanquistas y marxistas, con la particularidad de que estos últimos estaban en minoría absoluta y, lógicamente, no fueron la fuerza dirigente del primer embrión del Estado socialista. Es cierto que los errores y las limitaciones de los proudhonistas y de los blanquistas incidieron en la victoria de Versalles. Pero no es menos cierto que sin ellos, y menos aún en contra de ellos, el nuevo poder del proletariado parisino no hubiera podido surgir ni pervivir durante 72 días.

Y está muy claro que el socialismo es, en gran medida, lo que es su revolución, pero el estalinismo, que al principio no negaba el pluripartidismo, consideraba que la dictadura del proletariado con varios partidos no era «cristalinamente pura». Para el dogmatismo, las auténticas eran las que estaban dirigidas por un solo partido. Y esto, en el ambiente de culto a la personalidad, condujo a la negación total del pluripartidismo.

El PCE viene sosteniendo esta tesis desde hace muchos años, sobre todo a partir de 1968. Y lo ha hecho en perfecta consonancia, tanto del espíritu como de la letra del marxismo. Baste recordar, a este respecto, «La guerra civil en Francia» (1871), de Marx, para quien estaba muy claro que la unidad de los proletarios parisinos había hecho posible la unidad en la acción de los artesanos, estudiantes, profesionales, pequeños industriales y comerciantes e, incluso, ciertos sectores de la mediana burguesía, lesionada por las arbitrariedades del gran capital y asqueada por la traición nacional y el sometimiento de Francia a los intereses rapaces de Prusia. No es casual que Marx prestara atención a este hecho en su citada obra.

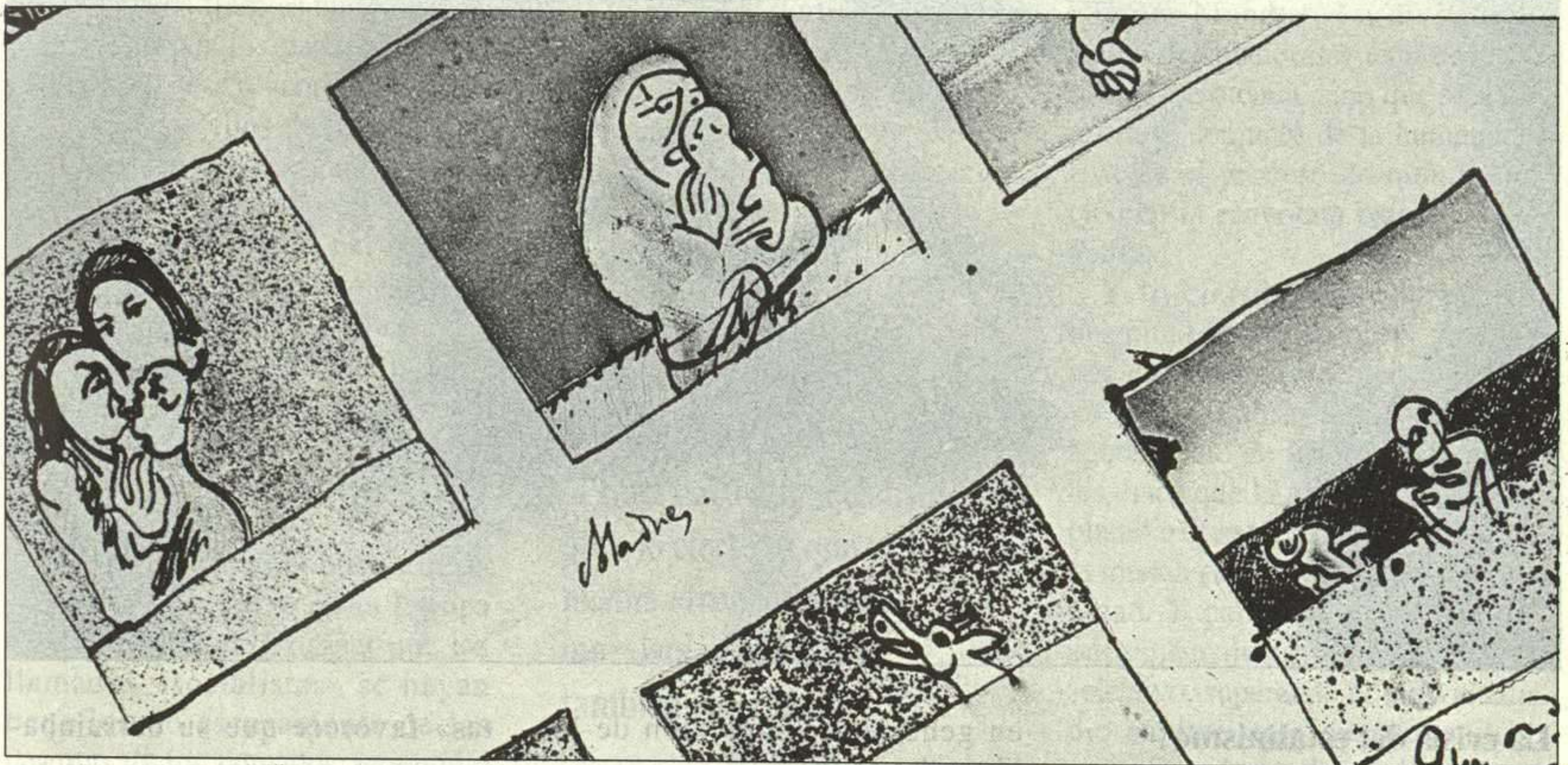
Y está muy claro que, en nuestros días, tiene un gran valor de actualidad, en particular, en Europa. En general, es posible que se pueda afirmar que, por causa del dogmatismo de ayer y de hoy, la experiencia de la Comuna parisina no esté suficientemente bien examinada y estudiada por amplios sectores de la militancia comunista y de izquierdas.

Según Marx y Engels, uno de los propósitos del socialismo debe ser el de desarrollar al proletariado. Propósito tanto más importante en los países deprimidos. En la mayoría de ellos, la evolución de la clase obrera es deficiente, en aspectos que no se pueden desdenar. Esto es perfectamente comprensible si, por una parte, nos fijamos en las dificultades objetivas de orden histórico y, si por otra, valoramos adecuadamente todo el alcance de las limitaciones que han supuesto las restricciones de la libertad y de la democracia.

En consecuencia, es comprensible que aún no se pueda decir que la conciencia está jugando todo su papel en el país de la perestroika. Y, sin embargo, ésta es una exigencia que debe distinguir a la nueva sociedad de la anterior.

Se dirá que la planificación ha existido y existe y que, en función de ella, se producen los cambios, pero, ya en los materiales preparatorios de «Anti-Düring», Engels considera que es necesario que los hombres «deseen cambios antes de que les sean impuestos a ellos en contra de su conciencia y voluntad» (14). Y, desgraciadamente, esto es lo que ha ocurrido cuando

simple vuelta a Marx y Engels. Pero es comprensible que nuestras concepciones arranquen del marxismo revolucionario que mantiene su vigencia en nuestros días. Y es que no pretenden ser más que la puesta al día de sus teorías, habida cuenta de la experiencia de los colosales cambios acaecidos en el mundo y de las peculiaridades específicas que, de una manera concreta, caracterizan a nuestros países. Más aún: en muchos casos son la recuperación y el desarrollo creador de toda una serie de tesis que el dogmatismo de ayer y de hoy había estado interesado en que se mantuvieran en la oscuridad del desconocimiento y del olvido. ■



**la construcción del socialismo democrático tendrá que ser un proceso largo, quizá más largo que la edificación del capitalismo, pues será una sociedad mucho más compleja**

se ha limitado la participación de los ciudadanos en la elaboración de los planes de desarrollo. Es decir, cuando se ha limitado la autogestión.

Todo esto está relacionado con la reivindicación constante de Marx y Engels de conseguir «la mayor claridad en las mentes» (15). Esta claridad es una garantía de la acción consciente que, en efecto, no se podría llevar a cabo mientras el pensamiento estuviera sujeto y atezado por las deformaciones dogmáticas de ayer y neodogmáticas de hoy. De ahí que se comprenda la extraordinaria significación e importancia de la llamada transparencia informativa (glasnot) que se ha impuesto con un éxito enorme en la Unión Soviética.

Las reformas que persiguen la construcción del socialismo democrático no son el resultado de una

## NOTAS

- La traducción y subrayados de las citas son del autor.
- (1) Ver «Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo» (1919).
  - (2) Ver «El imperialismo, fase superior del capitalismo».
  - (3) Marx y Engels, «Obras escogidas». Tomo 3, página 510.
  - (4) Ver «Obras escogidas». Tomo 3.
  - (5) Marx y Engels. «Obras Completas en ruso». Tomo 36, página 29.
  - (6) Id., t36, p. 363.
  - (7) Id., t32, p. 218.
  - (8) Id., t33, p. 537-538.
  - (9) Id., t36, 369.
  - (10) Id., t36, p. 361.
  - (11) Id., t37, p. 380.
  - (12) Id., t37, p. 380.
  - (13) Id., t20, p. 639.
  - (14) Id., t36, p. 199.
  - (15) Id., t36, p. 91.

# POR UN PARTIDO COMUNISTA LIBERTARIO

Rafael PLA LOPEZ (Miembro del Comité Central del PCPV)



## La crisis del estalinismo

**E**L derrumbamiento de los regímenes políticos de Europa del Este ha conmocionado al mundo entero, y de manera muy especial a aquellos que compartíamos con los dirigentes de esos regímenes el nombre de «comunistas».

La gran paradoja es que el término «comunismo», que para nosotros tiene un sentido de emancipación, en esos regímenes había llegado a ser sinónimo de opresión. Y que el comunismo, que para Marx significaba una sociedad sin clases y sin Estado, ha llegado a vincularse a sistemas basados en el control estatal sobre el conjunto de la vida social y económica, acompañado,

en general, de supresión de las libertades políticas.

Ciertamente, muchos comunistas de los países capitalistas llevamos décadas criticando duramente las deformaciones burocráticas y dictatoriales de esos regímenes, mucho antes de que se empezara a hablar de perestroika y comenzara su proceso de derrumbamiento. De modo que tanto por ello como por las formulaciones teóricas de Marx, podemos distanciarnos de dicho derrumbamiento negando que los regímenes que se han desmoronado en la Europa del Este fueran comunistas.

No obstante, el hecho de que dichos regímenes hubieran sido llamados desde fuera «comunistas» y gobernados desde dentro por partidos autodenominados «comunis-

tas» favorece que su derrumbamiento se presente como «el fin del comunismo», por lo menos en Europa.

Por otra parte, las críticas de los comunistas «occidentales» a esos regímenes se han centrado predominantemente en su deformación burocrático-dictatorial, salvando la naturaleza socialista de los mismos. Pero lo que ha entrado en crisis no es solamente dicha deformación burocrático-dictatorial, sino también el estatalismo de dichos regímenes: los mismos defensores de la perestroika en los países de Europa del Este que propugnan el socialismo critican duramente el socialismo de Estado preexistente.



## La tradición social-comunista

Pero el estatalismo pertenece al núcleo de la tradición marxista: eran Marx y Engels, y no Stalin ni Lenin, quienes propugnaban en el «Manifiesto del Partido Comunista» «centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante».

De hecho, el estatalismo centralizador que se deriva de la primera parte de dicha frase es una tradición compartida por los partidos llamados «socialistas» y «comunistas»: la división entre ellos producida después de 1917 no afecta tanto el estatalismo genérico como a lo que se deriva de la segunda parte de la frase (la dictadura del proletariado, no asumida por los llamados «socialistas» y convertida por los llamados «comunistas» en el poder en dictadura del partido, luego de su «aparato» y finalmente de su secretario general).

Por ello, y en el contexto de la crisis del estatalismo en la Europa del Este, no es de extrañar que los llamados «socialistas» se hayan beneficiado escasamente de las derrotas de los llamados «comunistas»: de hecho, los principales beneficiarios de estas derrotas parecen estar siendo los que propugnan fórmulas liberal-capitalistas, sustituyendo el Estado por el mercado a través de la privatización de la economía.

En estas condiciones, es ilusorio pensar que la salida a la crisis del comunismo puede ser la vuelta al «tronco común» de la Internacional Socialista, pues lo cierto es que el mismo «tronco común» marxista se encuentra también en crisis. Y que la mayor parte de los componentes de esa Internacional Socialista han buscado la «salida» a su crisis a través de la «rendición» ante el adversario capitalista, renunciando a aca-

bar con la propiedad privada de los medios de producción colectivos y contentándose con reformas parciales que no cuestionan la esencia del capitalismo, o incluso asumiendo la ideología liberal-capitalista que convierte en ídolos al mercado y a la «libre competencia», camino que también parecen dispuestos a recorrer una parte de los llamados «comunistas» del Este de Europa.

Lo paradójico es que cuando desde la Europa del Este a la «beautiful people» en partidos llamados «socialistas» se sacraliza el libre mercado, ésta ha dejado de existir en el capitalismo realmente existente: por un lado, la concentración

**E** S ilusorio pensar que la salida a la crisis del comunismo puede ser la vuelta al «tronco común» de la Internacional Socialista, pues lo cierto es que el mismo «tronco común» marxista se encuentra también en crisis.

monopolista a nivel nacional e internacional constriñe fuertemente la «libre iniciativa empresarial»; por otro lado, el mercado y los precios, incluso en los EE.UU., están fuertemente condicionados por el sector público y las decisiones gubernamentales. Y a nivel internacional las relaciones mercantiles entre países ricos y pobres, bajo el control de las grandes multinacionales, se realizan mediante un intercambio desigual de productos industriales por materias primas, esquilmando los recursos de éstas.

De este modo, en el mundo actual no sólo continúa la explotación de los trabajadores asalariados por sus patronos, sino que la mayo-

ría de los países son expoliados por las multinacionales capitalistas, y si la explotación dentro de la empresa puede ser más o menos dura o dulcificada según los casos, el salvajismo de la explotación internacional está provocando gravísimos desequilibrios económicos y ecológicos, con una intensa transferencia de recursos de los países pobres a los países ricos, una «deuda externa» impagable y la extensión del hambre y de la miseria en el llamado «Tercer Mundo». La división en clases explotadoras y explotadas no sólo no se atenúa, sino que se generaliza al conjunto de la humanidad. Este es el proceso de mundialización de la economía bajo el capitalismo.

Y lo cierto es que la enorme magnitud de los sistemas productivos en el mundo actual, en el que ya se vislumbra la posibilidad de agotamiento de los recursos naturales, hace que la solidaridad a escala planetaria sea imprescindible para la misma supervivencia de la humanidad. Y para ello es necesario la adopción de un punto de vista selectivo, superando el individualismo capitalista y sustituyendo la competencia y el enfrentamiento entre individuos, grupos y clases sociales por un esfuerzo común que aúne a toda la humanidad.

En estas condiciones, es vital seguir reivindicando la dimensión comunista, solidaria, de nuestra alternativa por una humanidad sin clases, dentro de una tradición que proviene de Marx en el siglo pasado, pero que tiene sus raíces en el pasado remoto: la definición de comunismo se contiene ya en los «Hechos de los Apóstoles», como descripción de las comunidades cristianas primitivas («Y todos cuantos creyeron vivían unidos, y tenían todo en común (...) y lo distribuían entre todos según la necesidad de cada uno», He 4, 32-35).

Llamarse comunistas significa actualmente reiterar nuestra voluntad de terminar con un capitalismo explotador con los trabajadores, colonialista con el Tercer Mundo y depredador con la naturaleza, que malbarata el futuro de la humanidad en provecho miope de una minoría.

Y es importante deslindar clara-

dad, no para entregarlos a otra minoría de burócratas. Y viceversa: se trata de socializar los medios de producción estatalizados, no de privatizarlos, como propugnan los adalides del «libre mercado» en la Europa del Este: se trata de arrancarlos de manos de una minoría de burócratas para recuperarlos para la

con la misma fuerza que la enajenación capitalista de los frutos del trabajo y de los recursos naturales.

Nuestro comunismo no debe identificarse mecánicamente con un leninismo ni con un marxismo asumiendo los ideales emancipadores de Marx y de Lenin, reivindicando cuanto en ellos hay de revoluciona-

**L**AMARSE comunistas significa actualmente reiterar nuestra voluntad de terminar con un capitalismo explotador con los trabajadores, colonialista con el Tercer Mundo y depredador con la naturaleza, que malbarata el futuro de la humanidad en provecho miope de una minoría..Y que el comunismo, que para Marx significaba una sociedad sin clases y sin Estado, ha llegado a vincularse a sistemas basados en el control estatal sobre el conjunto de la vida social y económica, acompañado, en general, de supresión de las libertades políticas



mente el comunismo que propugnamos del estatismo, cuyo fracaso en Europa se ha hecho patente: se trata de socializar los medios de producción colectivos, no de estatizarlos. Se trata de arrancarlos de manos de una minoría de capitalistas para recuperarlos para la socie-

sociedad, no para entregarlos a otra minoría de capitalistas.

Nuestro comunismo no sólo debe abominar de cualquier dictadura, aunque se llame del proletariado, sino que debe rechazar la misma centralización estatal (por mucho que la propugnara Marx)

rio, manteniendo los principios políticos que les llevaron a luchar radicalmente contra el capitalismo, debemos ser capaces de criticar abiertamente aquéllas de sus propuestas que se han mostrado caducas, que no eran avance de un mundo nuevo, sino residuos del

mundo viejo que queremos superar.

### La tradición libertaria

Para ello debemos reencontrar las raíces de la lucha por la emancipación de los trabajadores, las raíces en las que marxistas y bakuninistas compartían esencialmente el objetivo final de una sociedad sin clases y sin Estado.

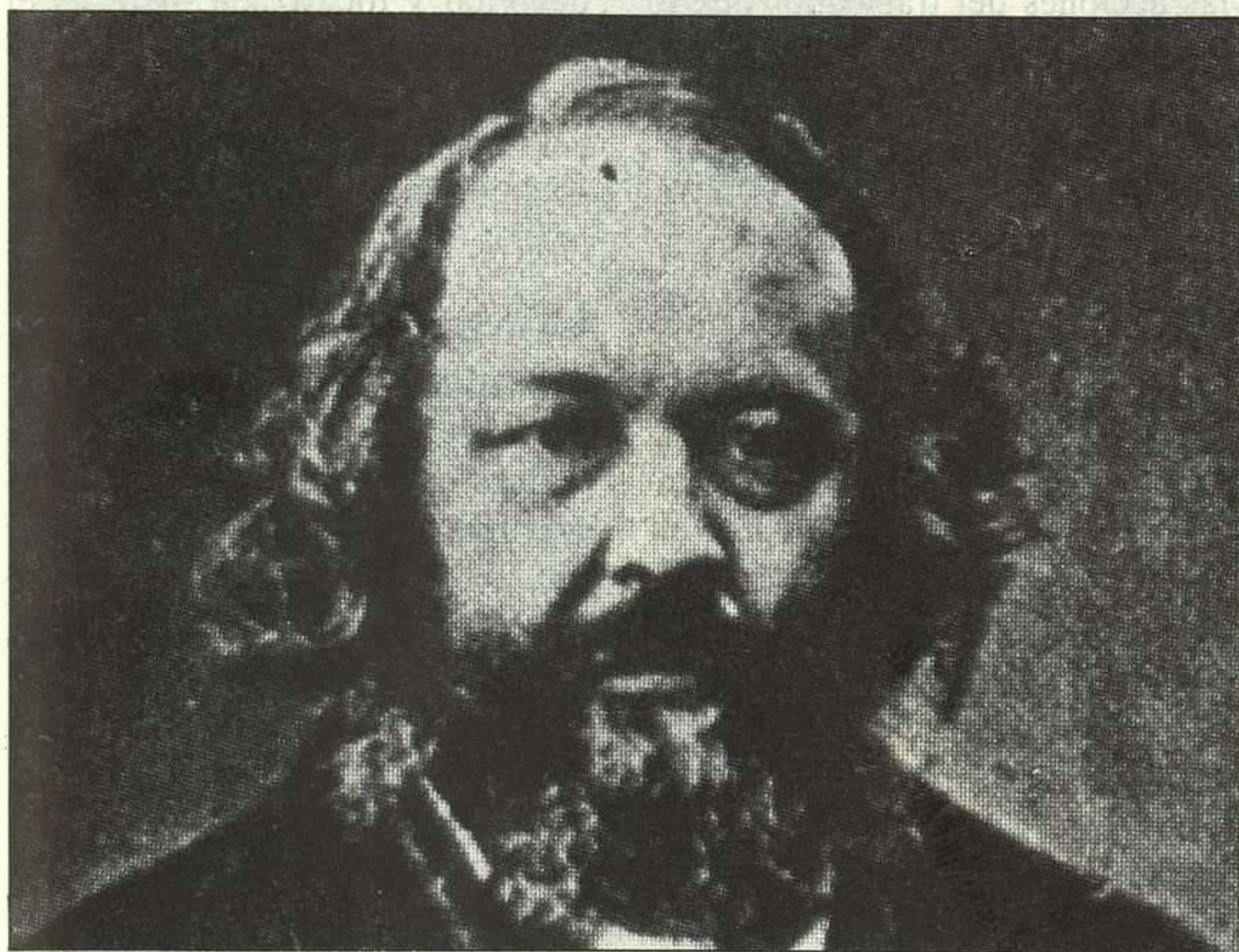
Ya en el «Manifiesto del Partido Comunista» de 1848 Marx y Engels planteaban como objetivo último «una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será

ciación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueda y al hacha de bronce».

Pero si marxistas y bakuninistas coincidían esencialmente en el objetivo final, divergían en el camino para alcanzarlo: en el caso de los marxistas, el camino hacia el Reino de la Libertad pasaba por una restricción transitoria de la misma, el camino hacia la desaparición del Estado pasaba por un Estado reforzado. Los marxistas se denominarían

neamente al fin del capitalismo, mientras que los marxistas confiaban en la extinción de un Estado construido sobre el derrocamiento del capitalismo.

Hoy en día, podemos considerar superada por la historia dicha polémica entre Marx y Bakunin: en la realidad histórica, el capitalismo ha sido suprimido en un conjunto de países y tras él el Estado ni ha sido abolido ni llevaba trazas de extinguirse, sino que ha adoptado formas despóticas hasta llegar a desmoronarse en la actualidad. Pero dicho desmoronamiento amenaza condu-



la condición del libre desenvolvimiento de todos». En un trabajo de 1873 dedicado a criticar el antiautoritarismo, Engels reafirma que «Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social» («De la autoridad»). Y en «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado», de 1884, el mismo Engels remacha que «La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una aso-

an «socialistas» o «comunistas», haciendo hincapié con esta denominación en la dimensión colectivizadora e igualitaria de su movimiento y dejando en segundo plano la dimensión libertaria de su objetivo final. Y justo al contrario, los bakuninistas se denominarían anarquistas, haciendo hincapié en su mismo nombre en la negación del Poder del Estado y dejando en segundo plano la dimensión colectivista. Si unos y otros aspiraban a la desaparición del Estado, los bakuninistas propugnaban su abolición simultá-

**D**EBEMOS reencontrar las raíces de la lucha por la emancipación de los trabajadores, las raíces en las que marxistas y bakuninistas compartían esencialmente el objetivo final de una sociedad sin clases y sin Estado.

cir, no a una «asociación libre de productores iguales», sino al retorno del capitalismo.

Frente a dicho despotismo burocrático, comunistas «occidentales» hemos revalorizado la Libertad, no con el carácter instrumental del «Libertad, ¿para qué?» de Lenin, sino como un valor intrínseco de la sociedad a la que aspiramos. Pero, de la misma forma que Engels advertía (en el prefacio a la edición alemana de 1890 del «Manifiesto del Partido Comunista») que «el socialismo representaba en 1847 un

movimiento burgués; el comunismo, un movimiento obrero», actualmente hay que señalar que el movimiento liberal es igualmente un movimiento burgués, mientras que el libertario corresponde a una tradición obrera.

Y es importante entroncar con dicha tradición libertaria en áreas de que al fin del estatismo no sea un paso hacia atrás, sino un paso hacia adelante, hacia los ideales emancipadores de la Primera Internacional.

**S**I el desarrollo de la producción colectiva con la gran industria permitía a Marx y Engels hablar del paso del socialismo utópico al científico, la Revolución Científico-Técnica permite hablar del paso del anarquismo utópico al científico.

### El final de la utopía

Y la cuestión a dilucidar es en qué medida dichos ideales emancipatorios son actualmente utópicos: ¿Estamos persiguiendo un fantasma, un simple sueño? ¿Estamos enarbolando una vieja bandera sin ninguna relación con la realidad actual?

Para responder a dicha pregunta hay que analizar en primer lugar las condiciones técnicas objetivas en las que se desenvuelve, o puede desenvolverse en el próximo futuro, la vida social.

Pues lo cierto es que, con el maquinismo propio de la revolución industrial, el trabajador deviene un apéndice de la máquina, con lo que su emancipación efectiva era inviable; por mucho que se proclamara el trabajador propietario colectivo de sus medios de producción, se

encontraba maniatado en su capacidad de decisión por las condiciones técnicas de su trabajo, determinado por la máquina más que por su propia habilidad. Ello creaba condiciones objetivas para que la socialización de la propiedad se limitara en buena medida a sustituir al capitalista por el burócrata.

No obstante, con la Revolución Científico-Técnica y la introducción de los ordenadores, las cosas pueden empezar a cambiar: el ordenador es un instrumento de uso múltiple, cuya utilización depende en buena medida de la capacidad y de las acciones del trabajador que lo maneja; de esta manera, las limitaciones no vienen dadas tanto por el instrumento en sí como por la formación del trabajador y las condiciones sociales en las que desenvuelve su actividad: es el control por el capitalista o el burócrata, y no la predeterminación por el instrumento, lo que restringe principalmente su libertad.

De este modo, en la medida en que se extiende la Revolución Científico-Técnica se van creando las condiciones técnicas para que los trabajadores se emancipen de capitalistas y burócratas, asumiendo el protagonismo colectivo de su propia actividad. La emancipación deja de ser una utopía desde un punto de vista técnico, para convertirse exclusivamente en un problema político y económico.

A partir de este punto, el desarrollo colectivo de la civilización puede y debe dejar de asentarse sobre la represión de los individuos para apoyarse en el pleno desenvolvimiento de su personalidad. Y movimientos emancipatorios como los pacifistas antimilitaristas, feministas y de liberación sexual, o nacional-populares, con un fuerte contenido antiautoritario, antipatriarcal y antiestatal, encuentran una nueva base objetiva para su acción;

es, en este sentido, que se puede hablar de novedad de dichos movimientos, aunque entronquen en antiguas tradiciones de lucha liberadora.

Así, si el desarrollo de la producción colectiva con la gran industria permitía a Marx y Engels hablar del paso del socialismo utópico al científico, la Revolución Científico-Técnica permite hablar del paso del anarquismo utópico al científico.

Sabemos que la Revolución Científico-Técnica, tal como la hemos descrito, es todavía embrionaria y se desarrolla de forma muy desigual y localizada; pero es el camino del futuro, que nos permite hablar, parafraseando a Marcuse, del final de la utopía y el comienzo de la lucha por la emancipación posible.

### La organización que necesitamos

Pero la emancipación posible sólo podrá llegar a ser real organizándonos para luchar por ella, sin perjuicio de que la izquierda real, transformadora, busque las vías más amplias y flexibles posibles para coordinarse y actuar unida por objetivos parciales o más inmediatos, como ocurre en España en Izquierda Unida.

Habrán quienes estén por una colectivización y no se planteen la plena desaparición del Estado; habrá quienes propugnen el fin del Estado y tengan reservas sobre una completa colectivización; habrá quienes se planteen la liberación en un ámbito nacional y dejen en segundo plano la emancipación del conjunto de la humanidad; habrá quienes, en fin, se contenten con reformas parciales que mejoren las condiciones de vida de los trabajadores y el pueblo sin cuestionarse la esencia de la explotación y la opresión. Todos ellos tienen un papel

que jugar dentro de una izquierda unida. Pero los que estamos por la plena emancipación en una humanidad sin clases y sin Estado, sin capitalistas ni burócratas, debemos agruparnos como partido para actuar colectivamente en el seno de la izquierda, de los trabajadores y del pueblo.

Pero nuestro colectivismo, que

y actúen unidos en todos los ámbitos y a todos los niveles de la sociedad, tomando autónomamente sus decisiones en cada uno de dichos niveles.

Este partido puede ser el Partido Comunista. Pero llamarse comunista a secas es insuficiente. Y no sólo porque el término «comunismo» haya sido identificado con el estata-

Se ha hecho ya habitual adjetivar como democrático al socialismo que propugnamos, precisamente para distanciarse del estatalismo dictatorial; así, hablan de «socialismo democrático» desde los socialdemócratas, que frente al socialismo estatalista se conforman con un capitalismo humanizado, hasta los burócratas reciclados del estatalis-



**La gran paradoja es que el término «comunismo», que para nosotros tiene un sentido de emancipación, en esos regímenes había llegado a ser sinónimo de opresión.**

nos hace comprender la necesidad de actuar unidos, evitando la dispersión de esfuerzos, no debe ser autoritario. No debe conducirnos a un centralismo que anula la autonomía de las partes, subordinándolas mecánicamente al todo. Necesitamos un partido organizado sobre la base de un federalismo democrático, cuyos miembros reflexionen y debatan libremente

lismo en crisis, sino porque dicho término no expresa la dimensión libertaria, de lucha contra toda forma de opresión, de nuestros ideales emancipatorios. Y esta dimensión resulta hoy día crucial para resaltar que defendemos un colectivismo no estatalista, basado no en la represión de la libertad individual, sino en su «libre desenvolvimiento».

mo socialista, que pretenden mantenerlo bajo formas democráticas. Por el contrario, los que somos comunistas y libertarios queremos terminar con cualquier explotación capitalista, aunque esté humanizada, y con cualquier opresión estatal, aunque tenga formas democráticas. Por ello, nuestro partido debería llamarse Partido Comunista Libertario. ■

# GAVRILOV Y SU ARTICULO «¿CON MARX O SIN EL?»

Gabriel FERNANDEZ CASTAÑO

**G**AVRILOV nos propone, en su artículo «¿Con Marx o sin él?» reflexionar acerca de una nueva crisis del marxismo, abierta con el estrepitoso hundimiento de los regímenes denominados del «socialismo real», en el Este de Europa y que se reclamaban de él, así como de los partidos que detentaban el poder en esos países.

Como claves de reflexión avanza tres o cuatro ideas importantes y que desde luego me parecen acertadas. Es cierto que Marx, igual que cada cual, pertenece a su tiempo y que desde este punto de vista su obra está marcada históricamente y por eso sufre de relatividad. Su época es la de una coyuntura en Europa, estrechamente vinculada al auge del capitalismo, marcada por la aceleración de la constitución de las ciencias fundamentales, tanto naturales como sociales, cuyo desarrollo las conduce entonces a centrarse en los aspectos universales del campo que abarcan sin ser ocultados por particularismos. Algo parecido ocurre entonces en el área sociopolítica de esos países con el estallido de la contradicción entre los valores universales proclamados por la burguesía y el particularismo de sus intereses.

También es verdad que surgieron nuevos problemas imprevisibles en sus formas concretas, y que obligan a completar, a cuestionar lo que Marx dejó escrito, sus previsiones y profecías. Los eventos a los que nos referíamos parecen efectivamente no haberlas confirmado.

Tanto como la pluralidad política de la alternativa al sistema en los países del capitalismo desarrollado es condición de su vigencia, parece que también han de ser plural los aportes a la «idea socialista». Si para el marxismo esa pluralidad es más problemática, ya que sus fuentes, como lo señala Gavrillov, lo son, lo que sí es cierto es que ha de experimentar una evolución, quizá «... similar a la que recorrió la física de Newton a Bohr».

Mas si esas ideas son acertadas y evidentes, pese a que hemos de guardarnos de las evidencias, me parece que no están exentas de confusión. Vayamos, por ejemplo, con el tema de la crisis del marxismo. Es necesario precisar lo que así se entiende. Desde el punto de vista de la dialéctica, la crisis es un momento revelador, y hasta decisivo, del desarrollo de contradicciones, en el que se enfrentan dos tendencias, una antigua y otra nueva, hasta que una termine por vencer. Movimiento temporal que marca la irreversibilidad. Hablar de crisis es, pues, plantear el estudio concreto de las contradicciones concretas y de su movimiento histórico.

Una de las contradicciones de la actual crisis es la que existe entre la relatividad o historicidad del marxismo y lo que en la filosofía marxista es verdad invariable. Gavrillov

aborda esta contradicción, aunque me parece hacerlo de manera unilateral por el polo de la relatividad. Apuntar esa relatividad no equivale a negar la verdad objetiva, sino a estudiar y conocer las condiciones históricas en las que nuestro conocimiento alcanza o se aproxima de los límites de esa verdad. Los acontecimientos del 89-90 impiden, por ejemplo, seguir pensando la apropiación de los medios de producción y de cambio o la conquista del poder político por la clase obrera como lo hacían Marx y luego Lenin. Pero es cierto que el trabajo para emanciparse ha de terminar con la apropiación privada y que esa emancipación se hará mediante una resolución política porque cualquier resolución social en una sociedad de clases toma la forma de una revolución política. Ahora, ¿insurrección y dictadura del proletariado o revolución-proceso? Para los países del capitalismo desarrollado la respuesta no es dudosa.

Pero no se agota así el tema, porque los consiguientes desarrollos de la parte propiamente científica del marxismo afectan naturalmente la filosofía marxista. Sin embargo, las categorías y principios de la filosofía marxista —materia, movimiento, contradicción, o el principio del materialismo filosófico— constituyen un núcleo de verdad invariable, pese a que también estén sometidos a movimiento, pero a un ritmo muy desigual según las categorías, y ciertamente ultra lento comparado al de las ciencias. Aunque parezca paradójico, este núcleo invariable es histórico, y es más: por ser histórico puede ser invariable —lo que descalifica una concepción transhistórica de lo invariable que podría suscitar esta reflexión. Es histórico de dos maneras: como resultado de miles de años de historia de la filosofía, y lo es porque esta invariancia ha de ser mantenida y reproducida a través de las variaciones incesantes del saber y su experimentación en circunstancias inéditas. En definitiva, esta invariancia es lo contrario de una permanencia fijada. De manera que podemos decir que la filosofía marxista es objetivo de desarrollo histórico, pero que ese desarrollo se hace en torno a un núcleo esencial, que en sí no tiene historia porque ese núcleo o principios —contrario del dogma, pura afirmación de fe editada por una autoridad— es la traducción teórica del análisis crítico de los vínculos universales entre el pensamiento y el ser, tan constante como ellos.

En este sentido, es acertada la propuesta de Gavrillov de insistir en el desarrollo del marxismo, sin dejar al margen ninguno de los aportes que después de Marx constituyen lo mejor del pensamiento humano. Pero aquí se insinúa otro motivo de confusión, y es que «al marxismo (...) le espera aún recorrer un camino similar al que recorrió la física de

Newton a Bohr». Con lo que se sugiere que el marxismo sería una ciencia. Pero si es una ciencia, ¿cuál es su objetivo? El peligro es contestar que su objeto son las ciencias particulares, lo que consagra el marxismo ciencia de las ciencias y conduce directamente al estalinismo en la teoría y a las dramáticas consecuencias conocidas. Desde luego, esta confusión tiene una base objetiva y es que el marxismo como lo apuntábamos anteriormente, además de ser una filosofía, también se compone de elementos propiamente científicos: concepción de la historia, de la economía, del socialismo. Sin embargo, la filosofía marxista no pretende «generalizar» el saber científico, porque su materia no es ese saber, sino su modo de elaboración teórica, su forma lógica y gnoseológica. O sea, que desde ese punto de vista no puede recorrer el camino de la ciencia, ya que la ciencia trabaja con conceptos y la filosofía con categorías. Los conceptos generalizan las propiedades de una cosa desde el punto de vista de la ciencia que la estudia, excluyendo todo aquello que no es pertinente para su estudio. Para ser operatorio no puede dejar sitio a la parte inconcebible de la realidad que aún desconoce. Si se manifiesta esa parte, confirmando y negando simultáneamente las propiedades recogidas en el concepto, surge la crisis, y ha de volverse a elaborar el concepto. Este fue el camino de la física. Pero las categorías definen su objetivo por su vínculo con el sujeto, vínculo de alta perennidad en su esencia si no en sus interpretaciones, y prescindiendo de toda particularidad objetiva, son portadoras de la mayor generalidad de lo que deseamos decir o hacer en su nombre. Por eso son capaces de acoger todas sus formas, incluso las inéditas, oponiéndose a la tendencia del concepto a excluirlas: aquí radican su función crítica y la razón de su perennidad. El camino que ha de recorrer es de una naturaleza diferente. Por ejemplo, la física ha debido de volver a elaborar su concepto de materia en torno al problema del tiempo y de la reversibilidad/irreversibilidad, ya que el tiempo absoluto no permitía modelizar la irreversibilidad. La categoría marxista de contradicción contenía las determinaciones de no antagonismo/antagonismo, aunque no en forma explícita y tan desarrollada hasta que tanto los problemas del «socialismo real» o el movimiento de las ciencias naturales y sociales hayan obligado a filósofos marxistas a volver a trabajar estas determinaciones.

Los acontecimientos a los que nos referíamos al principio han confirmado la inepticia de esta confusión que mantenían numerosos dirigentes de esos países. También confirmaron la necesaria actualización de todos aquellos elementos científicos del marxismo a los que nos referíamos, pero no resultan ser una invalidación de la filosofía marxista, e incluso puede decirse que son más bien una confirmación de su capacidad en distinguir las tendencias de los procesos. De hecho, en los escritos de Marx, según los expertos, se encuentran bien pocas previsiones o profecías y ciertamente infinitamente menos que las que en su nom-

bre se hicieron. En cambio, lo que es comprobable en esos textos es la capacidad de descubrir en medio de la diversidad histórica las contradicciones más esenciales, las que revelan la unidad de todos los contrarios, el sentido de los sinsentidos, la salida de ese laberinto y que permiten pensar esa realidad contradictoria y evolutiva en su totalidad. Es la dialéctica materialista.

Sin embargo, lo que sí ha de recorrer el camino de la física es la concepción de la economía y del socialismo, hasta volver a encontrar el vínculo teórico y práctico con el comunismo y su perspectiva que tanto los acontecimientos del Este de Europa como las condiciones de vida en los países del capitalismo desarrollado y aún más las vergonzosas condiciones ya no de vida sino de muerte del Tercer Mundo —bochornoso revés de nuestro propio sistema— ponen como nunca al orden del día como respuesta al viejo desorden mundial.

Estas consideraciones quizá parezcan demasiado alejadas de lo real. Pues todo lo contrario, tienen implicaciones prácticas inmediatas. Por ejemplo, a la hora de valorar la situación histórica en la que nos hallamos y darle un segundo impulso a la lucha transformadora de esta sociedad en la vivimos. Desde luego, las condiciones políticas tanto objetivas como subjetivas son más difíciles desde que se hundieron estrepitosamente los regímenes comunistas. Pero este hundimiento no es sino la manifestación de la necesidad de la liberación del trabajo, del libre desarrollo del individuo, necesidad a la que en condiciones diferentes estamos también confrontados. No se ve en esto que haya vencido el capitalismo ni que inicie una nueva fase de su desarrollo. Es un recurso más que encuentra en su camino. Pero para quien toma en serio la dialéctica materialista, bien sabe que su esencia no ha cambiado, de manera que si el capitalismo tiene recursos no tiene porvenir. Significa esto que las fuerzas políticas cuyo programa es conservar o sólo reformar ese régimen también lo tienen difícil porque van a contrarriorrente de las tendencias profundas. Pienso que la dialéctica ha de ayudar al partido a proponer un programa ambicioso, no desde una posición de retroceso, sino desde una posición que sin ocultar nada de las dificultades, muchas de ellas nuevas, sea percibida por cada individuo como ofensiva, creando así las condiciones objetivas para la apropiación subjetiva de la necesidad transformadora. Desde luego, confeccionar un programa que tenga como perspectiva concreta la del comunismo puede parecer una utopía. Pero, sin embargo, no deja de ser también la conclusión del análisis dialéctico de las contradicciones actuales de nuestro sistema llevadas hasta el final. Y al que asusta esa utopía podríamos decirle: «¿Radica la utopía en la grandeza de los objetivos comunistas a la medida de nuestra historia o en los límites subjetivos de la mirada demasiado rutinaria con que se los ve?». En definitiva, es posible dar la vuelta a la pregunta de Gavrilov, ¿Sin Marx o con él?, para contestar: con él más que nunca de manera creadora. ■

# LA UTOPIA DE DON QUIJOTE

Adolfo SANCHEZ VAZQUEZ



I. Aunque toda creación literaria hunde sus raíces en el suelo nutricio de la sociedad de su tiempo, muestra siempre la capacidad de dialogar con los lectores de otras sociedades y otros tiempos. Por ello, puede responder a sus preguntas en un interrogatorio inagotable. Pero las preguntas, para que puedan ser contestadas, tienen que estar dirigidas a la obra misma; es decir, a un objeto que, una vez producido, adquiere una vida propia y, por ello, sobrevive a —y se independiza de— la vida de su autor. En nuestro caso, la obra a la que ahora nos proponemos interrogar es «**Don Quijote de La Mancha**», y nuestra pregunta se dirige no a lo que su autor se propuso poner en ella, sino a lo que encontramos —como lectores— en la obra. Distinguimos, por lo tanto, entre las ideas encarnadas, formadas en la obra, y las ideas que el autor pretendió encarnar o formar. O también: entre sus intenciones y propósitos —si es que tenemos acceso a ellos— y sus resultados.

La historia de la literatura nos ofrece ejemplos aleccionadores de obras cuyas ideas se encarnan en ellas «a pesar de» o «contra» las intenciones o propósitos de su autor. Baste citar, en este punto, los casos ejemplares de Balzac y Tolstoy. Y ello incluso aunque el autor manifieste expresamente sus intenciones, como hace Cervantes al declarar en el párrafo final de «**Don Quijote**» que «no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería». Ahora bien, es la obra misma y no el propósito declarado de su autor la que ha de decirnos si toda la riqueza y universalidad de «**Don Quijote**» cabe en la nuez de la parodia de un género literario que ya había caducado en su tiempo.

II. Si es la obra la que tiene que responder, hay que destacar el número abrumador de preguntas que se han hecho a la obra de Cervantes y de respuestas que se han encontrado en ella. Detengamos nuestra atención, dentro de este océano diverso e inagotable, en dos de ellas. Una es la de Heine, el poeta romántico amigo de Marx, quien pregunta por el significado de la locura de Don Quijote. Y lo encuentra en «querer introducir demasiado pronto el porvenir en el presente». Es, en verdad, la pregunta del romántico que se siente a disgusto en la sociedad prosaica de



su tiempo y al que le preocupa —como a su amigo el revolucionario Marx— el porvenir que ha de desplazar al presente. Nuestro segundo ejemplo es Unamuno, este angustiado vasco al que tanto le duele España, el que pregunta. Y pregunta precisamente por el ser de España y lo encuentra —como respuesta en ella— en el quijotismo como hambre de inmortalidad.

Las preguntas de Heine y Unamuno forman parte de la interminable lista de ellas que, desde diferente altura de los tiempos, en diversas sociedades y desde perspectivas ideológicas distintas, se han hecho a la obra de Cervantes. Ahora bien, estas preguntas, para que puedan ser contestadas, no han de ser arbitrarias o simple proyección del sujeto que las hace. Tiene que darse en la obra misma, en su organización interna, la posibilidad de la respuesta. De no ser así, la pregunta quedará en el aire.

**III.** Y nuestra pregunta es la siguiente: ¿podemos leer la novela de Cervantes como una utopía? La pregunta tiene sentido, a nuestro juicio, porque Don Quijote es, a lo largo de ella, un hombre de acción. Pues bien, si es así, cabe preguntar: ¿qué es lo que le mueve a aventurarse o actuar? ¿Qué valores o ideales le impulsan? ¿Y cómo actúa? Y nuestra respuesta, que habrá de argumentarse desde ahora, es: lo que le mueve a actuar es una utopía, y su comportamiento práctico, su modo de realizarla, es utópico. Pero, no apresuremos el paso.

Decíamos anteriormente que si la pregunta mira, ante todo, al sujeto que la hace, la respuesta tiene que enraizarse en la obra; es decir, en ella tiene que darse la posibilidad de la respuesta para que la pregunta no quede en el aire. Ahora bien, esta posibilidad se da, en primer lugar, porque en la obra encontramos un discurso utópico directo: la oración de Don Quijote a los cabreros sobre la Edad de Oro (en el cap. XI de la primera parte), y, en segundo lugar, porque todo el conjunto de acciones o aventuras del ingenioso hidalgo pueden verse como el intento fracasado de realizar el contenido utópico de ese discurso.

Así pues, la pregunta tiene sentido desde el ángulo de la obra. Ahora bien, desde el lado del sujeto se trata de la pregunta que brota de un presente, el nuestro, en el que el pragmatismo, el eficientismo y el consumismo impuestos por la lógica de la acumulación capitalista y el fracaso histórico de los grandes proyectos de transformación social ponen en cuestión la necesidad y la vitalidad de las utopías. No es casual que los bachilleres y curas de nuestro tiempo, en su empeño de reconciliar la idea con la realidad, griten: ¡estamos

hartos de sueños!, ¡basta ya de utopías!

Preocupados por el destino de la utopía en tiempos de desencanto como los nuestros, en que se busca sepultarla, queremos hoy tomar el pulso a la obra de Cervantes, y ver si late de un modo utópico. Y si es así, si hay una utopía en «Don Quijote», de qué tipo es y qué aporta su lectura a quienes están preocupados por su destino en nuestro tiempo. Pongamos, pues, la proa hacia el promontorio utópico cervantino.

**IV.** Al hablar del discurso y comportamiento de Don Quijote, estamos suponiendo un concepto de utopía que nos permite calificar ese discurso y ese comportamiento como utópicos. ¿Qué concepto es éste? Por supuesto, el que vemos aplicado —no obstante sus

**L** A utopía es valiosa y deseable justamente por su contraste con lo real, cuyo valor rechaza y, por consiguiente, considera detestable. Toda utopía entraña, en consecuencia, una crítica de lo existente

convergencias y divergencias— en un conjunto de obras al que pertenecen las utopías más conocidas: las de Platón, en la antigüedad griega; de Tomás Moro, Campanella y Bacon, en el Renacimiento, o las de Fourier, Owen y Cabet, en el siglo XIX. A esta línea autopista habría que contraponer, para fijar mejor su contorno, un pensamiento antiutópico como el de Aristóteles y Maquiavelo, ajustado a la manera de vivir de su época, o como el de Orwell en «1984», que prolonga y extrema en el futuro los rasgos más negativos del presente. Con base en las expresiones más conocidas de la mentalidad utópica, tanto en una caracterización nuestra, anterior, de la utopía, como en las reflexiones acerca de ella de tratadistas contemporáneos (Mannheim, Ricoeur), podemos distinguirla por los siguientes rasgos:

- 1) La utopía remite imaginativamente a una sociedad futura, inexistente hasta ahora. En el presente, no hay lugar para ella; «utopía» significa literalmente, según la traducción de Quevedo, «no hay tal lugar».
- 2) La utopía no es, pero debe ser. En contraste con la contrautopía (la de Orwell, por ejemplo), es asumida por sus autores y propuesta a sus lectores

como valiosa y, por lo tanto, deseable.

- 3) La utopía es valiosa y deseable justamente por su contraste con lo real, cuyo valor rechaza y, por consiguiente, considera detestable. Toda utopía entraña, en consecuencia, una crítica de lo existente. Y sólo porque se halla en relación con una realidad que, por detestable, es criticada, se hace necesaria.
- 4) La utopía no sólo marca —con su rechazo y crítica— un distanciamiento de lo existente, sino también una alternativa imaginaria a sus males y carencias.
- 5) La utopía no sólo anticipa imaginariamente esa alternativa, sino que expresa también el deseo, aspiración o voluntad de realizarla. Lo cual significa, a su vez, que esa sociedad utópica que se desea o aspira a realizar se tiene por posible.
- 6) Al tratar de realizarse la utopía se muestra la impotencia o imposibilidad de realizarla. Pero esta impotencia —absoluta en ciertas utopías— es sólo relativa y condicionada en otras. El fracaso de hoy puede ser el éxito de mañana. El sueño, la ilusión presentes, pueden ser una realidad en el futuro. Pero subrayemos: «pueden ser...»

**E**S indudable que en la utopía de Don Quijote está la idea de una sociedad futura en la que el principio sacrosanto de la propiedad privada deja paso —como en las utopías de Platón o de Tomás Moro— a las «cosas comunes»

V. Vemos, pues, que la «**utopía**» —ya sea en términos absolutos o relativos— es del orden de lo irrealizable, en tanto que la «**topía**» (lo que tiene lugar) es del orden de lo realizado o realizable en el orden existente.

La utopía se hace necesaria cuando no se acepta lo que es y, por lo tanto, se hace necesario trascenderlo. Al poner en cuestión lo real (la sociedad, el poder, sus valores e instituciones) y abrir un espacio ideal, irreal o futuro, la utopía es subversiva. Subvierte lo real y abre una ventana a lo posible. Hay, pues, una incongruencia entre utopía y topía, entre lo posible y lo real, que se trata de superar trascendiendo lo real, transfor-

mándolo, para que lo posible encuentre su lugar en la realidad. Lo que significa que una utopía concreta, determinada, deja de ser tal para dar paso a una nueva utopía. Ahora bien, la utopía que se mantiene como tal, es decir, a distancia de lo real, es índice de que el intento de realizarla se salda con un fracaso. Pero el fracaso de la utopía concreta no anula toda utopía, aunque sí exige situarla en nuevas condiciones, esperar nuevos tiempos o recurrir a nuevos medios para realizarla.

En suma, no hay «fin de la utopía», como no hay «fin de la historia», ya que ésta es inconcebible sin un horizonte utópico, mientras sea necesaria y deseable una alternativa a la sociedad existente. Su fracaso pone de manifiesto la precariedad, inadecuación o inoportunidad de los intentos de realizarla, pero no la necesidad y deseabilidad de su realización. Sólo quien se adapta a lo existente como un límite insalvable y se siente satisfecho dentro de ese límite, puede renunciar a los sueños, aspiraciones o proyectos de subvertir y transformar —aunque sea imaginariamente— lo real; es decir, a la utopía. Pero volvamos a «**Don Quijote**».

VI. La sociedad utópica aparece dibujada con toda nitidez en el discurso de Don Quijote a los cabreros (cap. XI de la primera parte). La sociedad con que él sueña no existe en el presente, pero ha existido en los tiempos que Cervantes llama la Edad de Oro, haciéndose eco de un tema ya abordado por los grandes escritores de la antigüedad clásica: Virgilio, Ovidio, Hesiodo y Séneca. Edad dichosa aquélla.

«... Porque entonces los que vivían en ella ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto.»

En este pasaje conviene subrayar lo que el propio Cervantes pone en cursivas: **tuyo y mío**. La dicha de los hombres de esos tiempos dorados queda vinculada a la ignorancia de esas dos palabras; es decir, a la inexistencia de la propiedad privada y, por lo tanto, como rasgo esencial de esa sociedad utópica a la comunidad de bienes. Con esas dos palabras, Cervantes prefigura —como advierte Américo Castro—, lo que dirá más tarde Rousseau en su «**Discurso sobre la desigualdad entre los hombres**». Ciertamente, sería excesivo ver en este pasaje una exaltación embozada del comunismo primitivo, o hacer de Cervantes un Rousseau *avant la lettre*, pero es indudable que en la utopía de Don

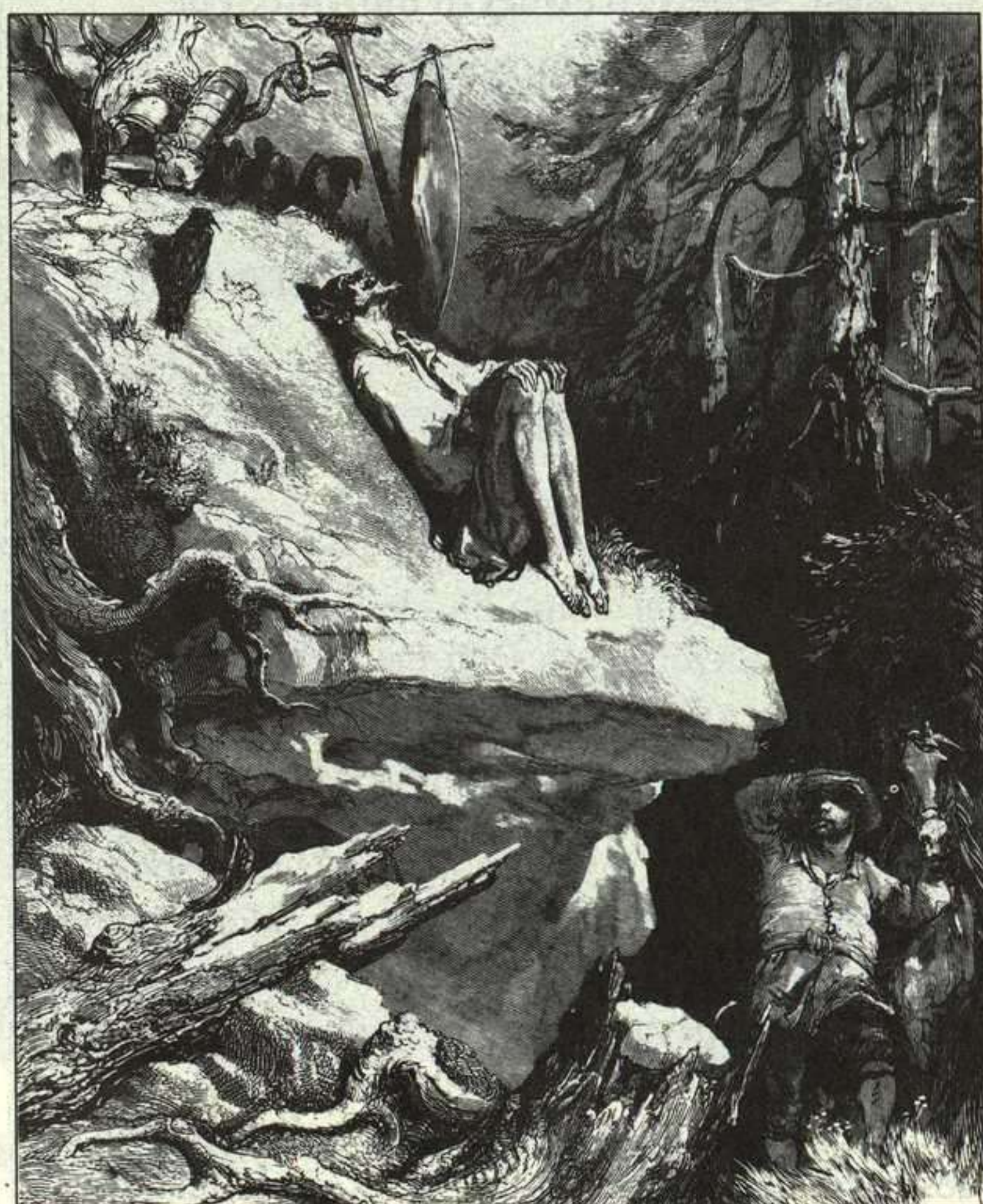
Quijote está la idea de una sociedad futura en la que el principio sacrosanto de la propiedad privada deja paso —como en las utopías de Platón o de Tomás Moro— a las «cosas comunes». Se trata, asimismo, de una sociedad que Don Quijote en su discurso sitúa en el pasado, una sociedad de la que se destaca no tanto su existencia histórica, que ciertamente no se afirma, como su condición de modelo o utopía que **debe** realizarse en el presente. Una sociedad en la que «Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... No había fraude, engaño ni malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen y su pérdida nacía de su gusto y propia voluntad» (Ibíd.).

En suma, una sociedad que tiene por base económica y social la inexistencia de la propiedad privada y la comunidad de bienes y en la que imperan las relaciones de paz, amistad y concordia entre los hombres, así como la verdad y la llaneza, la honestidad y la justicia. Pero estos principios no son exclusivos de la sociedad soñada y deseada, sino que también han de encarnarse en la sociedad presente, tan ayuna de ellos. La Edad de Oro con que sueña Don Quijote, como toda sociedad utópica, debe existir justamente porque sus principios y valores no existen o se hallan degradados en el presente. Lo que existe es la «Edad de Oro» que, como toda utopía, entraña una crítica de lo existente: la Edad de Hierro. Es ésta —como hace ver Don Quijote a los atónitos cabreros— una Edad detestable en la que imperan el fraude, el engaño y la malicia; en la que no existen la paz, la amistad ni la concordia; en la que el favor y el interés turban y ofenden a la justicia; en la que en el entendimiento del juez se asienta la «ley del encaje» y en la que la honestidad no puede andar a solas sin temor de verse menoscabada por lascivos intentos. Es, asimismo, la época en que la propiedad privada existe y se conocen las palabras **tuyo y mío**.

Todas las aventuras de Don Quijote envuelven una crítica de esa Edad detestable, crítica que —a la vez— apunta directamente a la sociedad española de su tiempo al flagelar la corrupción de su justicia, al hacer frente a las injusticias de todo género por alta que sea su procedencia y al denunciar los vicios de sus instituciones (como la Iglesia) y de la clase dominante (la nobleza). Una crítica, asimismo, de inspiración huma-

nista renacentista y cristiana erasmista, para la cual el valor del hombre se asienta en lo que hace («no es un hombre más que otro —dice Don Quijote— si no hace más que otro») y la virtud —a diferencia de la sangre— vale porque se sustenta en sí misma («la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale»). Ahora bien, la crítica de lo realmente existente conduce a la utopía, a lo que debe ser, en tanto que los principios y valores utópicos permiten medir y descalificar lo que es: la detestable Edad de Hierro.

**VII.** En «Don Quijote» no sólo encontramos la crítica de lo existente, sino también la utopía que nace de ella con sus principios y valores (el Bien, la Justicia, la



**Al poner en cuestión lo real (la sociedad, el poder, sus valores e instituciones) y abrir un espacio ideal, irreal o futuro, la utopía es subversiva. Subvierte lo real y abre una ventana a lo posible. Hay, pues, una incongruencia entre utopía y topía, entre lo posible y lo real, que se trata de superar trascendiendo lo real**

Verdad, la Honestidad, la Concordia, la Paz). No hay —como ya hemos señalado— una muralla que separe a la realidad y la utopía; una conduce a la otra. La per-

cepción de lo que es lleva a la visión de lo que debe ser, y en lo que debe ser está la razón de que se critique lo que es. Pero no sólo existe esa relación mutua entre **topía** (lo que es) y **utopía** (lo que debe ser). Don Quijote no es sólo el visionario de un mundo ideal: la «Edad de Oro». Su utopía no es tampoco, pura y simplemente, la visión placentera de un pasado feliz. Es la visión de un mundo ideal que debe realizarse o de un pasado que debe ser restaurado. Lo ideal, la edad dorada, debe introducirse ahora y aquí. No se trata de recordar el pasado, sino de traerlo al presente, reviviéndolo en la realidad, o sea, en los tiempos

**L** A insuficiencia del noble y generoso esfuerzo individual de Don Quijote, guiado por los dictados de su conciencia y carente de la solidaridad y la ayuda colectiva necesaria, hacen que ese esfuerzo esté condenado al fracaso

detestables de la «Edad de Hierro».

Pero esto no es sólo asunto de teoría (en su sentido originario= visión), sino en el sentido práctico, de aventura o acción. Para Don Quijote la tarea vital a que se entrega no es la de pensar la sociedad futura, la de asumir en el plano ideal sus principios o valores. Don Quijote no es hombre que se deje arrastrar por las dudas: ni duda de sí mismo («Yo sé quién soy», dice con orgullo), ni duda de principios y valores que para él están perfectamente claros. Don Quijote no filosofa, reflexiona o especula acerca de lo que debe ser; ése no es su problema. La cuestión para él está en hacer entrar los principios y valores que firmemente, sin desmayo, ha asumido, en lo que es, en la realidad. Se trata para él de establecer efectivamente, aquí y ahora, en la tierra, el Bien, la Justicia, la Paz, la Verdad, la Honestidad. Lo cual entraña, a su vez, un conjunto de acciones o aventuras para transformar lo real. Y toda la novela de Cervantes es la narración de los intentos quijotescos de introducir el Bien, la Justicia, la Libertad, en un mundo en el que impera realmente el mal, la injusticia y la coerción. Don Quijote es, pues, y ante todo, un hombre de acción que se mueve en un mundo real, por la utopía que ha asumido. Un hombre de acción que no retrocede ante ningún obstáculo ni riesgo. Lo que dice Don Quijote acerca de la libertad y la honra («Por la libertad, así como por la honra, se

puede y debe aventurar la vida»), puede extenderse a todos los valores que han hecho suyos y ve negados o escarnecidos en el presente. Y si arriesga todo; incluso la vida, es porque para él su utopía no es sólo idea o sueño, sino aventura o acción. Y lo que narra Cervantes es precisamente el comportamiento práctico con que el ingenioso hidalgo pretende realizar la utopía. Se trata de convertir en realidad lo que para él es un claro sueño o un firme ideal. Por ello, dice que no se trata de «pedir al cielo» —como hacen los religiosos— «con toda paz y sosiego... el bien de la tierra», sino de poner «en ejecución lo que ellos piden», defendiéndolo «con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas».

En suma, no se trata sólo de criticar lo que es o de soñar con lo que debe ser, sino de actuar para transformar lo real y realizar la utopía. Y justamente las aventuras de Don Quijote son los intentos de realizarla, intentos que, no obstante su buena voluntad, no logran cumplir su objetivo fundamental, y en cada aventura proclamado: realizar el Bien en la tierra. Ciertamente, cada aventura quijotesca se salda con un fracaso. Los que han de recibir la generosa y desinteresada ayuda de Don Quijote, y con ella reparar un engaño, un fraude o una injusticia, acaban por no recibirla o incluso, como en el caso del pastor Andrés, el generoso empeño de Don Quijote le acarrea tal daño que acaba por rechazarlo. El quijotismo, como ejemplo paradigmático de utopismo, parece estar condenado a la imposibilidad de tomar tierra. Y los fracasos sucesivos de Don Quijote parecen sellar el destino de todo comportamiento utópico.

**VIII.** Cabe preguntarse, sin embargo: ¿por qué fracasa una y otra vez Don Quijote?, ¿por qué su empeño utópico de realizar el Bien en la tierra, muestra con cada aventura un rostro adverso? ¿Acaso el fracaso está inscrito en la naturaleza misma de la utopía? Podría contestarse afirmativamente a esto último, si se tratara de una utopía absoluta o de los elementos de ella que tienen semejante carácter absoluto; por ejemplo, el que en el discurso que dirige a los cabreros representa la idea de un mundo sin trabajo en el que la tierra ofrecía generosamente sin necesidad de él los frutos para el sustento. Ahora bien, la utopía es posible si se entiende como realización del Bien, la Justicia o la Concordia que en la sociedad presente se niega. Y es posible porque el Bien no está condenado a ser desplazado fatalmente por el mal, la Justicia por la injusticia o la Verdad por el engaño o el fraude. Sólo así, es decir, con una concepción fatalista de la historia, toda



**Toda la novela de Cervantes es la narración de los intentos quijotescos de introducir el Bien, la Justicia, la Libertad, en un mundo en el que impera realmente el mal, la injusticia y la coerción**

acción guiada por estos valores sería inútil y toda utopía estaría condenada a ser irrealizable en un sentido absoluto.

El fracaso de la utopía de Don Quijote no está inscrita forzosa e inevitablemente en su naturaleza como empeño esforzado y generoso por realizar en la tierra los valores que con ella persigue. El fracaso hay que buscarlo en las condiciones en que actúa Don Quijote, en el modo de ejecutar, aquí en la tierra, lo que otros se contentan con pedir a, o esperar del cielo; finalmente, hay que buscar la raíz de esos fracasos en obstácu-

los o límites que a la realización de su utopía oponen el tiempo y la sociedad en que vive. Veamos, a grandes rasgos, las condiciones, obstáculos o límites que llevan a Don Quijote a no realizar su utopía al fracasar en las aventuras o intentos de introducir sus valores en la realidad. Y entre esas condiciones, esos obstáculos o límites están:

1) La inversión en la visión de lo real; lo ideal, imaginado o soñado, se toma por la realidad (la venta por castillo; los molinos de viento por gigantes, etcétera). Cuando lo real se invierte o idealiza, la

utopía que ha de realizarse, desemboca forzosamente en un fracaso.

- 2) La desproporción entre las ambiciosas y nobles tareas que se propone cumplir Don Quijote y las menguadas y desmedradas fuerzas físicas de que dispone el viejo y achacoso hidalgo para llevarlas a cabo, hace fracasar cada aventura.
- 3) La inadecuación de fines y medios impide que los primeros puedan cumplirse. Don Quijote fracasa una y otra vez al tratar de alcanzarlos e imponer su voluntad, montado en un escuálido rocín y armado con una lanza olvidada.
- 4) La hostilidad de una sociedad jerárquica, absolutista, que en plena Contrarreforma cierra todos los poros a los ideales humanistas que enmarca Don Quijote. En esas condiciones, el poder, sus instituciones y la ideología dominante hacen imposible la realización de su utopía.
- 5) La insuficiencia del noble y generoso esfuerzo individual de Don Quijote, guiado por los dictados de su conciencia y carente de la solidaridad y la ayuda colectiva necesaria, hacen que ese esfuerzo esté condenado al fracaso. La realización del Bien en la tierra, dado su carácter social y los esfuerzos colectivos que requiere, no puede reducirse a una empresa individual por noble y abnegada que sea.

**N**o se puede vivir sin metas, sueños, ilusiones o ideales; no sea, sin tratar de rebasar o trascender lo realmente existente. No se puede vivir, por lo tanto, sin utopías. No pudo vivir sin ella Don Quijote, pero tampoco pudo vivir sin ella Sancho

**IX.** El fracaso de Don Quijote, la imposibilidad de cumplir el fin que persigue (realizar el Bien en la tierra), ¿viene a abonar la tesis del «final de la utopía»? Ciertamente, las aventuras del ingenioso hidalgo muestran que su utopía no puede realizarse. Pero esta imposibilidad no se halla determinada por las nobles metas que pretende alcanzar: defender a los débiles, socorrer a los necesitados, castigar a los malvados; en suma, hacer el Bien y reparar injusticias. Y, en verdad,

esas metas no pueden cumplirse cuando —como hemos visto— las venturas se toman por castillos, se está viejo y achacoso, sólo se dispone de un jamelgo escuálido y un arma enmohecida, se actúa en una sociedad cerrada y jerárquica y, por último, cuando se emprende tan noble y abnegada empresa solo y solitariamente. Empeñarse en realizar el Bien, la Justicia, con semejante visión de las cosas, en esas condiciones



y con esos medios, es ciertamente una locura. Y por ello sólo un loco como Don Quijote puede emprender esa empresa para fracasar en ella.

Ahora bien, ¿significa esto que hay que renunciar a realizar toda utopía, a dejar a un lado fines y valores, aceptar el mundo como es, acomodarse a sus exigencias y, en nombre de un realismo de vía estrecha, gritar «¡basta ya de sueños!», «¡basta ya de ideales!», o lo que es lo mismo: «¡basta ya de utopías!»?

El capítulo final de la obra de Cervantes —el titulado «De cómo Don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte»— nos permite encontrar una respuesta a la cuestión planteada del XX «final de la utopía». A lo largo de toda la novela, de una aventura en otra, el noble y generoso hidalgo, el desfacedor de entuertos y castigador de agravios, habla y actúa como un loco; la cordura se encarna, al parecer, en el sensato, pero a la vez egoísta y prosaico, Sancho. Del calestre del escudero salen constantemente los correctivos terrenales a los desafortunados sueños de su amo. Pero, como ya se podía prever desde que Sancho gobierna la

ínsula, cuando Don Quijote desciende del cielo a la tierra, Sancho se eleva de la burda y plana realidad existente al nivel de los sueños e ideales de su amo. La transformación de Don Quijote en Alonso Quijano, o sea, del loco en cuerdo, que tiene lugar al acercarse el final de sus días, viene a significar que Don Quijote toma tierra y que, al ajustar sus sueños a la realidad, se sanchifica y renuncia a la utopía que sólo le ha dejado

ilusiones o ideales; o sea, sin tratar de rebasar o trascender lo realmente existente. No se puede vivir, por lo tanto, sin utopías. No pudo vivir sin ella Don Quijote, pero tampoco —como demuestra el final de la obra genial de Cervantes— pudo vivir sin ella Sancho. Tal es la lección viva, actual, que podemos extraer de la novela de Cervantes al leerla en los tiempos desencantados de hoy.



**D**ON Quijote es, pues, y ante todo, un hombre de acción que se mueve en un mundo real, por la utopía que ha asumido. Un hombre de acción que no retrocede ante ningún obstáculo ni riesgo

fracasos. Y, sin embargo, la utopía no muere con Don Quijote, ya que Sancho se hace cargo de su legado utópico, al decirle a su amo, ya cercado por la muerte y recuperada su cordura: «Levántese desa cama y vámonos».

Con esto está afirmando Cervantes que el fracaso de Don Quijote, al realizar su utopía, no significa el final de ella. La utopía sigue siendo una tarea a realizar en manos de Sancho. La racionalidad de los fines y de los valores no puede quedar absorbida por la razón instrumental de la pura eficiencia. Lo que debe ser no puede quedar absorbido por lo que es. La **topía** no puede imponer su dominio hasta el punto de tragarse toda **utopía**.

Las utopías no están forzadas a fracasar inevitablemente, como fracasan las aventuras utópicas de Don Quijote por las razones apuntadas. Pero sí obligan, como obliga la utopía de Don Quijote, a tomar en cuenta los obstáculos y límites que se interponen en su realización.

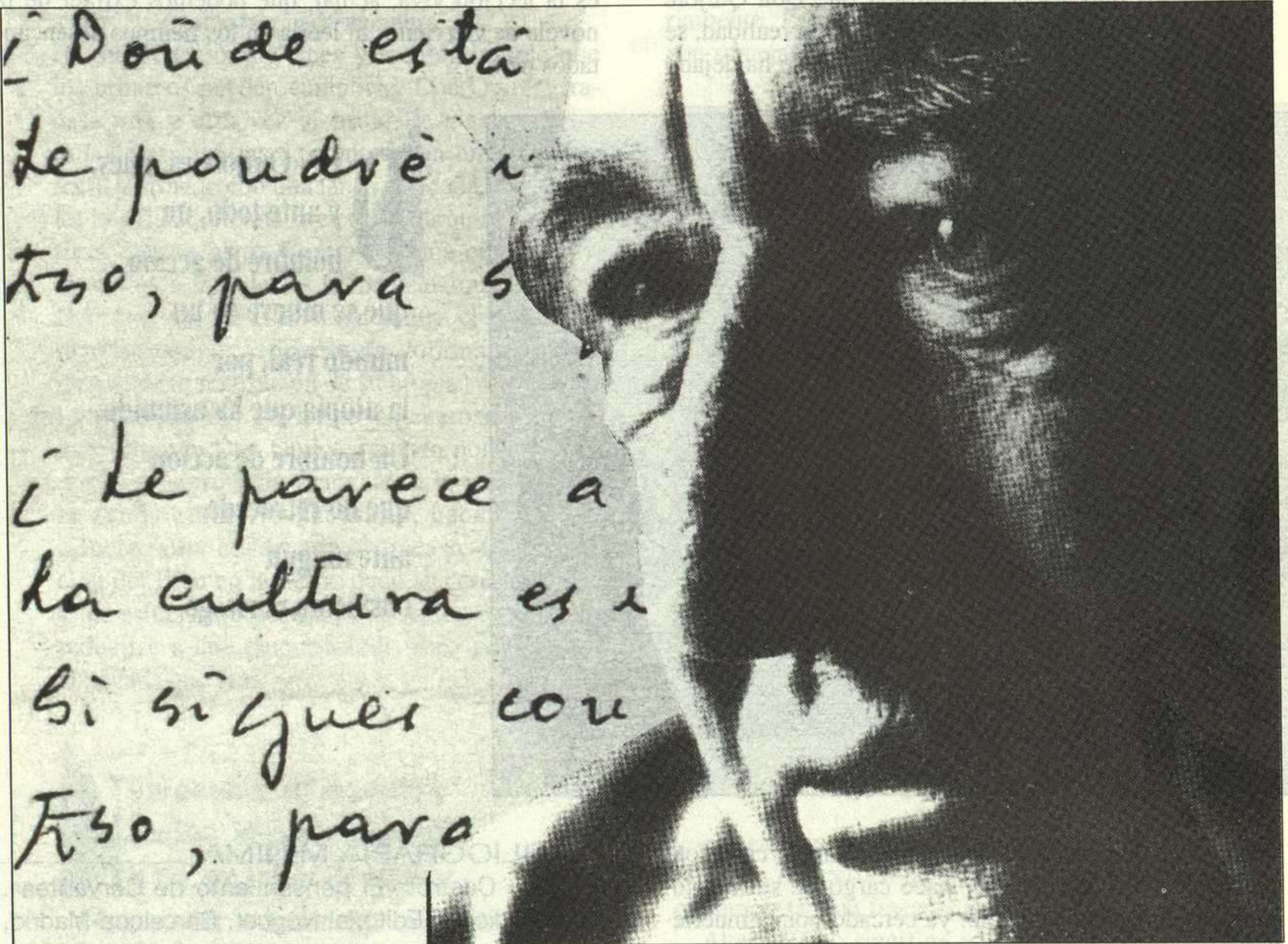
En conclusión, no se puede vivir sin metas, sueños,

#### BIBLIOGRAFIA MINIMA

- Américo Castro: «El pensamiento de Cervantes». Nueva edición. Editorial Noguer. Barcelona-Madrid, 1972.
- Eugenio Imaz: «Topía y utopía». Tezontle. Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1946.
- Karl Mannheim: «Ideología y utopía». Aguilar. Madrid, 1958.
- Ludovic Osterc: «El pensamiento social y político del Quijote». Universidad Nacional Autónoma de Méjico. Méjico DF, 1963.
- Paul Ricoeur: «Ideología y utopía». Gedisa. Barcelona, España, 1989.
- Antonio Rodríguez: «El Quijote, mensaje oportuno». Biblioteca Joven, Fondo de Cultura Económica. Méjico, 1985.
- Adolfo Sánchez Vázquez: «Del socialismo científico al socialismo utópico». Ediciones Era. Méjico, 1975.
- Miguel de Unamuno: «Vida de Don Quijote y Sancho». Col. Austral. Espasa-Calpe Mejicana, 1985 (1.ª ed., 1938). ■

# GABRIEL CELAYA, POETA Y HOMBRE

Carlos ALVAREZ



**E**N la nota que precede a la compilación por **Ediciones Giner** (1962, atención a la fecha) de la Poesía de Gabriel Celaya, escrita entre los años 1934 y 1961), comenta el poeta que «la desgracia de un autor, de cualquier autor, consiste en que se le suele encasillar muy pronto, y diga lo que diga o escriba lo que escriba, a partir de ese momento sólo se le ve según una leyenda o según un esquema simplista». Y unos renglones más arriba se ha preguntado qué puede haber de común entre la poesía concebida como una exploración de lo desconocido («**La soledad cerrada**»), la poesía como un fin en sí («**Objetos poéticos**»), la poesía como un retorno a los orígenes («**Movimientos elementales**»), la poesía confesional y coloquial («**Tranquilamente hablando**») o la poesía como instrumento para trans-

formar el mundo... Si antes pedí atención a la fecha de la edición de Giner, es porque le quedaban todavía muchos campos semánticos por explorar a Gabriel Celaya. Durante un largo tiempo, su valoración estuvo condicionada por hechos extraliterarios. Ahora no hay condicionamientos políticos que impidan analizar con justeza y justicia su obra literaria, no porque hayan cambiado tanto aquéllos, sino porque ya se aventaron las cenizas del muy lúcido y comprometido ciudadano que la creara, y sabido es que quienes clavaron en su día el molesto aguijón de la palabra certera contra el sistema, pueden ser elevados a los más altos pedestales por los herederos de aquella situación (que suelen ser ellos mismos ligeramente reconvertidos, barnizados de nuevo con el toque brillante que el signo de los tiempos y de las modas determinen) cuando dejó de moles-



tar. En teoría, pero el tiempo siempre vuelve, Gabriel Celaya ha dejado de molestar. Incluso había dejado de molestar hace ya algún tiempo, quizá por la misma razón por la que tantos otros escritores, o pintores, o cineastas, o cultivadores de otras artes, renunciaron a seguir siendo intrusos en el terreno del periodismo, que antes ocuparon para cubrir un vacío que no podía rellenar la prensa amordazada, cuando con la apariencia del cambio de régimen político se concedió una libertad de expresión que era la **conditio sine qua non** para que esa apariencia pudiera engañar allende y aquende nuestras fronteras.

Esa justeza, o justicia, que permite un acercamiento crítico más riguroso a la muy extensa, pero también significativamente intensa, obra del poeta guipuzcoano, da la razón y se la quita al mismo tiempo tanto al propio Gabriel Celaya cuando se preocupa por los posibles encasillamientos minimizadores de quienes le colgaron la etiqueta, infamante para ellos, de «social» a su poesía, como a los panegiristas **post-mortem**, que, de pronto, han recordado que, desde «**Marea de silencio**» hasta su penúltimo poemario (con Celaya nunca se podrá hablar, ni a partir de ahora, del último, porque algo tendrá guardado Amparixu que sobresaltará en su momento los escaparates de las librerías más perspicaces), Gabriel Celaya buceó continuamente en tentativas que nunca fueron penúltimas, se paseó del surrealismo más original al entrañamiento lingüístico que dicta el paisaje recorriendo ámbitos muy diferenciados en su juego con la expresión y, además, no le fueron ajenos el teatro, la novela y el ensayo, con el que exploró el taller de la poesía, dando muestras en todos los campos literarios de su exigente formación intelectual y la profunda vastedad de sus conocimientos. ¿Recordamos que, entre otros trabajos, tradujo —obsérvese el abanico idiomático— a Blake, a Rimbaud y a Rilke? No era el típico intelectual español, que no suele conocer más lengua que la suya, encastillado en una pereza a la que ayuda la autocomplaciente conciencia de la universalidad del castellano. Tienen razón, en efecto, quienes señalan ahora que Gabriel Celaya, el prototipo del denostado poeta social, era un escritor de amplia panoplia expresiva, no reducible a la consideración de cultivador de un solo parterre en el jardín de la lírica.

No la tienen en cambio, creo, quienes, deslumbrados por la polisemia de su palabra poética, le perdonan haber llevado al santuario de su intimidad la preocupación colectiva y haber levantado, con el sudor barato de sus compatriotas, la sangre de los camaradas fusilados y el diálogo con el silencio y la frustración vital de cuantos midieron con sus pasos reducidos las dimen-

siones del frontón penitenciario, un monumento a la simiente del futuro; quienes le perdonan haber analizado las raíces del hombre ibero, manchándose de tem-

**G**ABRIEL Celaya buceó continuamente en tentativas que nunca fueron penúltimas, se paseó del surrealismo más original al entrañamiento lingüístico que dicta el paisaje recorriendo ámbitos muy diferenciados en su juego con la expresión y, además, no le fueron ajenos el teatro, la novela y el ensayo

poralidad hasta las cejas, para palpar y besar la simple arcilla de, por ejemplo, Salvatierra de los Barros. Y tal vez Gabriel Celaya mismo hiciera mal en quejarse de que se le identificara fundamentalmente con el Celaya de esa época, tan rica de hallazgos expresivos y emocionales, porque —es mi opinión al menos— son los libros nacidos de la angustia del hombre solidario los que inmortalizarán —en el sentido que podemos entender, dialéctico, de la palabra— su nombre en las bibliotecas y en el corazón de los lectores que se emborrachen con su licor humano.

Porque son importantes en arte la innovación, la tentativa y la búsqueda —lo he dicho en otro lugar (\*), pero el séptimo pecado capital me impide buscar nuevas formas de repetir, en definitiva, lo mismo—, sobre todo si culminan en un descubrimiento lúcido, en un hallazgo sorprendente. Pero lo más original no tiene por qué ser precisamente lo mejor, ni el cambio de estilo que presuponer el rechazo del de antes. No suele ser el momento de máximo acierto estético el de la investigación. El artista es muy consciente de que el dominio absoluto de sus medios no es un hecho que no sufra el deterioro del tiempo: un instante que no debe dejar que se escape sin haber exprimido cada segundo. Y, si está en posesión de la serenidad suficiente para no perderse en el vértigo de la dispersión, aprovecha ese fugaz momento para dar lo mejor de sí. Es cuando se inicia el manierismo propio, cuando se intenta salir de un recinto sofocante ya por la saturación, y que ahoga. El momento de la búsqueda es el de la transición, el del aprendizaje: no el de la plenitud. Recorriendo la obra de Gabriel Celaya, comprobamos que se detuvo con mucha parsimonia en esa hora ensan-

chada: que, al decir de Juan Ramón, representa a la eternidad, en la que su plena sazón como ser humano coincidió con la aventura de sumergir el yo insolidario en el río caudaloso del altruista pronombre colectivo.

Sumersión que no se produjo de la noche a la mañana, de lo que da testimonio la evolución sin tropicónes ni intermitencias de su mensaje, más que de su estilo, que siempre había sido y continuó hasta el final, aparentemente descuidado, en continua discusión con las contradicciones de su autor; discusión típica de quien piensa mientras escribe y no al revés, fenómeno que es casi el factor común de los poetas, aunque a **posteriori** se medite mucho sobre lo que se ha escrito más que sobre lo que se va a escribir, y el artista llame en su auxilio al artesano intelectual que lleva dentro para que dé rigor a la expresión. La vida fue para el ingeniero Rafael Múgica, con sus imprevistos sorbos, donde se mezclaba la desazón con algún momento de dicha, semejante a la pócima que el doctor Jekyll bebió de un solo trago para convertirse en el perseguido Mr. Hyde. La transformación del vergonzante poeta cuyo **status social** y familiar le obligaba a semiocultar sus versos, a través de su primer heterónimo surgido también de su propio nombre —Juan de Leceta—, ya que la humanísima trinidad formada por Rafael Múgica y Gabriel Celaya procedía del nombre, uno en esen-

**R**ECORRIENDO la obra de Gabriel Celaya, comprobamos que se detuvo con mucha parsimonia en esa hora ensanchada que, al decir de Juan Ramón, representa a la eternidad, en la que su plena sazón como ser humano coincidió con la aventura de sumergir el yo insolidario en el río caudaloso del altruista pronombre colectivo

cia —Rafael Gabriel Juan Múgica Celaya de Leceta... Bedoya, aunque este último apellido no se incluya en la saga literaria— y trino en persona, que fue dando a la estampa, con diferentes marcas de autor, sus diferentes libros, no fue inmediata y los «**Avisos de Juan de Leceta**» (Cantad, cantad, paisajes,/cantad a Dios, al hombre,/cantad al mar, la infancia, vuestra amada, los héroes;/cantad las mil bonitas mentiras de colores) conducen a ese fin de semana en el campo, durante el

cual (a los treinta y cinco años de mi vida,/tan largos, tan gastados y, a fin de cuentas, vanos,/considero el empuje que llevo ya gastado,/la nada de mi vida, el asco de mí mismo/que me lleva a volcarme suciamente hacia fuera,/negociar, cotizar mi trabajo y mi rabia,/ser cosa entre las cosas que choca dura y hierde), como dice en «**Tranquilamente hablando**». A partir de entonces, hablará de las cosas como son, después de haber casi redescubierto la poesía coloquial. Ya se ha desprendido de la piel de su primitiva metamorfosis para asumir su definitivo yo. Juan de Leceta, su «**Pepito Grillo**» particular la inició, y Amparo Gastón, quien desde su encuentro será su compañera de siempre, completan la transformación del ingeniero Jekyll en el acosado Mr. Hyde: el poeta Gabriel Celaya.

Que el acoso no llegara hasta el encarcelamiento del perseguido fue una simple cuestión de azar o de temor... ajeno, porque nunca eludió el riesgo. Sus méritos cívicos para que le hubieran detenido fueron, desde entonces —con el arma del verso y la firma al pie de cuantos manifiestos antigubernamentales surgieron—, continuos. Pero la represión también entendía de clases sociales y sabía diferenciar y detenerse cuando el golpe se habría vuelto contra sí misma si se hubiera asestado, porque el prestigio de Gabriel Celaya, mucho antes de que —triste país éste— la voz de Paco Ibáñez lo popularizara en París, donde todo más resuena, era de los que obligan al ministro policial de turno a pensárselo setenta veces siete veces antes de tomar la medida que su natural inclinación le aconseja. «A los poetas no hay que hacerles caso. Si no, habría que fusilarlos a todos», dijo Franco una vez haciendo, sin pretenderlo, un elogio desmesurado de los poetas comprometidos al identificar sólo con ellos a los poetas, ya que es evidente que a los **garcilasistas**, los **escurialenses**, los **celestiales**, en suma, que bien contribuyeron a dar, dentro y fuera de España, la autocomplaciente y conformista impresión de que vivíamos en el país de las maravillas, Franco no los habría fusilado, ni siquiera con balas imaginarias o de fogeo, por muy proclive que fuera a darle gusto al gatillo. Pero es cierto que algunos, varios, sí crearon conciencia. ¿Es la poesía un instrumento para cambiar el mundo? Si es capaz de modificar el pensamiento, tantas veces contemplativo, de las personas que son quienes tienen en las manos la palanca por la que el mundo se mueve en una u otra dirección y éstas actúan en consecuencia, sí puede ser un instrumento para transformarlo. A muchos adormecidos, el sueño se les fue leyendo versos de Gabriel Celaya, de Blas de Otero, de José Hierro, de Angela Figuera Aymerich, de Leopoldo de Luis, de Eugenio de Nora... ¿Podemos estar muy segu-

ros, incluso en estos tiempos en que vuelve a ser pecaminoso cantar a la revolución, de que mucha, alguna acción revolucionaria no se llevó a cabo como consecuencia, no siempre demasiado lejana, de algún redoble de conciencia inspirado por la poesía? ¿Podemos estar seguros de que los ingenuos y hoy denostados **tovarichi** que, en vez de restablecer al zar en su trono, que es lo que sin duda deberían haber hecho para estar



**El verso de Gabriel Celaya nunca ha sido más libre ni más creativo que cuando se desparramó, como su enorme corazón hipertrofiado, en defensa de la auténtica verdad de la tierra: la que afirma la identidad y la igualdad de lo humano**

acordes con el arrobo monárquico y el sentido positivo de la Historia, asaltaron el Palacio de Invierno en Petrogrado un día de otoño de 1917, no tenían, algunos de ellos, tal vez los más arriscados, reciente la lectura de algún poema humano de su tiempo que le incitaba a revelarse contra la injusticia? Es en ese sentido en el que mantiene toda su plenitud creadora, que sigue vigente y lo seguirá, estando, mientras haya en el mundo primavera (porque, como dijo Bécquer, seguirá habiendo... policía), la afirmación de que la poesía es un arma cargada de futuro. Porque lo es la palabra y la poesía es la palabra esencial (la palabra esencial... en el tiempo, había dicho Antonio Machado, atando la mosca por el rabo de la paradoja).

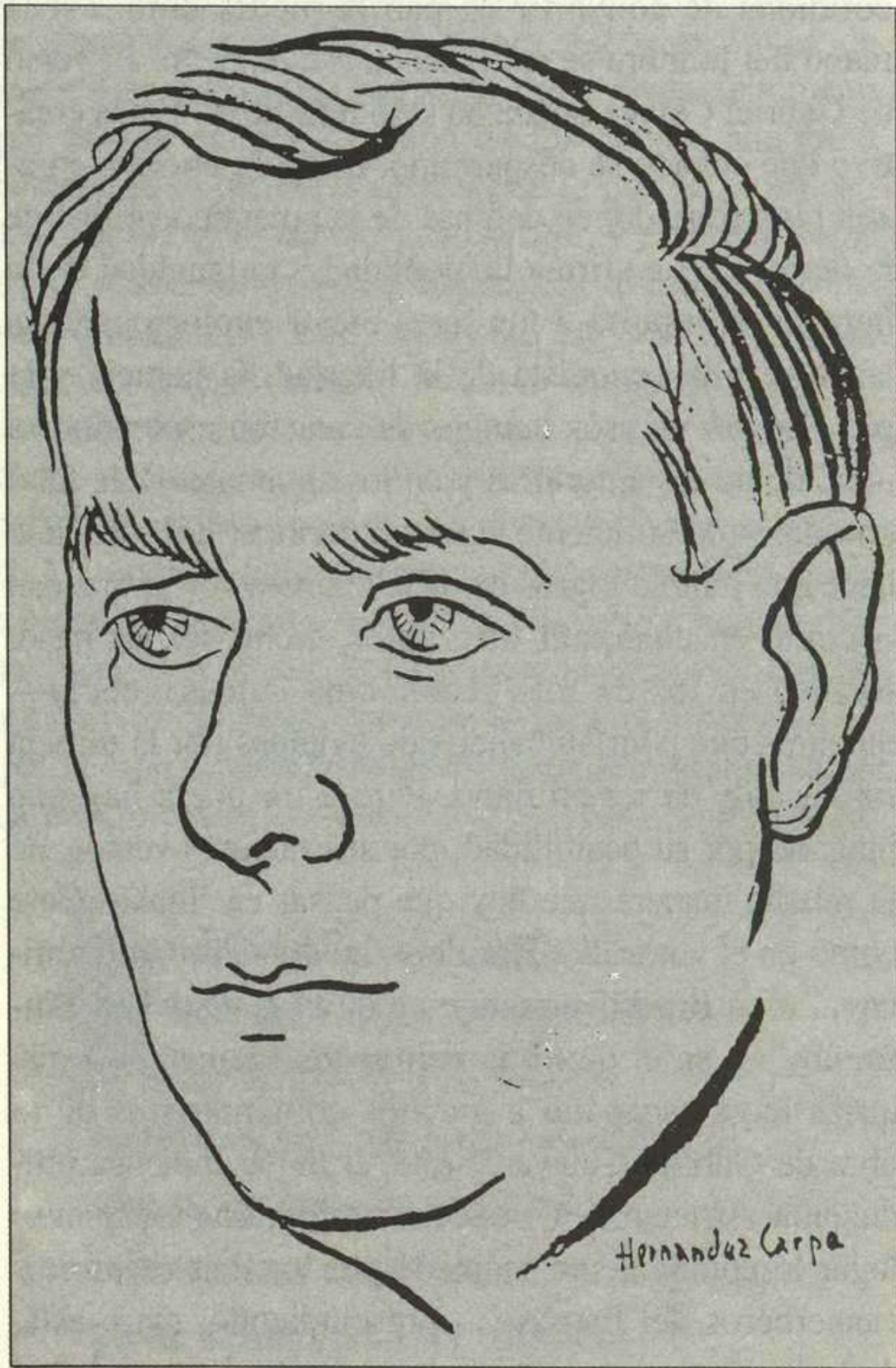
«**Las cartas boca arriba, Cantos iberos, De claro en claro**»... he ahí lo mejor de la herencia de Gabriel

Celaya. Ahí se remansó, se entretuvo, se hizo cuerpo y sangre del propio poeta la palabra capaz de entrañarse, sin chovinismos de ninguna especie, en las raíces de un pueblo plural y casticista, cuyo lenguaje se eleva con las alas del canto cuando se adentra, como en un árbol, en la savia de quien está en posesión de un dolorido sentir que se va del propio dolor ajeno, con la sencillez con que la naturaleza sabe realizar la alquimia cotidiana de convertir en pan la piedra dura... si la mano del hombre se esfuerza en ese empeño. El verso de Gabriel Celaya nunca ha sido más libre ni más creativo que cuando se desparramó, como su enorme corazón hipertrofiado, en defensa de la auténtica verdad de la tierra: la que afirma la identidad y la igualdad de lo humano e impulsa a los seres mejor evolucionados a lanzarse a la conquista de la libertad, la justicia y la paz. Tal vez en esos tiempos de creación esplendorosa —como en los anteriores y en los siguientes— le faltó una dosis de suficiente rigor autocrítico. Tal vez. Eso hace que junto a logros de difícil superación aparezcan —como en cualquier otro autor, dicho sea de paso, incluso en los de más reconocida autoexigencia— quiebras que podrían haber sido evitadas por la mirada implacable de un cirujano. Pero a un poeta hay que juzgarle por su posibilidad, por sus mejores versos, de la misma manera que hay que pensar en Shakespeare como en el autor de «**Hamlet**», no de «**Tito Andrónico**»... o en Beethoven como en el de la «**Novena Sinfonía**», no en el de «**Las ruinas de Atenas**». Lo que quizá haya escapado a muchos comentaristas de la obra de Gabriel Celaya es que, si de su inmensa producción estrictamente poética nos limitáramos a antologar lo comúnmente aceptado por los más exquisitos cancerberos del Parnaso —prescindiendo, claro está, de los críticos que siempre le negaron el pan y la sal por su nunca desmentida generosidad política—, quedaría una obra de intensidad considerable e igualmente considerable extensión. A mi juicio, «**Cantos iberos**» es, en su totalidad, un libro irreprochable que bastaría para situarlo entre los más importantes líricos de nuestro tiempo. Por otra parte, ¿estamos seguros de que su aparente descuido estilístico era tal y no, precisamente, su estilo?

Ha muerto Rafael Múgica. Por no haber desmentido, ni con su vida ni con su obra, cuanto afirmó en los difíciles momentos en los que la palabra, si no era un grito, era silencio, vivirá siempre entre nosotros, sin morir ya nunca, el poeta Gabriel Celaya. ■

# JULIAN ANDUGAR, UN POETA ENTRE LO SOCIAL Y EL FRANCISCANISMO

Andrés SALOM



## Maldito en su tierra y apoteosis final

**E**L día 14 de septiembre de 1977, en El Siscar, lugar del municipio de Santomera (Murcia), situado en la misma raya divisoria con la provincia de Alicante, era el entierro del poeta Julián Andúgar. El cortejo fúnebre, camino del cementerio de La Aparecida, ya en tierras de la Comunidad Valenciana, se extendía a lo largo de más de un kilómetro. Lo formaban, portando coronas —más de cien—, personas venidas de Valencia, de Castellón y de la práctica totalidad de los pueblos de Alicante, así como algunos diputados y senadores venidos desde Madrid.

Fue un acto cargado de emotividad, en el que se lucie-

ron pegatinas del PSOE, del PCE, del PSP... y se cantaron himnos.

Julián había fallecido —del corazón y de poeta—, siendo senador por Alicante a las Constituyentes para las que había sido elegido en una candidatura unitaria apoyada por toda la izquierda.

Y, sin embargo, en representación de su tierra, Murcia, asistía una sola delegación oficial, constituida por una sola persona: la del PCE, a la que luego se unirían un grupo de amigos íntimos del finado —no más de diez—, procedentes de Murcia capital. Vacío éste que no puede explicarse, como han pretendido algunos, por el hecho de que Julián hubiera pasado la mayor parte de su vida en Alicante y en sus largas residencias en el extranjero. Lo aclararía, meses más tarde, el también poeta Sánchez Bautista, quien escribió que «Julián Andúgar fue siempre un noble defensor de las libertades ciudadanas, un poeta polémico e incisivo y de una temible dialéctica», añadiendo, más adelante: «Cuando abro sus libros y releo su humano contenido, su justa indignación, su valiente denuncia, comprendo el por qué cierta clase de “intelectualidad” murciana de su tiempo le hizo ese vacío» (1). Pero una tan manifiesta ausencia de parte de las «fuerzas vivas» de la capital murciana, incluida la de sus propios compañeros de partido, el PSOE, quizá fuera también debida a la mala conciencia de los recién llegados a la democracia, que todavía unos años antes le tuvieron por su peor enemigo en su condición de antifranquista manifiesto que siempre fue. Si bien cierta peculiaridad hormonal suya pudo también tener algo que ver en ello. Lo aclaro recurriendo a un texto del profesor Santiago Delgado, dada la elegancia con que la expone: «Digna y honestamente, su naturaleza fue como se trasluce en estos versos (“...qué viene a mí a contarme.../a decirme a mí,/ignorando que vivo condenado a otro amor/doloroso, imposible”), amor al que él no renunció, ni tenía por qué. Así fue desde que tuvo madurez somática y así fue toda su vida. “Amor de contrabando” llamó él aquí y allá, a lo largo de su obra, a esa otra manera de ejercer la virilidad que profesó» (2).

Entre todas las personas venidas desde la capital de la provincia, digo, no sumaríamos más de diez. La pacatería de los murcianos, dentro de la todavía pacata sociedad

española del momento, mostraba así su rechazo a lo que se había venido considerando la mayor de las indignidades.

Cosa muy distinta fue el comportamiento del pueblo llano. Huertanos y huertanas, vecinos de su pueblo con lágrimas en los ojos, arrojaban puñados de flores silvestres al paso del féretro.

Años antes, en París, una noche de ilusión sin límite, de copas y poesía, Julián, desde la más absoluta convicción, me había confesado que él escribía del pueblo y para el



pueblo, y que si supiera que mecánicos y albañiles no participaban de su poesía, no escribiría más.

Me reí interiormente de lo que creí ingenuidad del poeta. Y poco después, para regocijo de uno de los más jóvenes dirigentes comunistas de entonces, José Santa Ferriz, publiqué un poema en el que, además de llamarle, cariñosamente, calvo y cojo, terminaba diciendo: «estos que aún traducen el “franco” a doce veinte, / te lo juro, Julián, no te conocen. / No tienen tiempo para pensar. / Únicamente saben / que algún día la muerte ha de obsequiarles / con un fin de semana sin regreso». Pero aquella tarde de septiembre, camino del cementerio de La Aparecida, tuve que tragarme mis versos y mis palabras ante la evidencia de que mi amigo Julián Andúgar, además del prestigioso intelectual de quien Nicolás Guillén y Aleixandre me hicieron los mejores elogios, había sido también persona queridísima —y comprendida— por las gentes más

humildes. Poco antes ya me había llamado la atención que hubiera sido el senador más votado de España. No obstante, su condición, a veces, de poeta epigramático que no solía dejar títere con cabeza, sobre todo en lo que a los demás poetas se refiere:

*Y montaban sus versos de estaño  
con fulgores de plata  
para gentes brillantes, que tenían  
dos ediles-idílicas manos  
para hacerse de plata.*

estuvo también haciendo de las suyas en el entierro. De entre todos los escritores murcianos —los que van de tales por aquellas huertas se cuentan por docenas—, sólo el poeta Sánchez Bautista y el que esto escribe estuvimos presentes.

Julián Andúgar había nacido el 28 de septiembre de 1918, en Santomera, y a los veintiuno de su edad perdió una pierna en el frente de Granada, siendo capitán del Ejército de la República.

No obstante, su condición de lisiado no fue obstáculo para que luego se le hiciera víctima de la represión con varios años de cárcel en el haber de su currículum de luchador insobornable.

Era persona cultísima y lector empedernido en varios idiomas había cursado estudios de bachillerato en el Seminario Franciscano de Cehegin, donde, a la edad de doce años, había empezado a familiarizarse con el latín y el griego. Adoraba a Horacio y a Hesíodo. De ahí y de su origen —había nacido en el seno de una familia de modestos agricultores— le viene a este poeta su golosa contemplación del paisaje (3).

*Allá abajo, Guadix  
de frescas cuevas  
con cortinas de flores.*

Julián fue poco amigo de certámenes. Lo que no significa que no participara de vez en cuando. Presionado, obligado casi, por un grupo de amigos, concurrió en 1952 al entonces —y casi hasta hoy— prestigioso «Adonais» con su libro *La soledad y el encuentro*, al que le fue concedido el accésit, compartiendo honores con José Manuel Caballero Bonald. Y cuando en París, primeros años sesenta, se convoca un premio «Homenaje a Cuba», al que concurren los más celebrados poetas en castellano del momento, se concede el primer premio a *El Vaya, Vaya*, poema de Julián Andúgar en el que se evoca la nostalgia de un mayoral de la zafra refugiado de Cuba que se quitó para España:

*Hablaba displicente y «revirno»,*

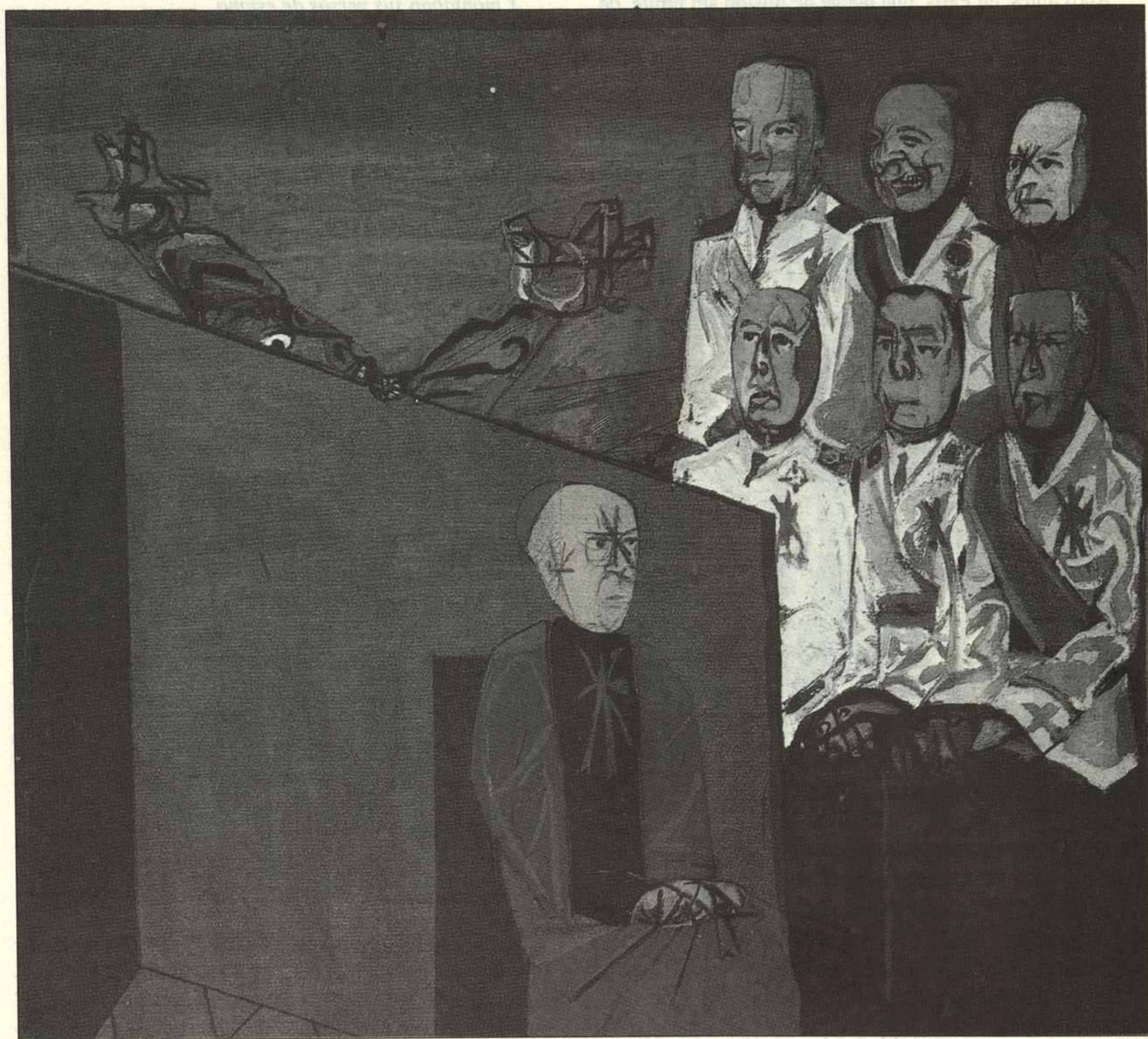
como si en Camagüey, entre los negros.

...

Pobre maestro Antonio,  
sin barracón, sin látigo y sin plata;  
sin sandungueros muslos,  
sin ron y sin maracas.

Aguanta y come campo,  
que te comes a España.

escribiría a su regreso en un intento poético de disuadir a los que todavía quedaban en su pueblo, uno de los más sangrados por la emigración.



Siendo lector de español en la Universidad de Pau y en La Sorbona, gustaba de frecuentar los centros de emigrantes españoles y de convivir con ellos en barracones y viejos edificios insalubres. Era una forma de ejercer su particular apostolado y de acumular vivencias que nos devolvería luego en sus versos hechas diamantes:

*Quédate. No cambies  
la pana por el mono.*

Ya anteriormente había ejercido esa especie de catequesis de cara a la emigración anterior por los barrios más míseros de Barcelona y en el Pozo del Tío Raimundo, junto al padre Llanos, si bien esta última experiencia tuvo un mal desenlace debido a su peculiar debilidad a que me he referido anteriormente. Y, sin embargo, *era piadoso como un poeta pagano del Siglo de Augusto*. Son, otra vez, palabras de su gran amigo Francisco Sánchez Bautista, quien nos ha hecho también de él su mejor retrato:

*Julián dejó sus versos y descansa definitivamente, en gloria y tierra, bajo esta luz sin fondo, donde un día paseó recreándose en las cosas apoyando el cansancio del camino en su leve bastón de ilustre inválido (4).*

En Murcia se le ignoró en vida y no sólo, como se ha dicho, por haber pasado la mayor parte de su vida en Alicante, donde siempre fuera bien acogido. Pero lo más triste es que aún hoy día, en cierta medida, se le siga ignorando. Una sola tesis doctoral sobre su obra: la de Santiago Delgado; un libro-homenaje editado por el Instituto de Bachillerato que lleva su nombre, en Santomoro (5), una breve antología con selección de Sánchez Bautista y poco más... Las llamadas autoridades culturales, ostentadas en

riado de Publicaciones de la Universidad de Murcia le deben la edición de su obra completa, que anda dispersa y con peligro de que se pierda lo inédito. ¿Qué menos? Son la miseria de cuatro libros publicados en vida: «Entre la Piedra y Dios» (6), «La soledad y el encuentro» (7), «Denuncio por escrito» (8) y «A bord o de España» (9); uno póstumo: «Cancionero del Sitiado» (10), y lo poco que pueda quedar inédito.

### Tres épocas, tres escuelas y San Juan de la Cruz

En la obra de Julián Andúgar son perfectamente diferenciadas tres épocas distintas correspondientes a otras tantas escuelas o corrientes en cuanto al concepto de lo poético; épocas que, simplificando al máximo, podríamos



Murcia por quienes fueran sus compañeros de partido desde hace más de diez años, andan demasiado ocupadas en la promoción de mediocridades y no encuentran ocasión para dedicarle una calle o plaza en la capital.

*Dan ganas de llorar,  
y desde entonces lloro;  
llora el país la falta de cordura,  
y la rapacidad  
de un señorío que vino de la estepa.*

Ni que lo hubiera escrito para hoy mismo.

Le debemos todo cuanto dejó escrito, como diría Machado. Y la Editora Regional de Murcia y el Secreta-

llamar la clásica, la social y la cultista, si bien a lo largo de toda ella aparece siempre muy en primer término su acendrada personalidad que le distinguirá del resto de los cultivadores de dichos subgéneros literarios. Su peculiaridad es el franciscanismo con particular arraigo en el clima del «Cántico Espiritual». Incluso en los pasajes de más directa referencia social o política, la huella de San Juan de la Cruz estará presente. Y así en toda su obra, desde la primera estrofa de su primer libro:

...

*Oh, amado de la luz, oh secuestrado  
rayo que va la noche persiguiendo;*

vena esta que nunca le abandonará del todo. Ni siquiera en los momentos en que fundamenta su hacer poético

tomando como modelo a Miguel Hernández, su amigo y casi vecino, sobre todo en lo que se refiere a sus elegías:

*Ahora cuando me vaya, amigo mío,  
vecino de mi casa y mis frutales,  
casi pared por medio a mis corrales,  
'no sé qué haré yo solo por el río,*

o a Blas de Otero y a Gabriel Celaya, cayendo a veces en lo refranesco y en el geografismo en boga del momento:

*Posando se me fue el santo a la muerte.  
Ahora, sí comprendo, agarro y vivo.  
Con verbos te levanto y te derribo,  
vida, no hay otro modo de entenderte.*

...

*Por tierras de Berceo y Cariñena,  
gentes de Lorca y Aguilas,  
'de las minas de azogue de La Unión, Santa Lucía,  
los de las bajas vegas de Castilla...*

Superada la época que he llamado clásica de «Entre la Piedra y Dios» y «La soledad y el encuentro», libros estos en los que frecuentemente vuelca su hondo lirismo en moldes heraciono-garcilacistas,

*oh, dulce itinerario, por donde cada tarde,  
novio de contrabando,  
ancho mi corazón se me escapaba;*

así como la de su poesía de compromiso de «Denuncio por escrito» y «A bordo de España», intenta en los años sesenta dar a su obra un nuevo giro en dirección al cultismo de los llamados *Nueve Novísimos*. No en vano se había encontrado más de una vez en Murcia con Mario Carrión y, sobre todo, con José María Álvarez, murciano de Cartagena. Mantuvo con ellos interminables controversias, sobre todo lo divino y lo humano, y en particular sobre lo que se entendía, o debía entenderse, por poesía. Y no obstante haberse mostrado crítico con ellos, los cultismos no tardaron en hacer acto de presencia en cuanto escribía:

*¿Acaso es el cortejo de Alcibiades  
que retorna al banquete de Agathón?*

Reforzar la idea a base de arrancar imágenes y la sugerencia como medio de participación del lector u oyente, serán una constante en la técnica empleada por Andúgar. Cinco versos de «A bordo de España» lo ponen de manifiesto:

*No pasa nada —Capitán,  
por Villalar, ya oímos decir:  
No pasa nada.  
Y nos hicieron un injerto borde,  
y nos podaron guías con ramas;*

cinco versos en que la alusión al estropicio ocasionado a un agricultor cuyo árbol ya no dará fruto para sugerir la referencia histórica, expresado todo en lenguaje agrario, el cual, hoy día, desgraciadamente, ya no dice apenas nada, privando así a muchos de la fruición indispensable para que el poema pueda tener razón de ser. Pero así era Julián Andúgar, y esa del lenguaje agrario, juntamente con la de su franciscanismo, fue la particularidad que más le distinguiera de sus contemporáneas sociales y cultistas.

La ternura, por otra parte, que dimana de su humanismo sin paliativos, impregna toda la obra de nuestro poeta desde el principio al fin, así como su innata rebeldía, expresada siempre dentro de coordenadas de un gran sosiego y sin el más mínimo asomo de revanchismo.

### Laboriosidad y pasión única

La poesía de Julián Andúgar deja siempre la impresión de una gran espontaneidad en su proceso creativo, como si hubiera sido escrita de un tirón y sin correcciones. Y, no obstante, a quienes tuvimos ocasión —y la dicha— de compartir con él tertulias o interminables paseos por el Malecón de la capital murciana y por las sendas de su huerta, por el paseo de la Castellana y por los Campos Elíseos parisinos, nos consta que cada uno de sus poemas es el resultado de una gran laboriosidad.

Llegaba Julián un verano en vacaciones —o le visitábamos donde estuviera— y nos leía una vez y otra, por ejemplo, su «Carta a Monique»:

*Causa vergüenza, Monique, y no me atrevo  
a hablarte de lo nuestro ahora, cuando tú,  
salvado ya  
el arrobado instante  
de engarzarte el collar frente al espejo,  
vas a salir; ya sales y te ofreces  
al aire de estas alas  
que otoño mueve por todas las ciudades,*

para volvérsela a leer al año siguiente con algunas variantes —pocas—, en lo que había invertido su esfuerzo intelectual de prácticamente todo un curso.

Y eso era todo. Sabía, y defendía con pasión, que, en poesía, lo menos importante es la cantidad.

Fue un poeta integral y sólo poeta. Pues todo lo que cayera fuera del mundo de la poesía, lo consideraba secundario; ya que poesía, amor, belleza, política y ternura eran, para él, términos consustanciales unos con otros.

Nos dejó, como queda dicho, cinco únicos libros de escaso volumen. Obra breve la suya, pues. Pero intensa y sin desperdicio posible. Sirva de ejemplo, para terminar,



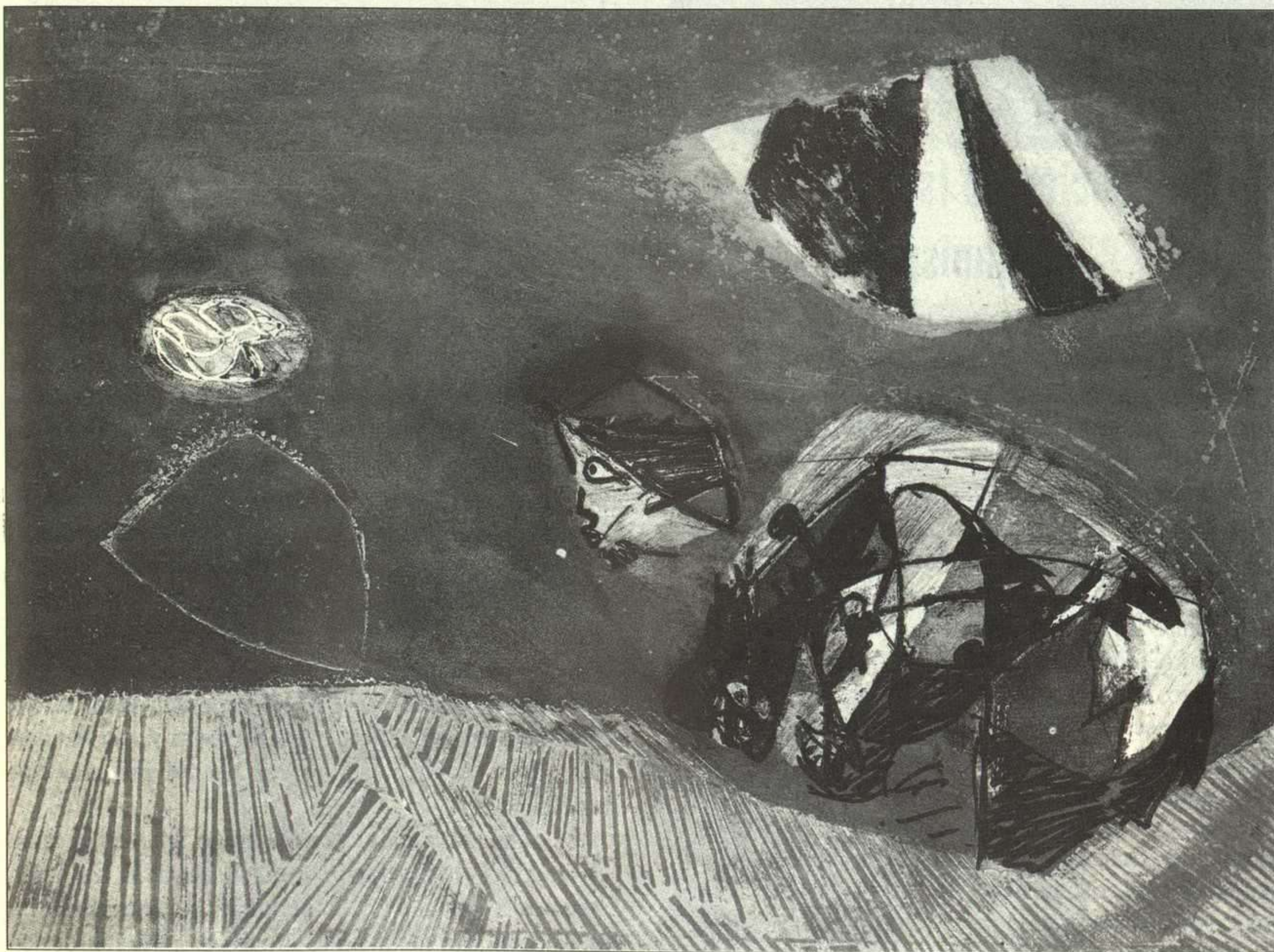
el más célebre de sus sonetos, en cuyo contenido se nos ofrece una especie de autoanálisis de su talento y personalidad:

*Debo decirlo por si acaso un día  
alguien duda, leyéndome, o se enreda,  
que donde puse amor sepa que queda  
mi corazón amando todavía.*

*Si escribo casa, digo que es la mía  
la que irrumpo y se ofrece, y si vereda,  
la invento yo para que el hombre pueda  
venir a mí de su melancolía.*

## NOTAS

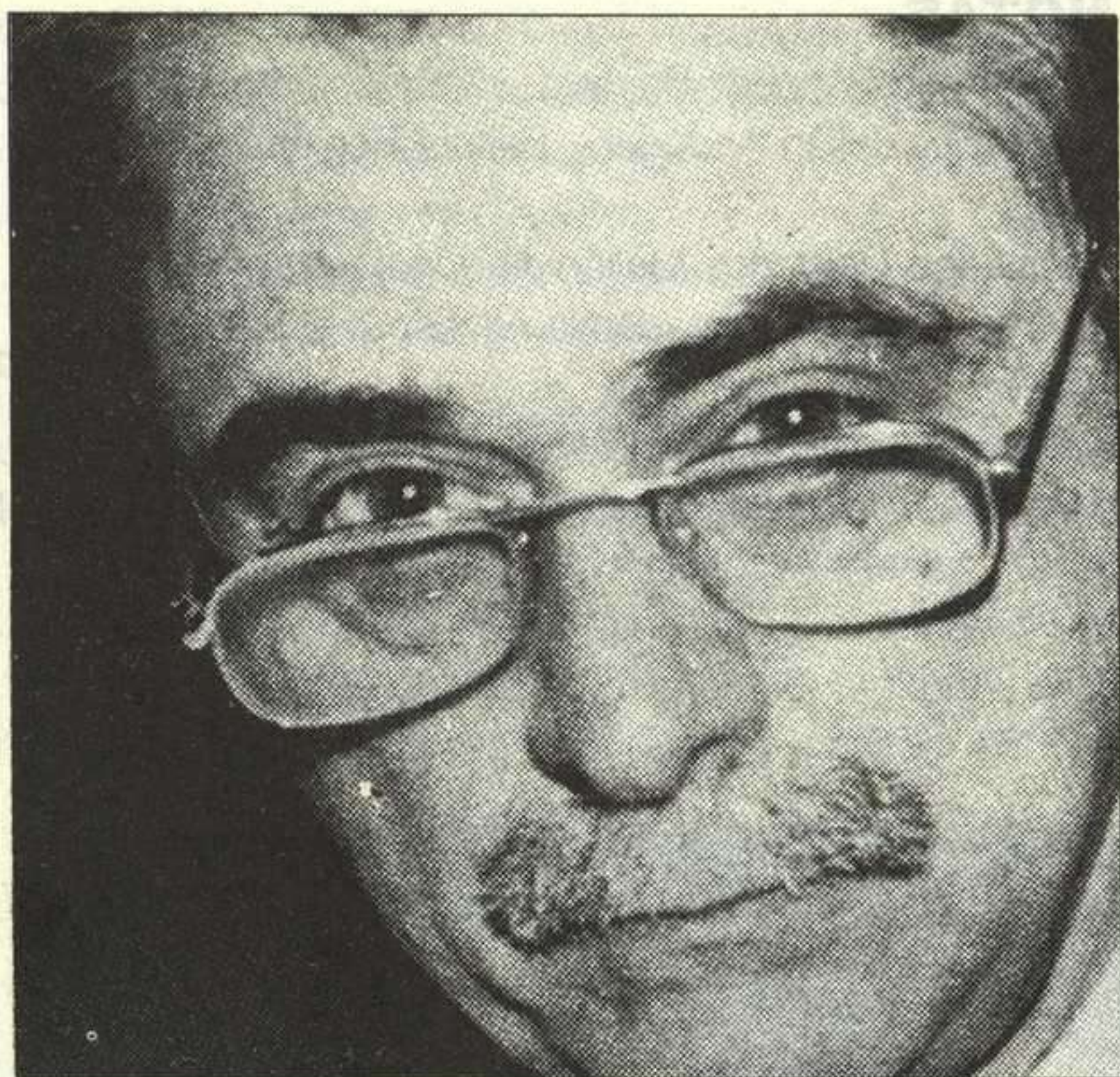
1. Francisco Sánchez Bautista: introducción a «Antología poética de Julián Andúgar». Editora Regional de Murcia, 1981.
2. Santiago Delgado: «Julián Andúgar, pasión y expresión de un poeta». Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1987.
3. Francisco Sánchez Bautista: O. C.
4. Francisco Sánchez Bautista: «Del tiempo y la memoria». Academia Alfonso X el Sabio. Murcia, 1986.
5. «Homenaje a Julián Andúgar». Instituto de Bachillerato Julián Andúgar. Santomera (Murcia), 1990.
6. «Entre la Piedra y Dios». Colección Ifach. Alicante, 1949.



*Debiera contentarme, pero a veces,  
se me cae la palabra de la boca  
de su dolor, para nacer, cumplida.*

*Que hay que dejar el tiempo irse con creces  
sin decir una sola y, cuando toca,  
decirla y mantenerla por vertida.*

7. «La soledad y el encuentro». Colección Adonáis. Ed. Rialp, S. A. Madrid, 1952.
8. «Denuncio por escrito». Ediciones Agorn. Madrid, 1957.
9. «A bordo de España». Joaquín Horta, editor. Barcelona, 1959.
10. «Cancionero del Sitiado». Diputación de Alicante, 1977.



## Refundación de la izquierda y cristianismo

Venancio CERMEÑO IRISARRI

Rafael Díaz Salazar. Refundación de la izquierda y cristianismo. Las propuestas del PCI Cuadernos Fe y Secularidad, número 12 Fe y Secularidad/Sal Terrae; Madrid, 1990; 39 págs.

**R**AFAEL Díaz-Salazar estudia en este cuaderno, desde la perspectiva de la sociología política y la sociología de la religión, el proyecto del PCI, entre las diversas tentativas de crear una nueva euroizquierda. El PCI se ha distinguido por ser uno de los más importantes intelectuales colectivos en la escena política mundial y, habiéndose socializado en la crítica más radical de la religión realizada por Gramsci, afirma ahora, sin embargo (después de una larga evolución expresada a través de Togliatti, Berlinguer, Occhetto y otros muchos dirigentes y pensadores) que el cristianismo y determinados movimientos cristianos son ingredientes esenciales del proyecto de refundación de la izquierda y les concede prioridad respecto a intuiciones nuevas, como el pacifismo, ecologismo y feminismo de la diferencia.

El PCI evoluciona en su análisis de la religión, superando la concepción privativa, distinguiendo entre laicismo y laicidad: que busca una distinción entre ideología y política y una superación del partido de una única ideología; cierto cristianismo, asumido como componente de la nueva cultura política, refuerza la laicidad de la izquierda. Esta evolución es el fruto del

esfuerzo del PCI, dedicando intensamente energías, personas y medios a estudiar el mundo cristiano, desarrollando una política específica hacia el mismo, que supera ahora afanes anejos de instrumentalización y comprende la necesidad de respetar su autonomía. Propugnando la mutua «contaminación» de valores culturales a través de la realización de proyectos concretos comunes.

Rafael Díaz-Salazar anuncia, en este cuaderno, la publicación de un largo estudio en preparación, sobre «CULTURAS POLITICAS DE IZQUIERDA Y CRISTIANISMO», porque desea, como yo con esta publicación, favorecer una relación nueva entre organizaciones políticas de izquierda y culturas y movimientos cristianos, ya que estima que en España se está atravesando una fase de silenciamiento y olvido después del diálogo de los años sesenta y setenta. Fase que atribuye a la conjunción de laicismo y eclesiasticismo que considera ya superada en Europa.

El autor divide este trabajo en dos partes y al final saca unas conclusiones eminentemente prácticas para la reflexión de los miembros de la izquierda española y para los cristianos.

En la primera parte, basándose en los documentos del PCI de los años 89 y 90, expone los ejes de la refundación de la izquierda en el proyecto político del PCI: el internacionalismo, la construcción de la Europa social, la reestructuración ecológica de la economía, la centralidad del mundo del trabajo, el fortalecimiento de la sociedad civil, de los movimientos sociales, la cultura femenina de la diferencia, la desideologización de la política con la referencia a ideales y valores éticos (solidaridad-fraternidad e igualdad-libertad), la no-violencia como principio rector de las relaciones entre Estados, entre personas y con la naturaleza y la «contaminación» con los movimientos culturales.

En la segunda parte expone cómo aparece el tema cristiano en el proyecto de refundación de la izquierda propuesto por el PCI. Ampliando las fuentes de la investigación a las diversas tomas de posición de los dirigentes del PCI en declaraciones y artículos de revistas y el pensamiento de los intelectuales más representativos sobre la cuestión.

«La importancia concedida a los movimientos cristianos llega hasta convertir a éstos en “el interlocutor más relevante” para la izquierda, aun partiendo de la constatación de que dichos movimientos desconfían de las formas tradicionales de la política y prefieren una acción transversal a los partidos políticos.» ■

Nuestra  
Bandera

es  
**LA IZQUIERDA**

# SUSCRIBETE

## TARIFAS DE SUSCRIPCION ANUAL

### ESPAÑA:

Península ..... 3.250 ptas.

Islas ..... 3.060 ptas.

EUROPA ..... 3.700 ptas.

AMERICA Y AFRICA ..... 4.300 ptas.

ASIA Y AUSTRALIA ..... 4.800 ptas.

### REDACCION Y ADMINISTRACION:

C/ Marqués de Monteagudo, 8 - 28028 Madrid

Tel.: 246 98 07/Fax: 361 17 74

Nuestra  
Bandera

## JOVENES Y DELINCUENCIA

JOSE FERNANDO HERNANDEZ  
ENRIQUE DE CASTRO  
M<sup>º</sup> DOLORS RENAU I MANEM  
JOSE LUIS SEGOVIA  
ENRIQUE DEL RIO  
JUANA ESCABIAS  
Y BEGOÑA F. MARTINEZ



SALVEM E-  
BARRI DEL  
CARME  
ASSOCIACIO VEINS  
BARRI DEL CARME

PAIS VALENCIANO:

**NACIONALISMO  
E IZQUIERDA**

PEDRO ZAMORA / RAFAEL PLA



## A JOSE ORTEGA, PINTOR DE LA TIERRA Y DE LOS HOMBRES DE LA TIERRA

La vida tercamente cargada y explotada:  
 la fuerza de la tierra surgente: la evidencia,  
 los hombres alineados como espigas que apuntan  
 y un mal viento quisiera derribar en miseria.  
 Mas crecen, siempre, creciendo se reinventan,  
 no ponen su presencia con dolor trabajada  
 contra el turbión que azota, parece que les borra.  
 Mas solo es un eclipse. Y sigue, y dura, y graves  
 los rostros que carcomen amarguras arcaicas  
 y el transcurso del llanto que sobre el barro-madre  
 va señalando surcos y gestos de hombre ibero.  
 ¡Tiren si a tanto llegan, al pim-pam-pum! Veremos.  
 Aquí están de uno en uno, propuestos, dolorosos,  
 salidos de la nada, mirándonos de frente,  
 materia levantada con su herida, luz y ojos,  
 orgullo y más -¿qué pasa?- duración transcendente,  
 los hombres del momento, los dioses insurgentes  
 y aun sin nombre que anuncian los dolores  
 gloriosos. Unas límpidas gotas, penúltimas, redondas,  
 como un verso precioso de no resuelta joya,

y a veces solo sangre, sal y sudor de miedo,  
 depositan temblando su exceso en un extremo.  
 ¡Disparen -pim-pam-pum-. Disparen si no  
 advierten  
 que en esos mil y un rostros, mil y un dioses  
 emergen!  
 Sobre una horizontal, iguales y distintos,  
 con toda la tormenta metida en su silencio,  
 mirándonos de frente, mirando como solo  
 se mira con el rayo que se para en su exceso,  
 estos hombres, tus hombres, los hombres cien mil  
 veces,  
 José Ortega, distintos, mas por igual sufriendo,  
 los hombres de tus cuadros, el cuadro de mi España,  
 y yo como un idiota tirado por los suelos,  
 mordiéndome los puños, pensando mi vergüenza,  
 saliendo de colores, me sacudo los sueños.  
 ¡Disparen -pim-pam-pum- al pueblo tentetieso!  
 y contemplen -si pueden- sin temblar su silencio.

GABRIEL CELAYA - 1957